FRAY MOCHO



Era una pastora..."

N.º 728

ESTAS MARCAS *proporcionan*

SON LAS PREFERIDAS PORQUE

CALIDAD - PRESENTACIÓN Y AHORRO POSTAL GRATUITO





CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECCION TELEGRAFICA "AHORROPOST" BUENOS AIRES

Señor Gerente de la
COMPAÑIA GENERAL DE FOSFOROS
Presente

Comunicamos a Vd. que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta el 31 de enero próximo pasado y desde el 1º de febrero hasta la fecha, los BONOS DE AHORRO y las ORDENES DE DEPOSITOS respectivamente, de esa Compañía presentados para acreditar en libretas de ahorro, ascienden a las siguientes cantidades:

Meses	CANTIDAD	IMPORTE
Diciembre/924 a Enero/926 -Bonos	25.213	$ 181.925
Febrero/926 -Ordenes de Depósitos	663	" 4.845
TOTALES	25.876	$ 186.770

Saluda a Vd. muy atentamente.

Buenos Aires, febrero 27/926.

F.

Sub-Contador



AHORRO POSTAL

PRACTICAR EL AHORRO ES COMBATIR EL JUEGO, EL ALCOHOLISMO, EL LUJO, EL DESPILFARRO; ES DIGNIFICARSE ANTE SI MISMO Y ANTE LOS DEMÁS.

C. N. A. P.

25.876 PERSONAS

DISTRIBUIDAS EN TODA LA REPUBLICA

HAN SIDO AGRACIADAS

SEGUN EL DOCUMENTO ARRIBA REPRODUCIDO

CON LOS BONOS DE AHORRO

PARA DEPOSITAR EN LA

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

QUE OBSEQUIAN

SIN RECARGO DE PRECIO PARA EL CONSUMIDOR

LOS FOSFOROS "VICTORIA" y "75"

RECORDAMOS

que debe romperse en varias tiras el frente que lleva impresa la figurita para hallar la mancha reveladora de que el premio se encuentra en el frente opuesto, que lleva la Marca "VICTORIA" o "75". Sumérjase luego este frente en agua el tiempo necesario para que se despegue el Bono de Ahorro.

EN TOTAL se han pagado

186.770

Pesos

AVISAMOS

que de ahora en adelante los Bonos de Ahorro deben remitirse por CERTIFICADO directamente a la COMPAÑÍA, CALLE LIMA 239, BUENOS AIRES, a efecto de ser antes canjeados por una ORDEN DE DEPÓSITO para la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL.

FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 6 de abril de 1926 — Núm. 728

EL SUEÑO DE AKINOSUKÉ

Por LAFCADIO HEARN

(Ilustraciones de Lareaya)

En el distrito de Toichi, provincia de Yamato, vivió un goshi, cuyo nombre era Miyata Akinosuké... (Aquí es preciso decir que en los tiempos feudales del Japón había una clase privilegiada de soldados agricultores, terratenientes libres, a los que llamaban *goshis*.)

Akinosuké tenía un hermoso jardín. En él existía un antiquísimo cedro, bajo cuyas amplias y elevadas ramas solía dormir en los días de calor bochornoso, en esos días en que era imposible permanecer en casa. Una tarde se hallaba echado, en compañía de dos amigos (también goshis), bajo la sombra del magnífico árbol. Bebían vino y charlaban alegremente. De pronto, Miyata se sintió muy amodorrado, tan amodorrado, que tuvo que rogar a sus amigos que le dispensaran el que durmiera una pequeña siesta delante de ellos. Se colocó en posición cómoda, junto al tronco del árbol, y soñó lo siguiente:

Miyata Akinosuké empezó su sueño creyendo ver que mientras estaba descansando en su jardín aparecía a lo lejos una larguísima procesión, igual que el cortejo de un gran daimio, que descendía lentamente por la colina próxima, y él se subió a una altura para contemplarla mejor. Era una procesión tan larga que Miyata no recordaba haber visto nunca otra parecida. Y la procesión avanzaba hacia su jardín. Observó que en el cortejo venía un considerable número de jóvenes lujosamente vestidos, que conducían un gran coche de laca, semejante un palacio, un *gosho-guruma* (especie de palanquín). Los cordones con que lo llevaban suspendido de sus hombros eran de brillante azul. Cuando la procesión llegó a pequeña distancia de la vivienda de Akinosuké, se detuvo. Y un hombre adornado con enormes cintas y emblemas, persona de alto rango, sin duda alguna, avanzó hasta Miyata, se inclinó reverentemente, y dijo:

—Honorable señor: estáis ante un *kerai* (vasallo) del Kokuo de Tokoyo. Mi señor, el rey, me manda a saludaros en su augusto nombre y a ponerme por completo a vuestra disposición. También me ordena que os informe que su augusta voluntad desea veros en palacio. En consecuencia, servíos entrar inmediatamente en este noble coche que el rey os manda para conduciros hasta el palacio.

Al oír estas palabras, Miyata quiso hacer algunas objeciones; pero quedó sorprendido al notar que apenas podía expresar los sonidos, y en aquel momento le pareció que su voluntad le abandonaba, y se vió obligado a cumplir todo lo que le propuso el *kerai*. Akinosuké entró en el carruaje, y el *kerai* se puso a su lado e hizo una señal. Los palanquineros asieron los cordones de seda, volvieron el cochecillo hacia el Sur y empezaron a caminar.

En muy poco tiempo, según le pareció al alucinado goshi, el carruaje llegó frente a una gran entrada *(romón)*, en donde se detuvo.

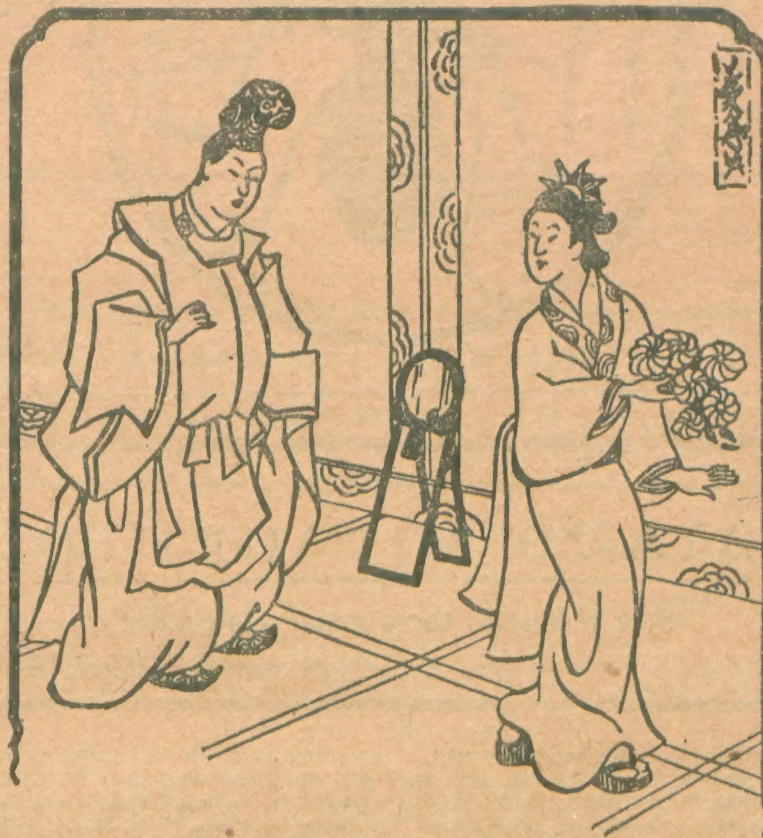
Tendría unos dos pisos de altura y era de un estilo chino que nunca había visto en otra parte. El *kerai* se apeó de su montura y le dijo:

—Voy a anunciar vuestra ilustre presencia.

Y desapareció.

Después de una corta espera, Akinosuké vió salir a dos hombres de apariencia noble, que iban vestidos con trajes de seda púrpura y se cubrían con altos gorros, cuya forma indicaba la alta categoría de sus dueños. Llegaron tocar con la cabeza en el suelo, delante del atónito goshi. Y empezaron a hablar, haciéndolo alternativamente, según la etiqueta de la cortesía.

—Ha llegado la hora de cumplir con nuestro deber..., y éste es el de informaros sobre los motivos de vuestra venida a este gran palacio... La augusta voluntad de nuestro señor, el rey, desea



hasta la entrada, saludaron respetuosamente a Miyata y le ayudaron a salir del palanquín, haciéndole entrar por una puerta grande. Luego le condujeron a través de un palacio cuyo frente parecía extenderse de Este a Oeste en una longitud de varias millas. Akinosuké se vió introducido en un maravilloso salón de ceremonias, que no tenía principio ni fin, así de grande era, y alhajado con un esplendor inimaginable. Sus guías le llevaron hasta el sitio de honor, y con mucha finura y delicadeza le pidieron permiso para sentarse y se sentaron en unos divanes separados. Entretanto, salieron unas doncellas en trajes de recepción, y le pusieron delantes unos refrescos. Cuando Miyata humedeció su seca garganta, los dos cortesanos vestidos de púrpura se inclinaron hasta que seáis su yerno... Y es también su orden y deseo que caséis en este mismo momento... con la augusta princesa su hija doncella... Pronto os conduciremos al salón del trono, donde su Alta Majestad os espera. Mas es necesario primeramente que os vistamos con trajes y adornos apropiado para la gran ceremonia.

Al terminar, ambos cortesanos se levantaron a un tiempo, marchando hacia una alcoba en la que había un colosal armario de laca dorada.

Lo abrieron y sacaron varios trajes y ceñidores, de géneros costosísimos, y un *kamurai* o casquete regio.

Con todas estas cosas ataviaron a Miyata, poniéndole en estado de dignificar a su futura realeza principesca, y le llevaron al salón del trono, en el cual vió al Kokuo de Tokoyo, que estaba sentado sobre el *daiza*, cubierto con el gran gorro negro de su dignidad real y vestido con un traje de seda amarilla.

Delante del *daiza*, a derecha e izquierda, se hallaban infinidad de altos dignatarios, colocados en filas, inmóviles y magníficos como las estatuas de un templo. Akinosuké, avanzando por entre todos ellos, saludó al rey, haciendo las postraciones usuales.

Su Majestad le respondió con palabras cariñosas y le dijo:

—Ya os han informado del motivo por el cual os trajeron a nuestra presencia. Hemos decidido que seáis el esposo elegido para nuestra hija, y los esponsales tienen que celebrarse ahora mismo.

Cuando el rey terminó de hablar se oyeron los acordes de una música alegre y bellísima. Y de detrás de unos cortinones salió una interminable hilera de bellas cortesanas, que se hicieron cargo de Akinosuké para conducirle a la cámara en que le esperaba su real novia.

La habitación era inmensa, y apenas cabían los invitados reunidos para atestiguar la ceremonia nupcial de Miyata con la princesa de Tokoyo. Todos se inclinaron ante Akinosuké cuando éste se acomodó en su cojín, dando frente a la hija del rey. La novia parecía una doncella celeste, y sus vestidos eran tan bellos como un limpio cielo estival. La boda se celebró en medio de grandes y regocijadas fiestas. Después, la parejita fué conducida a una serie de departamentos que les habían sido destinados en otra parte del palacio. Allí recibieron miles de felicitaciones, de muchísimas personas nobles, y los regalos de boda que reunieron fueron incalculables.

* * *

Algunos días más tarde, Miyata volvió a ser llamado al salón del trono. Y el Kokuo le recibió con mayores demostraciones de afecto aún que en la anterior. Y le dijo:

—En la parte sudoeste de nuestro imperio hay una isla que se llama Raishu. Os hemos nombrado gobernador de ella. Aquel pueblo es leal y dócil; pero sus leyes no han sido puestas de acuerdo con las leyes de Tokoyo y sus costumbres no han sido reguladas de un modo prudente. Os confiamos el deber de mejorar la condición social (hasta el mayor grado posible) de aquellos lejanos súbditos. Y deseamos que los gobernéis con bondad y con sabiduría. Ya están hechos todos los preparativos necesarios para vuestro viaje a la isla de Raishu.

* * *

Akinosuké y su esposa abandonaron el palacio de Tokoyo, siendo acompañados hasta el muelle por una gran parte de oficiales y de nobles, y la pareja se embarcó en un navío del rey. Con viento favorable se dieron a la vela para Raishu, adonde llegaron con felicidad. Todo el pueblo de la isla se había reunido para darles la bienvenida.

* * *

Inmediatamente se posesionó Akinosuké de sus nuevos deberes, los cuales

no eran muy penosos. Durante los tres primeros años de su gobierno se ocupó más que en otra cosa, en el estudio y ordenamiento de nuevas y justas leyes. Pero como tenía muchos y sabios consejeros que le ayudaban en sus tareas, jamás encontró desagradable el trabajo. Cuando estuvo terminado todo, quedó sin deberes activos que cumplir, fuera de la asistencia a los ritos y a las ceremonias que dimanaban de las antiguas costumbres. El país llegó a ser tan sano y tan fértil que las enfermedades desaparecieron casi por completo. Y los habitantes eran tan buenos y tan pacíficos, que no se vulneraba ninguna ley. Akinosuké vivió y gobernó en Raishu por espacio de veinte años más. Llevaba ya en el país, por consiguiente, veintitrés años, y durante tan largo período ninguna sombra de tristeza obscureció la gran felicidad con que transcurría su vida.

Pero al llegar al vigésimocuarto año de su gobierno le ocurrió una tremenda desgracia, pues su esposa, que había traído siete hijos al mundo, cinco niños y dos niñas, enfermó gravemente y murió. Fué enterrada con extraordinaria pompa en la cúspide de una bellísima colina del distrito de Hanryoco. En su tumba se erigió un esplendoroso monumento. La muerte de la princesa causó tanta pesadumbre en el enamorado corazón de Miyata, que éste perdió la afición a vivir.

* * *

Cuando terminó el período reglamentario del duelo, llegó a Raishu un enviado del palacio de Tokoyo. Era un *shisha* (heraldo real). Entregó a Akinosuké un mensaje de condolencia, y exclamó:

—Estas palabras que os voy a dirigir son las que me mandó comunicaros nuestro augusto señor el rey de Tokoyo: "Hemos decidido enviaros a vuestro propio y antiguo país. En cuanto a los siete hijos que tenéis, son los nietos y nietas del rey, y se cuidará de ellos como es menester. Por esto, librad a vuestro corazón de que pase angustia por ellos."

Miyata se preparó sumisamente para el cumplimiento de esta orden. Y arregló su marcha. Una vez que todos sus asuntos estuvieron terminados, y después que dió la audiencia de despedida, se dirigió al embarcadero, hasta donde le acompañaron los consejeros, sus oficiales y el pueblo, que le tributó grandes honores. Había preparado un barco y en él se dió a la vela, bajo el claro azul del mar... Y la forma de la isla se hizo azul también... Y luego se tiñó de gris... Y por último se desvaneció para siempre... Y Akinosuké se despertó de pronto. Y estaba junto al cedro de su mismo jardín...

Durante los primeros momentos se quedó estupefacto. Pero en seguida divisó a sus compañeros, todavía sentados cerca de él, y bebiendo y charlando. Los contempló de un modo aturdido, y gritó:

—¡Qué extraño!...

—Miyata debe de haber estado soñando—exclamó, riéndose, uno de los amigos.—¿Qué visteis?... ¿Qué era lo extraño?...

Entonces refirió su sueño, el maravilloso sueño de los veintitrés años de estancia en la isla Raishu en el reino de Tokoyo. Y se quedaron asombrados de que hubiera podido soñar tanto en tan pocos minutos como estuvo dormido.

Uno de los goshis exclamó:

—Ciertamente, habéis visto cosas fantásticas; pero también nosotros hemos visto algo extraño y fantástico mientras estabais sesteando. Una pequeña y linda mariposita, de colores amarillos, estuvo revoloteando sobre vuestra frente durante unos segundos. Y nos quedamos observándola. Y se posó en la tierra, a vuestro lado, cerca del árbol. Casi al mismo tiempo de haberse posado, apareció una hormiga grande, muy grande, que salió de un agujero, y, asiéndose a la mariposa, la arrastró dentro de él. Y precisamente en el momento de despertaros, la mariposa volvió a salir del hoyo, revoloteó de nuevo sobre vuestro rostro y desapareció.

—Quizá fuera el alma de Akinosuké —insinuó el otro goshi.—Porque yo la vi revolotear en la boca de Miyata... Mas, aunque la mariposa fuera el alma de Akinosuké, sin embargo, el hecho no puede explicar un sueño tan raro...

—Las hormigas nos pueden dar la solución—replicó el que había hablado antes.—Las hormigas son unos seres muy extraños... ¡Quizá sean duendes!... ¡O trasgos!... ¡O malos espíritus!... ¿Quién sabe?... Y, en todo caso, junto a este cedro tenemos un inmenso hormiguero ..., examinémosle...

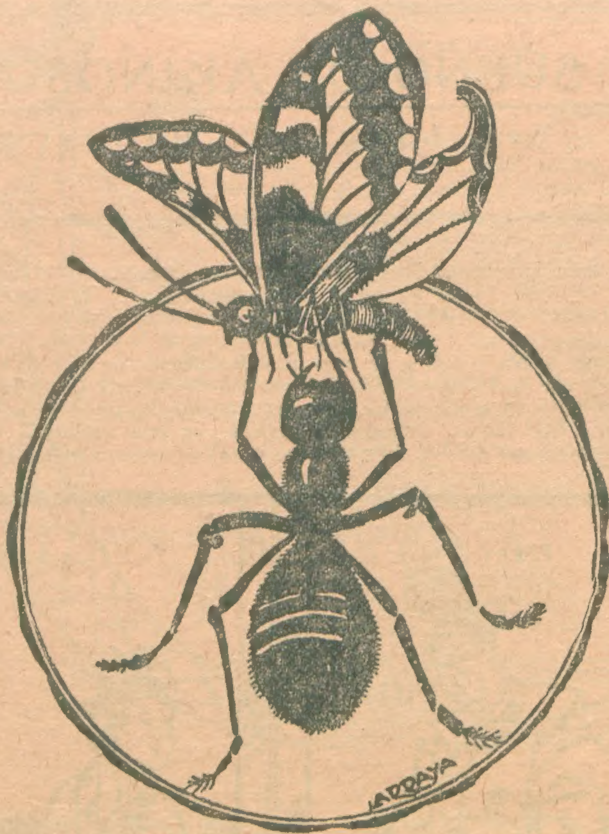
—¡Eso, eso! ¡Veamos!—gritó Miyata, grandemente impresionado por esta idea. Y marchó por una azada.

* * *

La tierra que circundaba las raíces del cedro había sido removida, y removida de una manera bien extraordinaria, por una numerosa colonia de hormigas. Más al interior se veían las excavaciones hechas por estos raros animalitos. Y sus construcciones de arcilla, de tallos y de paja tenían extraordinario parecido a ciudades en miniatura. En medio de una construcción infinitamente más grande que las otras, había un maravilloso enjambre de hormigas pequeñísimas, que rodeaban a una hormiga muy grande, que tenía una enorme cabeza negra y alas amarillas.

—¡Toma! ¡Este es el rey de mi sueño!—gritó Miyata.—¡Y aquí está el palacio de Tokoyo!... ¡Pero esto es una fantasía nunca vista! ¡Esto es asombroso!... Raishu debe estar algo más al Sudoeste, a la izquierda de esa raíz grande... ¡Sí! ¡Aquí está!... ¡Pero qué extraño! ¡Pero qué extraño!... Ahora tengo la seguridad de que encontraré la montaña Hanryoco y la tumba de la princesa...

Buscó y buscó en los restos de la guarida, y por fin descubrió una pequeña cárcava, en la cima de la cual se hallaba colocada una guija enmohecida que tenía la forma de un monumento budista. Debajo, y cubierto de arcilla, encontró el cadáver de una hormiga hembra.



ATAUD MILAGROSO

Sale a flor de tierra cada veinte años

LA LEYENDA

En la iglesia de la Isleta, aldea situada en una revuelta del Río Grande, a quince millas de Albuquerque, cerca de la frontera de Méjico, está enterrado, desde hace trescientos años, el padre Padilla, uno de los primeros frailes franciscanos que llegaron al Virreinato de Méjico acompañados, probablemente, del conquistador Oñate, allá por el año de 1540.

El ataúd que guarda los restos del padre Padilla está enterrado a la izquierda del altar mayor, y, según cuentan, cada veinte años sale a la superficie de la tierra, teniendo que ser enterrado nuevamente.

¿Cómo murió el padre Padilla? Dicen las crónicas que el fraile español fué muerto en un combate entre los conquistadores y los indígenas. La causa de la lucha fué un saqueo realizado por los españoles, impulsados por la necesidad, pues el invierno era crudo y el hambre se enseñoreó de las tropas. No fué sólo el saqueo; parece que también hubo un lance de amor; el capitán de las tropas españolas, enamorado de la esposa de un cacique del lugar, no tuvo reparos en demostrar públicamente sus amores y desde aquel momento quedaron rotas las relaciones entre las tropas y los indígenas, levantándose todos los pueblos situados entre Acoma y Albuquerque. Isleta era el centro de la resistencia española, y el capellán de las tropas el padre Padilla.

Los indígenas pusieron sitio a la aldea, y un día en que el fraile intentó salir para atender a unos heridos, le atravesaron la espalda con dos dardos envenenados. Los españoles, tras una lucha fiera, lograron rescatar el cadáver y enterrarlo en la iglesia.

Han pasado los años y los siglos y cada veinte años próximamente, como decimos, el ataúd reaparece...

A mediados del siglo pasado, llegó de Francia el joven franciscano padre Docher, párroco actualmente de Isleta, a hacerse cargo de la humilde parroquia, que a la sazón todavía se hallaba en territorio mejicano. Hace ahora diez y nueve años que el ataúd del padre Padilla salió de tierra por última vez. Comenzó a notarse que las tablas emplazadas sobre la tumba sufrían una presión interna. Fueron desclavadas y, con gran sorpresa, notóse que el ataúd estaba a flor de tierra, y sin gran dificultad, fué sacado el ataúd del lugar, colocándose ante el altar mayor, en medio de la expectativa general.

"Yo mismo abrí el ataúd—ha dicho el padre Docher,—y no creo que nadie había hecho esto antes. Lavé la cara y las heridas del mártir, el cual se hallaba en un maravilloso estado de conservación. La tez, algo bronceada y seca, estaba cubierta de polvo; pero al volver el cuerpo, pude ver con claridad las dos heridas causadas por las flechas."

EL MISTERIO DE RIO GPANDE

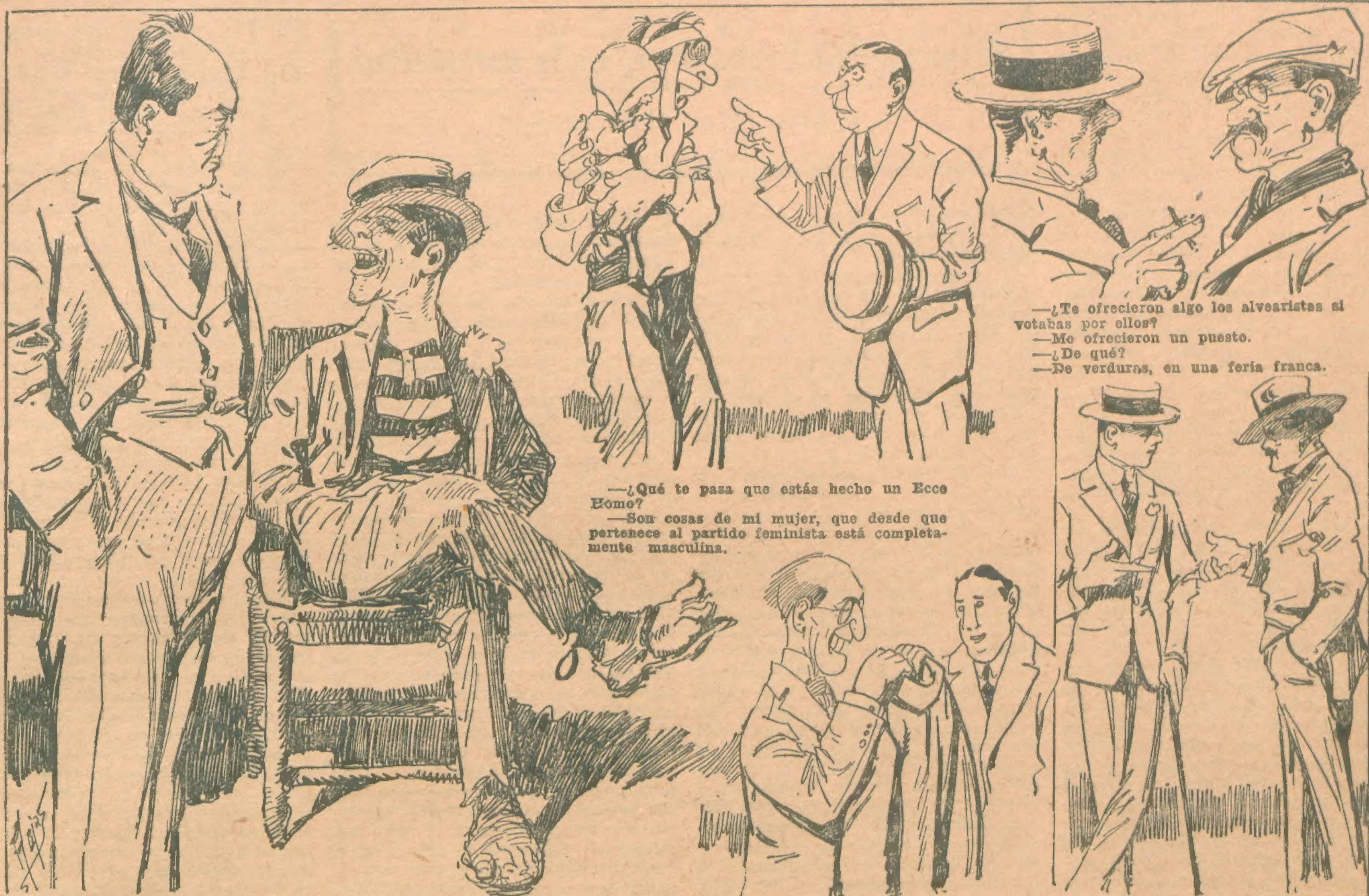
Hay quien trata de explicar el fenómeno diciendo que las cuevas del Río Grande, en su constante movimiento, pueden haber producido cambios en la estructura del suelo, haciendo que las capas subterráneas empujaran hacia fuera el ataúd moviéndolo unos cuantos centímetros cada año. El ataúd, preciso es decirlo, no surge siempre en una fecha fija, sino dentro del período indicado, y en ciertas ocasiones los devotos han tenido que remover un palmo o dos de tierra para acabarlo de extraer.

En efecto, Río Grande, ha extendido sus arenas allí por donde quiso, variando su curso. Hace unos veinticinco años pasaba a una milla del lugar por donde ahora discurre. Es, pues, posible que sea ésta la explicación del misterio; pero cuando a los indígenas se les habla de esto, contestan:

—¿Y cómo no sufren alteración los muros de la iglesia que son de más de catorce pies de grueso?

Lo cierto es, que en esta época se anuncia la aparición del ataúd otra vez...

ELECTORALES, *por Rojas*



—¿Te ofrecieron algo los alvearistas si votabas por ellos?
—Me ofrecieron un puesto.
—¿De qué?
—De verduras, en una feria franca.

—¿Qué te pasa que estás hecho un Ecce Homo?
—Son cosas de mi mujer, que desde que pertenece al partido feminista está completamente masculina.

—Decían, don Hipólito, que no tenía usted fuerzas y ha obtenido más de setenta y nueve mil votos. ¡Usted con tantos votos y yo ni botas!...

—Si nosotros, los conservadores, subiéramos algún día al poder, las cosas durarían más. Dígalo, si no, este sobretodo que está flamante después de quince años de uso. ¿No es eso ser un buen conservador?

—Ustedes, los socialistas, tienen, cada vez, más electores pero alcanzan menos triunfos.
—¿Y le parece a usted poco triunfo el tener cada día más electores?

De un paseo por Montevideo

Raquel Sáenz y sus versos

Raquel Sáenz—una linda criatura, más linda que el mejor de sus versos—no desentona con su admirado libro La Almohada de los Sueños.

Le digo:

—¡Usted debe ser muy dormilona!

—¿Cómo lo sabe?—me contesta la madre, que es directora de la revista Vida Femenina.

—Por eso de La Almohada de los Sueños.

—Pues adivinó—me dice la poetisa.—Pues lo que mejor sé hacer es dormir...

□

La hermana de Raquel, Ofelia—una rubia que parece un trocito de oro—me confirma mi presunción y me dice:

—Hay títulos de libros que perjudican a los autores. Raquel hace honor a su libro y le gusta estar siempre con la almohada de los sueños...

□

Hablamos en un vestíbulo pequeño. Debajo de la mesa se ha hecho un ovillo el perro "Didy", otra creación sintética de Raquel.

La conversación gira siempre en el tono de frescura familiar. Los ojos de Raquel—esto es ya un poema de luz—se llenan de alegría a una pregunta que le hago, la que me contesta con una emoción muy femenina:

—La publicación, en España, de mi libro, es un rasgo de Ruiz Contreras, el traductor admirable de Anatole France, que mucho me honra y mucho me compromete. A ello creo que se debe el éxito de mi primer libro. En España han sido siempre muy cordiales conmigo. Hoy he recibido una tarjeta de la escritora Concha Espina en donde me infunde nuevos bríos.

—¿Y ahora prepara otro libro?

Ofelia, diabólica, me mira y me dice, enseñando la hilera brillante de sus dientes:

—Recuerde que es autora de La Almohada de los Sueños...

—El señor va a creer—increpa Raquel—que soy una dormilona.

—Sabe que es una broma. Raquel escribe siempre; pero podría escribir más...

□

El caso de Raquel Sáenz, dentro de la literatura uruguaya, es raro. En un ambiente absorbido por cuatro o cinco valientes poetisas, era inconcebible que surgiera otra. Sin embargo, aparece Raquel y desde un principio entra a compartir los más frescos laureles que ostentaban aquellas cabezas privilegiadas. Traía con sus versos una juventud. Traía en fresco manantial el canto de una vida.

—¿Qué es lo que más le agrada de su poesía?

Para contestar mueve sus hermosos ojos. Hace un gesto romántico y me dice:

—Lo que más me agrada de mi poesía, y tal vez sea su único valor, es la espontaneidad. La poesía, que es flor, necesita frescura. Yo creo que he dado mi juventud a mis versos...

Así diciendo, mentalmente, traigo a mi memoria aquella estrofa de su libro:

"Y cerrando los ojos
es cuando más te veo,
e implorando al Olvido
me responde el Deseo."

Y pensando en todo esto quiero alejarme. La mano cordial me tiende. Se me olvidaba decir que "Didy" se despertó para despedirme también...

Manuel **GARCIA HERNANDEZ.**

P A X

Las dos hijas del rey, que eran rivales,
quisieron, por salir de su quebranto,
probar la fuerza de su mutuo encanto,
en el cubil de los leones reales.

Gloria llegó. Trompetas y timbales
repitieron su nombre sacrosanto;
los leones del rey rugieron tanto
que a lo lejos temblaban los sauzales.

Sonrióse la gente cortesana
al presentarse la princesa hermana;
mas el asombro entró en los corazones

cuando, afectando la ironía aviesa,
atravesó la pálida princesa
entre un vasto silencio de leones.

Leopoldo **LUGONES.**



Cómo se falsificaba el oro en la antigüedad

Por H. Winter

Los principios de la alquimia se pierden en la nebulosa de la antigüedad. A pesar de que Zozimes Africanus, que vivía en los siglos segundo y tercero después de Cristo, es el primer alquimista cuyo nombre ha llegado a nuestros días, varios papiros más antiguos aún demuestran que millares de años antes de nuestra cronología los hombres se habían ocupado en la transmutación de los metales. El más antiguo de estos papiros se halla en la Biblioteca de Lovaina. De todos los filósofos griegos se afirma que se dedicaban a estudios alquimistas. Sabemos que Thales, Platón y Aristóteles lo hicieron con ahinco particular y es de suponer que ellos también buscaron la solución del susomentado problema. Se atribuyen a Demócrites varios escritos sobre alquimia.

Durante mucho tiempo, la ciencia moderna ha puesto la transmutación de los metales entre las cosas irrealizables; pero, hace poco, los acertados ensayos del profesor Miethe evidenciaron lo contrario.

La Edad Media, caracterizada por sus intuiciones místicas, se ocupaba mucho en la fabricación de oro, y tantísimos príncipes, para salir de sus apuros pecuniarios, tenían alquimistas, cuyo oficio era procurar el dinero para los gastos del Estado y de la corte.

Como estos alquimistas sabían muy bien que sus fórmulas de conjuro no bastaban para conseguir el efecto deseado, trataron muchos de ellos de mantenerse en sus empleos lucrativos por manipulaciones poco escrupulosas. Realmente, apenas habrá en todo el mundo una materia que en una u otra forma no haya llenado las retortas, crisoles o morteros de los alquimistas. En muchos casos lograron los adeptos producir substancias parecidas al oro en su aspecto exterior, o que contenían pequeñas cantidades de este metal, porque en su manufactura se habían usado materias auríferas.

En el año 1675 se acuñaron en Austria monedas de este oro artificial que llevaban la inscripción: "Me hizo Wenzel Seyel convirtiendo estaño en oro". Pero el oro no era legítimo, como tampoco lo era el de la medalla que hoy todavía se puede ver en el gabinete numismático de Viena. El peso específico del oro es de 19,3, mientras el de dicha medalla no pasa de 12,6.

El mejor medio para embaucar a los crédulos consistía en introducir oro o substancias auríferas clandestinamente en el crisol. Hasta el célebre sabio holandés van Helmont, discípulo del insigne médico Paracelso, se dejó engañar por un polvo rojo que un alquimista desconocido le había entregado y que en vez de convertir substancias ordinarias en oro ya lo contenía como parte integrante. Las engañifas de que los alquimistas fraudulentos se valían en tales ocasiones variaban mucho. Una maña frecuentemente empleada fué practicar un hueco en un pedazo de carbón o en el mango de la cuchara destinada para revolver la masa en el crisol. Otro procedimiento algo más complicado consistía en soldar una punta de oro a un clavo de carpintero y pintarlo después con color gris. Con ceremonias fantásticas se introducía este clavo en una tintura que disolvía la capa de color, y el reluciente oro no tardaba en aparecer. En varios museos se conservan todavía ejemplares de tales clavos alquímicos.

Había alquimistas que realmente disponían de ciertos conocimientos científicos y que por eso pudieron engañar de un modo más fino. Sabían, por ejemplo, qué soluciones de plata, a pesar de la perfecta transparencia del líquido, contenían cantidades apreciables de este metal. Aprovechando esta circunstancia echaban los alquimistas mercurio en una solución de nitrato de plata. En esta operación se disolvía el mercurio, mientras la plata se precipitaba formando una amalgama con el exceso del azogue añadido. Calentado ahora ese cuerpo en un crisol, se evaporaba el mercurio y quedaba como residuo la plata fina. Los profanos creían naturalmente que la tintura misteriosa había transformado el mercurio en plata. Hoy día sabemos que con este procedimiento los alquimistas no obtenían ni un solo grano de plata que anteriormente no estuviese contenido ya en la solución mencionada. Un artificio parecido servía para simular la producción de oro. Se echaba una moneda de oro en un vaso con sulfuro de sodio derretido, produciéndose así al enfriar la solución, una masa cuyo quilate no se pudo reconocer. Al fundir de nuevo esta masa y agregando un poco de plata, esta última desaparecía y se segregaba oro. El alquimista aseguraba haber conseguido la transformación de plata en oro, lo que ciertamente no era el caso, porque en realidad el peso del oro se había aumentado en la misma proporción en que la plata añadida había entrado en la aleación.

En otros casos, los alquimistas admitían su incapacidad de producir oro nuevo; pero afirmaban poder aumentar el peso del oro ya existente. Este procedimiento se llamaba la "cementación". Se fundía oro, plata y cobre y se amartillaba después la masa enfriada hasta convertirla en hojitas muy delgadas, que, junto con el polvo de cementación, se echaban en un crisol. Después de calentar las hojitas durante varios días, éstas parecían de oro puro y tenían un peso que naturalmente excedía el del oro empleado para este experimento. Como el polvo de cementación, merced a su composición particular, disolvía la plata y el cobre, pero no el oro, resulta también este procedimiento otra mistificación. Quedaba solamente el oro de las hojitas, cuyo peso se había aumentado con el del cobre y de la plata que contenían.

Ninguna trampa o embuste pudo mantenerse ilimitadamente, y por eso se derrumbó al fin también este edificio de cartón. Los adictos del arte secreto—estafadores y estafados—se extrañarían del nuevo triunfo del espíritu inventor. El descubrimiento del profesor Miethe tiene por de pronto un valor exclusivamente científico, porque el oro artificial sale mucho más costoso que el que se extrae de las minas. Pero si fuera posible bajar el precio de fabricación hasta tal punto y la producción dejara cuenta, tendríamos pronto una revolución económica quién sabe si en beneficio o perjuicio de la humanidad.

Escenario político

CARACTERES DEL AMBIENTE

PUNTOS DE VISTA

Siéntese usted. Colóquese bien. Adopte una actitud simple y espontánea para que pueda enfocarlo, sin amaneramientos ni artificios, tal como es usted. No quiero presentarlo en público en traje de etiqueta. Deseo que lo conozcan, observen y examinen con el traje de todos los días, con el andar de todas las horas, con su fisonomía limpia de afeites, para que todos, al verlo pasar, sepan quién es sin disimulos que puedan disfrazarlo ni ademanes que se presten a equívocos.

¿Es usted un hombre amable? Pues preséntese amablemente con su fisonomía plácida y serena, repartiendo sonrisas. ¿Es, en cambio, usted hosco y malhumorado? Pues, también preséntese tal como es. ¿Para qué disfrazarlo obligándome a un esfuerzo que, además de ser ineficaz, es contraproducente?

No crea que mi empeño en retratarlo tal como es sea falta de aptitudes para complacerle. Palabra de honor, es más fácil disfrazarlo que presentarlo al natural. La naturaleza vista a través de un temperamento, como diría Zola, es difícil reproducirla. Cuando menos se debe tener un temperamento. Disfrazarlo, es decir, deformarlo, es fácil: lo hace cualquiera. Al fin, es como hacer un traje de confección. Lo difícil es hacer un traje a la medida, que le quede, como dicen los modistos, "pintado" al sujeto que lo viste.

Me tengo por un sastre de regular aptitudes. Tal vez no sea un gran modisto de París. Pero es probable que pueda sufrir sin desmedro la comparación con un buen sastre inglés. Bien sabe usted, mi amigo, que los ingleses visten bien. El traje no les impide los movimientos amplios, naturales y espontáneos con que se presentan, gallardos y conquistadores, diciendo con la pupila luminosa a cualquiera que los vea: soy inglés.

Pues eso mismo aspiro yo al sentarlo frente a mi caballete para retratarlo con toda limpieza, sin afeites ni artificios, para que usted pueda decir con la chispeante pupila de su mirada: soy yo. Y el público, al contemplarlo, sin dudas ni trepidaciones, pueda confirmar: es él, el mismo que vemos todos los días, por la mañana y por la tarde, de noche y al amanecer, en silencio o hablando, vestido de etiqueta o en "robe de chambre", en público o en privado, en la calle o en el comité, en los despachos de los ministerios o en las antesalas de la presidencia...

Con que, mi buen amigo, discúlpeme si por cualquier circunstancia las exigencias del oficio me obligan al detalle circunstancial que perfila y da relieve a su persona. Si al contemplarse, el retrato no le agrada, no culpe al retratista, como no es posible culpar al espejo que refleja la imagen del original que tiene delante. Cúlpese a sí mismo, que se ha creído diferente de lo que es y al contemplarse tal cual es, se irrita en contra del retratista que como el espejo sólo reproduce la imagen del original.

¿Entendido? Bien, empiezo.

EL TRAPALON

El trapalón es el sujeto de mayor popularidad en el escenario electoral. Concreta un espécimen que define su característica con el enredo. Va y viene sin tener un punto de reposo en sus andanzas. Partidario de todos, no es partidario de nadie. Ambula por los comités haciéndose el interesante con los cálculos con que pretende engañar y darse importancia. Tiene casi siempre cuatro o cinco sujetos que lo rodean. Es la pequeña guardia que exhibe como avanzada del hipotético ejército que le obedece. Es el primero en formar los comités desidentes o auxiliares en las parroquias de la capital. Algunas veces, cuando no se ofrece, se lo busca para hacer ese número que se multiplica hasta el infinito y bate el parche con los entusiasmos propios con que se enaltece el propio entusiasmo.

Tiene en el vestir una indumentaria especial. Si es elegante y del gran mundo, su elegancia se atilda y perfila con mayor esmero, para exhibirse como exponente de cultura social sin profesión conocida. Si pertenece a la clase que podríamos decir burguesa, que oscila entre urbana y suburbana, sin poderse deslindar con exactitud, el chambergo es el complemento indispensable con la corbata suelta y la flor en el ojal con que se distingue en sus andanzas por los comités.

Suele de vez en cuando el trapalón ser un hombre modesto y servicial. Otras tiene un aire petulante y dominador. Algunas veces alcanza la resonancia que exhiben éxitos efímeros que celebra con algazara sin medida. Lo mismo en las antesalas del ministerio que en el local de los comités es siempre el primer tertuliano que hace rueda y se despacha sin ambages, comentando las noticias del día con las exageraciones resonantes con que las magnifica.

No existe un hombre de valía en el mundo político que no tenga un trapalón que lo siga como la sombra al cuerpo. Puede ser o no ser el mismo trapalón, pero tiene siempre un trapalón a quien escucha de vez en cuando con interés, otras con displiscencia, muchas con desprecio, sin que esto signifique decir que no se encuentre sometido a la inevitable sugestión de la atmósfera que lo rodea. De ahí la importancia y el significado del trapalón. Los pequeños escenarios en la vida política o las menudencias de la política en el escenario dan relieve al trapalón por la eficacia que le atribuyen y la importancia que le asignan. Todos los que tienen algún valor real en las luchas electorales creen por lo menos una vez en el trapalón. Como los trapalones son muchos, creen muchas veces. Por esto el trapalón resulta indispensable en la secretaría de los comités y en las antesalas de los ministerios.

Si alguna vez la rectitud caballeresca y la sinceridad cívica prevaleciesen en la vida política, el trapalón viviría al margen de los acontecimientos para ir poco a poco desapareciendo del ambiente. Pero como la rectitud caballeresca y la sinceridad cívica constituyen la excepción que confirman la regla, el trapalón tiene todo el significado y la importancia que define un exponente de la época.

Baltasar GRACIAN.

LA TURQUESA

Cuento árabe

Por A. Blanc Peridier

I

Por las desiertas calles de Ispahán se extendía, como un bálsamo, el penetrante aroma de las rosas, y su dulce pesadez adormecía la tierra.

Nadie se hubiera atrevido a afrontar el calor abrasador de aquella hora. Un soplo de aire tibio, al pasar por sobre los floridos jardines, removía sus perfumes y los llevaba en cálidas rachas hasta el corazón mismo de las más lejanas casas.

Tendido sobre un tapiz en el suelo de su tienda, Hadji, el bordador de babuchas, se puso a cantar, balanceando cerca de su cara la rosa roja que tenía en su mano. A su alrededor, los zapatitos de cuero suave, bordados, tapizaban las paredes con sus alegres colores. Los había amarillos como ámbar, azules como lapislázuli, rojos como el coral, malva como la tierna flor de la adormidera.

Sonaron pasos en la calle, luego unas voces. Hadji seguía cantando negligentemente. De pronto, una forma se detuvo ante la puerta, interceptando la dorada luz del sol, y una voz grave dijo:

—El hombre que canta sin cesar, no tiene tiempo de pensar.

Muhammad, el viejo Sofí, entró y fué a sentarse en la alfombra cerca del bordador.

—¿Cantarás siempre, Hadji? — le preguntó.

Hadji respondió, aspirando la flor:

—Muhammad, yo cantaré mientras haya júbilo en mi corazón; yo cantaré mientras florezcan las rosas.

—¿Y cuándo reflexionarás?—preguntó el Sofí.

—He sabido fijar dos pensamientos. El primero es que la pereza es una cosa muy dulce; el segundo es que una rosa no tendrá más perfume en la mano de un gran visir que en la mía. ¿De qué me servirían otras reflexiones? No hay nada que pueda cambiar mi suerte.

—¿Crees tú?—dijo el juicioso anciano.

—Nosotros no elegimos ni nuestra vida ni nuestro rostro, ni siquiera nuestros amores. ¿Para qué elegir nuestros pensamientos? Si tuviéramos el poder de transformar nuestro destino, valdría la pena de reflexionar y hasta de obrar.

Muhammad meditó un instante, mirando al joven.

—Si tu destino estuviera en tus manos, ¿crees tú que harías buen uso de él?—dijo.—¿Crees tú siquiera que sabrías hacerte dichoso?

Hadji se incorporó extrañado.

—¿Quieres divertirte a costa mía? Cierto, nadie puede vanagloriarse de elegir la virtud, pero en cuanto a la dicha, ¿qué hombre dudaría en tomarla?...

El viejecito sonrió.

—Quiero darte entonces el poder de ser dichoso.

Y sacando de entre sus ropas una gran turquesa cincelada, la puso en las manos del bordador.

—Esta piedra posee una singular virtud. La mujer a quien des esta joya arderá de amor por ti. Pero elige bien, pues si quieres retirar la joya para dársela a otra, perderá todo su poder. Y si esa mujer llegara a devolvértela, no hará más que duplicar tu propio amor.

—¿Qué tesoro me confías?—dijo Hadji maravillado.

Y dando vueltas curiosamente entre sus dedos a la piedra, trataba de descifrar los dorados caracteres que la adornaban.

—Cuando hayas dado esa piedra—dijo Muhammad,—ven a mi encuentro y yo te enseñaré el significado de esas palabras.

Una sonrisa se deslizó sobre sus delgados labios y salió de la tienda repitiendo:

—¡Elige bien tu destino, Hadji! ¡Elige bien!

II

Hadji quedó largo rato contemplando la mágica piedra, cuando entró en la tienda una mujer.

Su voz resonó tan límpida como el caer de un chorro de agua en un jardín.

Hadji se levantó y miró a su visitante. El velo negro que la cubría dejaba apenas adivinar la forma de su cuerpo. Una espesa gasa tapaba su rostro.

—Si su boca es tan fresca como su voz—pensó Hadji,—quiero que me ame y le daré la piedra.

Ella venía a comprar unas babuchas. Tendió su pie menudo, para probar una pantufla azul; él lo tomó entre sus manos, lo acarició y lo sintió estremecerse como un pichón cautivo.

—¿Cuánto?—preguntó la joven.

—Cinco "krans" de plata.

—Son caras.

—¿Tu marido es algún mendigo?

El fantasma velado tuvo una risa tan clara, que parecía un choque de cristales.

—Mi marido no es mendigo ni es rey. No lo conozco todavía.

Hadji se estremeció de gozo.

—Joven—le dijo a media voz,—si quisieras un solo instante dejarme ver tu rostro, te daría por nada las babuchas azules.

Ella dudó, turbada, mirando al vendedor. Era bello; sus ojos eran acariciadores, finos los bigotes. Miró también las lindas babuchas bordadas y, dando un suspiro de pena, dijo:

—La hija de Omar, el alfarero, no se ha descubierto jamás ante un hombre.

Y tomando sus viejas chinelas se marchó.

Silencioso, con los brazos cruzados, Hadji la miró partir.

—Debe ser fea—pensó con despecho.—El ruiseñor no puede tener una voz maravillosa y un bello plumaje.

Y se volvió a contemplar otra vez la turquesa. Pero una vaga inquietud le invadía. Posiblemente, Muhammad había dicho la verdad y no sería cosa tan fácil elegir su propia dicha. Hadji estaba seguro de ser amado, pero ¿a quién daría la piedra?

—Un día se cruzará en mi camino la mejor y la más bella, y yo la reconoceré—pensaba.

Pero luego volvía a importunarle la idea de que quizá fuera esa la mujer que acababa de irse y sentía una pena muy grande por haberla dejado partir. Recogió las babuchas azules que ella había elegido y las escondió en el fondo de la tienda.

Ya no sentía deseos de cantar. Y tomando los hilos de oro se puso a bordar en silencio.

Lo mismo que un vuelo de cotorras parleras, una bandada de mujeres entró de pronto, llenando la tienda de risas y perfumes.

—Hadji, muéstranos tus mejores trabajos.

—Yo quiero babuchas blancas.

—Yo las quiero rosas.

—Yo quiero éstas, verdes como la hierba fresca.

El sonrió a aquellos pájaros reidores. Luego renovó el ofrecimiento que había hecho a la hija de Omar, y prometió dar las babuchas por nada a aquellas que le dejaran ver el rostro.

Las protestas y las risas estallaron.

Era impertinente y audaz ese capricho en un vendedor de babuchas.

Los cuchicheos hacían temblar los velos. No era sólo la coquetería lo que tentaba a las jóvenes, sino el placer de un gesto audaz, casi prohibido.

Nadie diría una palabra.

El vendedor no conocía sus nombres y no podía vanagloriarse de su victoria.

Todas a un mismo tiempo, dejaron caer sus blancos velos, y aparecieron los hermosos rostros.

Tenía ésta la piel pálida de las rosas.

Aquélla los ojos soñadores y su rostro de un óvalo perfecto.

Aquella otra jovencita de mejillas encendidas y bajos los ojos, ofrecía unos labios de los que uno hubiera podido tomar en un beso.

Hadji las miró a todas. Luego, sentándose negligentemente en su tapiz, volvió a emprender su trabajo.

—Llevaos las babuchas — dijo; — están ya bien pagadas.

Pero no tocó la turquesa.

III

Hadji no era bastante rico para tener varias mujeres. Así es que antes de elegir esposa quería estar seguro de que sería muy de su gusto, y no se fiaba para informarse de las charlatanerías de las viejas comadres que de cualquier joven afirmaban: "Es hermosa como la luz." Para conocer a las mujeres hermosas de Ispahán, continuaba con sus manejos astutos. Claro que eso no le enriquecía.

Los pequeños zapatitos de color de flor de piedra preciosa, iban dejando la tienda y las piezas de oro no entraban en cambio. Solamente algunas viejas, avergonzadas de su rostro, rehusaban quitarse el velo y pagaban su compra. Y mientras tanto, la piedra dormía en una fundita de cuero, a la espera de que Hadji encontrara a la hermosa por la cual deseara ser amado.

El la soñaba de una belleza perfecta, de ojos alargados y brillantes, finísimas pestañas y cejas en forma de arco, la piel como la tenue dulzura del ámbar, dientes de perlas, labios semejantes a pétalos de flor. El la soñaba ardiente y buena. Soñaba con una voz cristalina, como la de la hija de Omar, el alfarero... Pero la hija de Omar no se había descubierto.

Un día ella volvió a pasar ante la casa del bordador, miró las babuchas suspendidas en la pared y preguntó tímidamente:



—¿Has vendido ya las babuchas azules?

Ella no reía, pero, sin embargo, Hadji reconoció su voz y la hizo entrar en la tienda.

—Tengo otras muchas. ¿Quieres probarte éstas? Son del más fino cuero y tienen el color de las rosas marchitas.

—Me gustan más las azules—dijo la joven.

—Las tengo todavía — confesó Hadji,—pero ya no están en venta. Las guardaré para mi bien amada.

Bajo la máscara blanca de "haiks", ¿quién puede adivinar si un rostro de mujer se estremece?

La hija de Omar, el alfarero, se fué, siguiendo la sombra de las casas y su silueta impersonal, pronto se confundió con las de otros paseantes.

Los días corrieron uniformes.

Hadji proseguía su busca. Entre la agitación del bazar, erraba, contemplando a las mujeres coquetas que compraban el "kohl", el "musc" o el "henné", para hacerse bellas.

Una tarde, a la hora rosa y azul del crepúsculo, llegó a deslizarse en un jardín, donde algunas mujeres reunidas bailaban y cantaban. Creyéndose solas, estaban con el rostro descubierto. Sus vestidos, de sedas vaporosas, flotaban al aire y brillaban en colores diversos; hubiérase dicho un ramo de flores vivas, brotadas en el "parterre". Todas eran lindas, pero una, más que las otras, atrajo la mirada del bordador, bajo sus párpados, llenos de afeites, su mirada sonreía con languidez; su piel tenía la transparencia de la miel; sus brazos estaban cubiertos de brazaletes y sus uñas teñidas tenían reflejos de flor de granada. Sus compañeras la llamaban "Mush-Rinaz", y en realidad parecía hecha de una substancia tan preciosa y tan rica como el "mush".

Disimulado entre las ramas verdes, Hadji las miraba jugar y arrojarse entre risas puñados de pétalos embalsamados. "Mush-Rinaz" pasó junto a él y arrancó una flor de un arbusto cercano. Hadji tuvo deseos de gritar:

—¡No es una rosa roja, es mi corazón lo que has arrancado!

Cuando ella ajustó su velo, él la siguió fuera del jardín. Entre la multitud que salía del bazar pudo acercarse a ella y entonces murmuró a su oído:

—¿Quieres aspirar la rosa de amor que acaba de florecer?

La enigmática máscara blanca le dirigió una mirada.

—Mi corazón es un ruiseñor ciego de amor, que no volverá a cantar sino para ti—prosiguió Hadji.

Ella siguió su camino, deslizándose entre los velos negros de las mujeres y los vestidos azules de las "mirzas" (estudiantes).

—¿Quién eres tú, mujer del cuerpo de rosas—suplicaba Hadji.

No obteniendo respuesta, se irritó, y decidió que aquella mujer había de amarle. Bruscamente, él le tendió la piedra mágica.

—He guardado esta piedra para suspenderla al cuello de mi bien amada. Tómala, no vale tanto como el corazón que llevarás con ella.

A través del velo, la joven miró la turquesa verdosa que el joven le tendía. Y tuvo una risa de desdén.

—¡Retírate, pobre vendedor de babuchas! Mi esposo me da joyas más hermosas. Y con tu amor no sabría qué hacer.

Inmóvil y mudo el bordador quedó mirando cómo se alejaba por la calle estrecha la negra silueta. El perfume de esa mujer flotaba en torno suyo, mientras las cenizas violetas de la noche iban cayendo sobre Ispahán.

IV

Hadji no volvió a introducirse como un ladrón en los jardines de las mujeres. Acordándose de la sonrisa de Muhammad, comprendió que había estado a punto de disipar locamente su tesoro.

A menudo solía pasar ante la morada de Omar. Se detenía para cambiar con él algunas palabras y le miraba trabajar.

En la tienda del alfarero lucían las ánforas cubiertas de esmalte azul; parecían colosales turquesas de diversas formas.

Una vieja habíale informado de que la hija de Omar se llamaba Susanek, y le había jurado que era tan bella como una flor en primavera y tan dulce como una fruta azucarada. Pero Hadji no se fiaba de palabras; consultó a la suerte, contando con sus dedos los redondos y pulidos granos de su collar de ámbar y, a pesar de la respuesta favorable, no se decidió a dar a Susanek la mágica turquesa.

Por esa fecha llegó a la villa una mujer europea. Era la esposa de un escribano francés, que los príncipes recibieron con grandes honores. Era muy joven; reía sin cesar y se extasiaba con gritos de gozo ante todos los objetos que se le mostraran. Cuando ella atravesaba el bazar, todos los vendedores la rodeaban. Tendían ante su paso ricos tapices, de dibujos maravillosos, ponían en sus manos collares multicolores, la inundaban de perfumes, la atendían con mil chucherías. Ella protestaba riendo y el intérprete traducía gravemente sus palabras:

—La señora no quiere comprar nada hoy.

Sin embargo, cada día volvía ella con los brazos cargados de nuevas compras.

Una mañana, pasando cerca de la tienda del bordador, la extranjera exclamó:

—¡Oh, qué lindas babuchas!

Hadji levantó la cabeza y quedó asombrado ante ese rostro desconocido.

Los cabellos vaporosos de la extranjera aureolaban su rostro con una nube de oro. Sus ojos límpidos eran dulces y su carne parecía amasada de jazmines y de rosas pálidas.

Hadji avanzó, y mientras ella entraba en la tienda, él echaba sobre sus ropas algunas gotas de esencias. Ella le agradeció con una sonrisa y sus ojos miraron con complacencia al vendedor.

Se probó quince pares de babuchas. Hadji se preguntaba si bajo la finísima media de seda sus talones estarían rosados por el "henné", como los de las mujeres de Ispahán. Pensaba que quizá cuando hubiera hecho su elección se marcharía y no volvería a verla más, y, para que no se alejara todavía, iba mostrándole nuevos pares, hasta los que eran—bien lo veía Hadji—demasiado grandes para su pie menudo. Cuando ella dejaba la tienda, le dijo, por medio del intérprete:

—Las persas son bellas como la luna, pero la dama francesa lleva el sol en sus cabellos.

—Y los persas son todos amables poetas—respondió ella.

La imagen rubia de la mujer extranjera llenaba los sueños del bordador. A las horas más cálidas, cuando extendido sobre su tapiz buscaba el sueño, creía ver su fina silueta apareciendo bajo su dintel en un halo luminoso.

Pronto no tuvo más que un deseo: volver a verla.

La encontró en el bazar. Largo rato, sin que ella lo observara, se mantuvo en la sombra, muy cerca, sin cansarse de contemplar su luminosa belleza.

—En fin—marmuró, modificando apenas las palabras del poeta:— "Eres tan bella, que delante de ti sólo soy un mendigo."

Ella se volvió, y viéndole tan cerca, pidió que le tradujeran la frase que él acababa de pronunciar.

En un impulso irresistible, Hadji le tendió la turquesa.

—Guarda esta piedra — le dijo; — no poseo nada más precioso.

Ella tomó la piedra y la miró curiosamente y, creyendo que se trataba de un negocio, preguntó:

—¿Cuánto?

—Una sonrisa tuya.

Ella estaba ya acostumbrada a los circunloquios y cumplimientos con que los orientales acompañaban el pedido de una cifra exorbitante, e insistió:

—¿Y qué más?

Hadji fijó en ella una mirada intensa y su blanco rostro se empurpuró al decir:

—¿Qué más podrías ofrecerme tú? El sol no puede dar más que sus rayos.

Y desapareció entre la multitud.

V

Hadji no iba más a sentarse a la tienda del alfarero. No pensaba más en Sasunek. Un día, sin embargo, cuando atravesaba la calle, Omar le invitó a fumar con él un narguile. El vendedor de babuchas se sentó en el lugar que le indicaba y contempló las ánforas relucientes, esparcidas a su alrededor.

—Este esmalte me recuerda los ojos de la extranjera, pero no tiene la transparencia de sus rayos—pensó.

Así, su pensamiento le llevaba lejos, mientras cambiaba con su huésped alguna frase insignificante.

—Hacía ya muchas noches que tú no venías—le dijo Omar.— ¿Acaso no sabes que en la soledad el corazón del amigo es como un rosal sin flores?

—Tuve que trabajar—respondió el bordador, turbado.

Y agregó, negligentemente:

—Estoy bordando con hilo de oro fino unas babuchas blancas que me ha encargado la dama francesa.

Eso no era verdad más que a medias. Hadji bordaba para ella unas babuchas blancas, pero no se las había encargado.

Omar asintió con un gesto. Como todos los comerciantes de Ispahán, él conocía a la viajera.

En la pieza vecina, una voz de mujer llevó hasta ellos las palabras de un viejo poema:

"Cuando ya no me ames más, me lo dirás a menudo y muchas veces, hasta que pueda llegar a comprenderlo."

Hadji se conmovió. Había reconocido la voz. Curvado sobre su minucioso trabajo, Hadji esperaba pacientemente a que el encanto hubiera llenado de amor el corazón de su bien amada y la guiara hacia él. Pero los días pasaban. Cuando se cansó de esperar contó la suerte en los granos de ámbar de su collar.

—¿Me amará ella?

Y el collar respondía: "Sí."

Las babuchas blancas estaban terminadas. En los elegantes caracteres bordados en ellas, que formaban un arabesco de oro, podía leerse: "No aplastes la flor de amor que se abre a tu paso."

Hasta la paciencia oriental se agota cuando el corazón arde de amor. Hadji no quiso esperar más. Deslizando bajo sus ropas las babuchas, fué hasta la casa donde se hospedaba la extranjera.

La puerta estaba abierta, pero en ninguna ventana había luz. La propietaria de la casa salió en ese instante y le manifestó que los huéspedes habían partido la víspera con la caravana. Hadji, herido en el corazón, se alejó corriendo a ver a Muhammad.

Entró como un insensato y su dolor estalló en un torrente de reproches e injurias.

—¿Por qué me has engañado?—gritaba.—Yo no te hice mal alguno. ¿Qué fuente de veneno brota de tu corazón y sale de tus labios?

Muhammad sonreía impasible.

Cuando el joven se calmó, preguntóle:

—¿A qué mujer confiaste la piedra mágica?

No atreviéndose a confesar Hadji, bajó la cabeza y hubo un largo silencio entre ellos. Entonces, en la noche apacible sonó la voz del anciano:

—Te prometí traducir para ti las palabras grabadas en el talismán. He aquí lo que dicen: "Recuerda que las piedras no tenemos ningún poder. La única fuerza es tu amor. No siembres simiente viva en tierra muerta. No la arrojes tampoco al viento del desierto." He querido, con esto, enseñarte a dirigir tu vida. ¡Anda, hijo mío! No has perdido nada más que una piedra sin valor. Que esta experiencia te instruya. No malgastes los tesoros reales que posees.

Hadji se fué con la frente baja y absorbido por una penosa meditación.

A la mañana siguiente se despertó bajo la feliz influencia del canto de las aves, del murmullo de la fuente y el perfume de las rosas. En seguida pensó con alegría que sólo había dado la piedra y había salvado su corazón. Fué entonces en busca de la vieja que le enumerara los encantos de la hija de Omar, el alfarero, y apurado el asunto, se hizo la boda de la joven de voz hechicera con el bello bordador.

—Tus labios no son flores de granada, no son rosas ni claveles; tus labios son una flor de amor, que sólo se abre en el Paraíso—decía Hadji a su esposa.

Algunos días más tarde, ésta preguntaba a su marido si había terminado las babuchas blancas de la dama francesa:

—Se quedaron muy estrechas—respondió él;—servirán para ti.

Pero como la lección de Muhammad le había enseñado a ser prudente, Hadji nunca habló a Susanek de la turquesa perdida.

Gaviotas inmigrantes

Todos los inviernos aparecen en Londres numerosas gaviotas inmigrantes, que, siguiendo el curso del Támesis, llegan hasta la capital de Inglaterra, en busca de alimento, escaso en el mar para esas aves durante la época de las intensas turbonadas. Pero este año, acaso por la mayor crudeza del tiempo, las gaviotas se han internado más que de costumbre, y se ven solícitamente atendidas por los ingleses, de cuyas manos toman sin desconfianza esas aves cuantas partículas nutritivas se les ofrecen. Y el público se solaza en los parques con las extrañas actitudes, muchas de ellas ridículas, que en su vuelo suelen adoptar las gaviotas, sobre todo cuando tratan de atrapar en el aire cualquier insecto que pueda calmar el apetito de esa voraz especie ornitológica.

Algunos de sus protectores londinenses las obligan a efectuar toda clase de evoluciones en torno a la mano que sostiene la ansiada presa, a la que jamás renuncia la gaviota, que trata siempre de cogerla con el pico; pero atrapa también el trocito de pan, de queso o de cualquier otro comestible, si se les arroja, entre las plumas de las alas, pues antes de que pueda desprenderse aquel anhelado "manjar", ya lo tiene la gaviota en el pico.

Esa es una de las distracciones favoritas entre los concurrentes a los parques británicos durante la época invernal.

CURIOSIDADES

Después de retirarse de su oficio como jardinero, a la edad de setenta años, un hombre de Sunbury, sintió la afición de ir en bicicleta, y ha recorrido en los últimos ocho años 46.000 millas montado en su máquina.

* * *

De acuerdo con los datos recogidos últimamente, cada habitante de Londres consume, término medio, por semana, dos libras y media de carne.

* * *

En las fábricas de botellas, los obreros sopladores de vidrio fundido suelen beber hasta veinte litros de agua por día durante las horas de ese trabajo, que es uno de los más penosos que existen.

* * *

Bicicletas que vuelen van a ser ensayadas en Italia. La hélice propulsora es accionada por los pedales. Sobre el ciclista va colocado un globo lleno de gas, de un tamaño suficiente para sostener la máquina.

* * *

Miles de toneladas de tierra mineral de la región de Sud Africa donde se recogen diamantes han sido transportadas a Londres, donde se las deposita en la sección sudafricana de la Exposición del Imperio, próxima a inaugurarse. De esa tierra se espera sacar diamantes por valor de muchos miles de libras esterlinas, a fin de cortarlos y pulirlos a la vista del público.

La salida y destino de los buques que acarrean la preciosa tierra se han mantenido setos, y la mina será custodiada día y noche hasta la fecha de la apertura de la Exposición, el próximo abril.

* * *

Los agricultores de aquellos países europeos en los que se come pan negro generalmente, tienen las dentaduras excepcionalmente buenas.

* * *

En Inglaterra se consumen anualmente 120 millones de libras de tabaco.

* * *

Un individuo cualquiera puede morirse por falta de sueño en diez días; por falta de agua, en una semana, y por falta de alimentos en períodos variables, según las circunstancias.

* * *

En Labrador se calza a los perros que tiran de los trineos con zapatos de piel de foca, porque este material les pone a cubierto de los efectos que podría producirles en las patas la marcha por superficies heladas.

* * *

Los baños de mar han sido prohibidos a las mujeres de Constantinopla.

* * *

Si toda la carne que importa Londres llegase en forma de animales vivos, entraría en la ciudad uno cada dos segundos durante todo el año.

* * *

Aun cuando no existe una prohibición expresa, el fumar es considerado incorrecto para los "referees" ingleses y franceses cuando están en funciones.

* * *

En Serbia se pelearon hasta quedar muertos dos aldeanos de Pojarevats. Todo por una cebolla.

* * *

Cada vez es mayor el consumo de ginebra en el mundo.

* * *

La tinta china está hecha con alcanfor carbonizado.

* * *

La digestión tarda una hora más cuando se bebe vino que cuando se bebe agua.

* * *

En Venecia se trata de construir un ferrocarril que recorra todo el largo de la ciudad—ocho millas—por un túnel.

* * *

La cirugía facial, incluyendo modelado de narices, orejas y labios, era conocida en Italia en 1456.

* * *

Tomás Davies, un minero octogenario, de Porth, ha cumplido sus setenta y tres años de trabajo bajo tierra. Durante los últimos cuarenta y tres años ha trabajado en un mismo pozo.

Teteras y sartenes de cartón han sido patentadas por un inventor alemán.

* * *

En Terranova existen cuarenta mil lagos.

* * *

Los músculos del ala de un pájaro son veinte veces más poderosos que los del brazo de un hombre bien forzudo.

* * *

Una galleta india, especie de empanada, pues está rellena de carne picada, y que tiene más de cien años, ha sido descubierta en perfecto estado en Indianópolis. Parece que en tiempos de abundancia los indios preparaban esas galletas y las enterraban para utilizarlas en tiempos de escasez, exactamente como hace el perro que entierra el alimento que le sobra.

* * *

Para que un invento sea registrado en todos los países que tienen establecida la protección legal de marcas e inventos, es preciso obtener cerca de setenta patentes, en otros tantos países, cuyo costo total asciende a unos sesenta mil pesos oro.

* * *

La venta de periódicos y revistas extranjeras, así como los libros, ha sido prohibida en las estaciones de ferrocarriles servios.

* * *

Los sitios donde el tráfico es mayor en Londres son Hyde Park Corner, Picadilly Circus y Mausión House, por ese orden.

* * *

Los rayos del sol penetran a través del agua clara hasta una profundidad de mil quinientos pies.

* * *

Desde 1919 se han construído en Gran Bretaña más de doscientas mil casas.



La medicina en el tiempo de los incas

Cuando los incas eran dueños y señores del imperio peruano, la medicina se ejercía por dos clases de galenos. Una, la ejercida por los sacerdotes "amautas", que solamente asistían a los reyes, a los príncipes y a los magnates, y otra, que era formada por curanderos, que estaban encargados de asistir a los demás.

Para la primera no exigíase examen previo de idoneidad. Los médicos peruanos transmitían por tradición a sus propios hijos los conocimientos que poseían, y bastaba hallarse en la posesión ciega de dichos conocimientos para que, sin mayor análisis ni discusión, se le tuviera por médico.

Los peruanos conocían los purgantes y practicaban la sangría con una punta de pedernal en una vena cercana del dolor. Garcilaso cuenta prodigios de unas raíces blancas, como nabos pequeños, que se usaban para purgas. Ellos conocieron las propiedades diuréticas del maíz mucho antes que los españoles, como también una "hierba admirable para los ojos", que era una variedad de berro silvestre que, "mascada y puesta sobre los párpados a manera de emplasto, gastaba en una noche cualquier dolor". Otra, "como raíz de grama, asada al rescoldo", servía para regenerar las encías.

Los médicos indígenas no conocían el valor del pulso; sin embargo, solían tomar la temperatura del enfermo, no en la muñeca, sino en lo alto de la nariz, en la unión de las cejas.

Hasta 1643 permanecieron secretas las propiedades febrífugas de la "quina", época en que fueron reveladas a un español por un indio, y quien pudo curar de fiebres terciarias a la esposa del virrey.

Como higiene terapéutica hay que señalar los sudatorios, cuya confirmación arqueológica sobre su construcción y dimensiones se ignoran; pero que se sabe estaban construidos de adobe crudo, en forma de hornos para pan, de ocho por seis pies, que comunicaba con otro, en el que se encendía fuego. Cuando la temperatura de éste era muy elevada, se abría la comunicación con el otro, donde estaba el enfermo, que recibía así el aire calentado. Si se quería calor húmedo, se producía atmósfera húmeda echando agua sobre las piedras enrojecidas por el fuego.

Usaban como estornutatorio el polvo obtenido triturando las frutas o semillas del *cebil (Pitadenia macrocarpum)*, cuyo comercio se extendía hasta entre los indios montañeses de la provincia que después fué Córdoba, y no le eran desconocidos los afrodisíacos más eficaces (huacanqui), "que no había fuerza humana capaz de poderlos resistir".

La farmacología peruana se limitaba al uso de hierbas simples, no conociéndose los medicamentos compuestos. Cada hierba tenía su aplicación y cada enfermedad su hierba correspondiente, de manera que bien a propósito hubiérales venido el conocido lema latino: *Mille mali species, mille herbae salutis.*

El gran número de cráneos perforados encontrados en un radio de 25 millas alrededor de Machu Picchu y la quebrada de Huarochiri, demuestra que los peruanos conocían desde tiempos remotos la trepanación en todas sus variedades, la que era practicada con instrumentos de piedra tallada, obsidiana, etcétera, sea por enfermedades, sea por heridas de guerra producidas por la honda.

Respecto al tratamiento que usaban los peruanos para las heridas de guerra, podemos deducirlo de un relato que nos dejó Garcilaso. Después de la batalla de Huarina (1547), en la que las tropas reales de Diego Centeno fueron derrotadas por los rebeldes de Gonzalo Pizarro, al mando de Francisco Carvajal: "Los heridos no sabían qué hacer para curarse, sino dar gemidos del dolor de las llagas, que hombre hubo entre ellos que entre él y su caballo tenían veintitrés heridas, de ellas grandes y de ellas chicas. Proveyóles Dios en esta necesidad, que, entre otros indios, vieron venir uno cargado con una petaca, que allá hacen de paja de forma de arca, que podemos llamarle baúl. Fueron a él, entendiendo que traía algún regalo de comida u otra cosa de estima, y cuando abrieron la petaca, la vieron llena de velas de sebo... Los indios de servicio que los españoles tenían consigo dijeron a sus amos que se podían curar con aquel sebo, y ellos mismos lo derritieron en dos cascos de hierro que sus amos acertaron a llevar, y trajeron del estiércol del ganado de aquella tierra, que por aquellos campos había mucho, y hecho polvo lo mezclaban con el sebo; y así caliente, cuanto se podía sufrir, lo echaban en las heridas y las llenaban, por hondas que estuviesen, y con lo mismo curaron sus caballos y se consolaron con la merced que Dios les hizo de aquel remedio; que fué tal que sin más cura ni otra medicina alguna sanaron los de aquella cuadrilla."

Los peruanos conocían también el valor terapéutico de sus termas medicinales, cuyas numerosas instalaciones utilizaban para curarse de las enfermedades de la piel y otras, teniendo cuidado de que las aguas usadas tuviesen su desagüe directamente al mar.

El *armacuni*, o baño diario, era tan indispensable para el Inca como para el último vasallo; así lo demuestran los restos de una infinidad de acueductos y fuentes, que al propio tiempo eran dedicadas a ceremonias religiosas. Si a esto se agrega el sistema hidrológico y de irrigación, la construcción ordenada de las casas y de las ciudades, con sus barrios y plazas, terrazas, jardines y patios; la inmensa red de caminos reales, con sus *tambos* erigidos de trecho en trecho, a lo largo de los mismos, y el desarrollo alcanzado en las artes e industrias, nada cuesta suponer la existencia de leyes sanitarias, religiosas y políticas que, impuestas por el Hito del Sol, hallaran estricto cumplimiento en el carácter sumiso del pueblo.

En el Perú no había ricos ni pobres. Todo era del Sol y del Hijo del Sol, el Inca, el cual repartía, según su propia ley, entre los vasallos el ganado, los productos del suelo y los terrenos, con prohibición de venderlos, y sólo podían aumentarlos en proporción al número de hijos. Había terrenos destinados especialmente a beneficiar a los enfermos, los inhabilitados para el trabajo, los ancianos, las viudas, los huérfanos y las mujeres de los soldados. Estos terrenos debían ser cultivados por las comunidades respectivas organizadas en cuadrillas de trabajadores—especie de prestación vecinal—cuya primera obligación era la de labrar los terrenos pertenecientes al Sol, es decir, al culto de Dios; después los de aquellos que no podían trabajar; en tercer término las tierras propias de cada uno, y, por último, las posesiones del soberano. La cultivación era favorecida por un vasto sistema de irrigación.

¿Quién sabe qué de sorpresas hubiera encontrado el importador de la civilización europea, don Francisco Pizarro, si el comunismo egoísta y despótico de la dinastía de los Incas no hubiese inmovilizado y reducido a un flexible mecanismo la cerebración e inventiva individual de un pueblo laborioso e inteligente! "No es lícito que enseñen a los hijos de los plebeyos las ciencias que pertenecen a los generosos y no más, porque, como gente baja, no se eleven y ensoberbezcan... (Inca Roca)." Esta era más o menos la intención del código incaico que nos transmitió el inca Garcilaso de la Vega en sus Comentarios. Y no es improbable que con el fin de hacer más efectivo ese tiránico exclusivismo de casta, el inca Manco Capac I haya impuesto la deformación craneana de sus vasallos "para que sean simples y sin ánimo, porque los indios de gran cabeza y redonda suelen ser atrevidos para cualquier cosa y mayormente son inobedientes".

Lo expuesto bastaría para demostrar que, desde tiempos inmemoriales, los peruanos más cultos se ocupaban de filosofía y psicología; y a corroborar esta opinión concurre la simple inspección de los *huacos* y de las vasijas halladas en las varias necrópolis de la región litoral del Perú (Yungas). Dejando a un lado la descripción de la variedad de colores, adornos y barnizado de esos cerámicos, sólo haremos notar la plasticidad fisionómica representada en dichas vasijas y la expresión bien psicológica de los diferentes estados de conciencia, de placer y dolor, alegría, risa, admiración, tristeza, ira, espanto y desesperación.

EL FUTURO REMOTO

¿Intelectualidad o animalidad?

Sir Arthur Keith, célebre antropólogo, ha hecho interesantes declaraciones a un periodista, redactor de "The Westminster Gazette".

Estas declaraciones son de franco pesimismo.

—En un futuro lejano—ha dicho sir Arthur Keith—el hombre no será un ser superintelectual absorto en el estudio de problemas abstrusos, o en pensamientos dulces, sino una persona de complexión robusta, con mucho de animal.

Sir Arthur, al opinar así, se funda en sus estudios del cráneo prehistórico, descubierto hace cuatro años en Rodesia. Dijo que la cultura intelectual excesiva causa a los seres humanos más penas que placeres, puesto que les da una conciencia demasiado clara de su fragilidad y de la insuficiencia de sus recursos; además, si todos los hombres adquisieran una cultura intelectual superior, la raza humana se perdería, puesto que son los instintos animales los que aseguran la existencia del género humano.

Refiriéndose al hecho de que la cavidad de dicho cráneo prehistórico era más amplia que la que se observa en los hombres de hoy, el sabio manifestó que el tamaño del cerebro de los hombres ha ido disminuyendo a través de las edades, atribuyendo este fenómeno a la circunstancia de que cada nueva generación tuvo que esforzarse menos que la anterior en la solución de los grandes problemas de la existencia, y agrega:

"Aun así, la gente de hoy tiene un poder intelectual diez veces más grande que las generaciones primitivas, pero la mayoría usa sólo una parte muy pequeña de las facultades intelectuales que posee."

Y por otra parte, Branly, el sabio a quien se debe el descubrimiento inicial de la telegrafía sin hilos, hablando del porvenir de la ciencia, ha declarado que ese será la destrucción de la Humanidad. Lo que se ha visto durante la última guerra no es nada comparado con lo que verán nuestros nietos. El perfeccionamiento de las máquinas de matar nos llevará a poder destruir de un golpe miles de hombres, y por este medio será posible acabar pronto con la raza humana.

La ciencia por sí misma es indiferente al conocimiento que el hombre tiene de la Naturaleza; y el hombre, en el orden práctico, saca partido de este conocimiento para aumentar su poder. Imaginad un azadón—dice Branly:—éste puede servirnos para labrar la tierra y fertilizarla, pero también nos es útil para romper a alguien la cabeza. La capacidad de la ciencia para el bien, presta igual capacidad para el mal. Esa capacidad tiende a ser mayor cada día. Luego cada día será más grande la potencialidad para el daño.

Los últimos momentos de la vida de Rodó

Cómo se produjo, en Italia, la trágica muerte del maestro de "Ariel"

El poeta uruguayo Carlos María de Vallejo, actualmente en Europa, ha escrito para la revista "España y América", esta palpitante página llena de emoción, en la que refiere la trágica muerte del eminente escritor sudamericano.

Entre las figuras próceres que siguieron al patriciado intelectual de la República y que por falta de capacidad y amplitud de observación en los críticos extranjeros no han trascendido más allá de las fronteras de Argentina y de Chile, adquieren relieve escultórico en nuestra historia literaria las de Santiago Vázquez, Mateo Magariños Cervantes, Melchor Pacheco y Obes y Juan Carlos Gómez que, entre otros eminentes hombres de letras, conquistaron para el Uruguay el título de la Atenas de América. Fundidos estos valores con el que encerrara el cerebro privilegiado de José Enrique Rodó, que supo destacarse al lado de las grandes mentalidades que integran el cuadro de los pensadores españoles hasta la época contemporánea, Montevideo puede conceptuarse como una de las más cultas ciudades del Río de la Plata.

Un desconocimiento absoluto de lo que ha significado y significa el florecimiento de este pequeño grande centro del Sur, puede dar justificación al ligero juicio de Andrés González Blanco, al afirmar en un estudio acerca de Rodó, que nuestro ambiente, "el más virgen a las letras de toda la muy virgen América, es un país sin tradiciones literarias".

Una Nación que como el Uruguay, no ha entrado aún en el Centenario de su emancipación política y ha dado ya representaciones positivas a la novela con Eduardo Acevedo Díaz y Carlos Reyles, de quien asegura Unamuno que "jamás se ha hablado del alma española con tanta profundidad"; a la poesía con Juan Zorrilla de San Martín y Julio Herrera y Reissig, clasificado por Guillermo de Torre como un "precursor que supo elevar a cumbres árticas su primordial y más arduo elemento: la metáfora, enalteciendo sus líricas previdencias"; al teatro con Florencio Sánchez; al periodismo con Samuel Blixen y Arturo Santana; a la historia con Carlos María Ramírez y Francisco Bauzá; a la psicología con Carlos Vaz Ferreira; a la sociología con Carlos María Prando y Emilio Frugoni, se tiene la obligación moral de considerarla entre las más excepcionales del continente.

Es necesario que los escritores españoles, abandonen, una vez por todas, su asiática indiferencia ante las cosas de *Indias*, donde tienen mucho que analizar y aprender, dejando de lado las expresiones cordiales y de protocolo, fundadas en un falso concepto hispanoamericanista, y desentrañen la verdadera fuerza que contribuye eficazmente a labrar nuestra representación española en el concepto extranjero de la Europa.

Fuera de su tierra natal, América y España conocen la vida de ese gran héroe del silencio, sabio de toda sabiduría y dueño de todas las virtudes, que renovó en el alma de la juventud la leyenda sagrada del Jónico y dió forma al pensamiento que simboliza la gloria de la estirpe, pero muy pocos son aquellos que conocen la dolorosa tragedia de su muerte.

Aún recuerdo con claridad la tarde en que Rodó se despidiera de la juventud uruguaya desde los balcones del Círculo de la Prensa de Montevideo, instalado por aquel entonces en la Avenida 18 de Julio. Grande era la emoción que conmovía su ánimo, al punto de hacer vibrar su palabra en los labios trémulos. Acaso presintiera su alma, que aquella despedida cálida que le tributaban sus conciudadanos, encerraba algo de adiós definitivo, porque sus lentes, que daban un aspecto misántropo a su figura, se habían empañado con las lágrimas!...

La salida de Rodó de Montevideo era impulsada por un oculto deseo de ostracismo. Sin duda alguna, el gran espíritu que concibió a Próspero y que soñó en la Belleza cuando cincelaba su grande obra, estaba herido por el desengaño.

A los pocos meses de su ausencia, y ya en suelo de Italia, cuando escribió sus diálogos de bronce sobre el David de Miguel Angel y el Perseo de Benvenuto Cellini, confesaba a su amigo Zubillaga, en correspondencia particular, que se sentía dominado por *el mal de patria*...

Bajo tal estado de ánimo, llegó a Palermo el día 3 de abril de 1917, al Hotel des Palmes, con procedencia del Hotel Santa Lucía, de Nápoles, con una carta de presentación de sus propietarios.

Y aquí da principio su tragedia silenciosa. El infortunado Maestro de *Ariel*, buscó en la quietud de aquel pueblecillo luminoso, un descanso en su *Camino de Paros*, en la fría inhospitalidad de un hotel de primera clase, conservando el más riguroso incógnito de su persona.

Vestíase a diario con un único y raído jaqué que mostraba por los faldones el forro descosido y deshilachado, calzando unas botas salpicadas de lodo, que denunciaban el más absoluto abandono de su persona. No hablaba con nadie. Se alimentaba con la sobriedad de un monje cartujo y pasaba largas horas en el *hall* del establecimiento, con la mirada perdida en un punto fijo del espacio, frente a una taza de caldo y una botella de agua mineral en su mesa. Fuera posible que el agudo padecimiento que lo postrara más tarde para siempre, lo sumiera en la contemplación del cielo límpido y sereno de la itálica gentil...

Hospedado en la habitación número 215, cambiaba las palabras más indispensables con la camarera. Casi un mes duró la permanencia de Rodó en el Hotel des Palmes. Salía de su cuarto todos los días, pero se recogía temprano. El completo descuido de su persona—refería Julián Nogueira—con la barba crecida, lleno de manchas, cubierto de polvo que jamás sacudía, hacían pensar en un avaro que, por error, hubiera ido a parar al mejor alojamiento de Palermo.

Durante su estancia, no ordenó un solo baño y se mostraba tan ajeno a la higiene, que los dueños estuvieron a punto de solicitarle la habitación. Mas una especie de respeto intuitivo les imponía la obligación de estarse a distancia, como si comprendieran que bajo aquel desaliño, por el aire señorial que prestigiaba su figura humana y pasajera, había en toda ella, el sello de una noble dignidad.

Sin que se haya podido penetrar en el drama íntimo de su rara existencia, en lo que a su estancia en Europa se refiere, ya que pasó sus últimos meses en el más absoluto de los retraimientos, Rodó se llevó su secreto a la tumba.

La mañana del día 28 de abril, cuando la criada le llevó el desayuno, le confesó que estaba malo, pidiéndole que abriera las ventanas de su habitación, con vistas al jardín de la casa. Sin embargo, horas después, abandonó el lecho, pero permaneció sin salir del hotel. Las personas que le veían a diario, notaban que aquel hombre desconocido, pasaba por agudos padecimientos. Hasta el siguiente día, no volvió a cambiar una sola palabra con nadie. Cuando la camarera entró por primera vez en su estancia y le preguntara si quería alguna cosa, le manifestó de nuevo que padecía mucho. A las siete de la tarde, llamó a la criada y le pidió hiciera venir un médico. Sus sufrimientos se agudizaban de una manera cruel. Era tanta y tan grande la simpatía y la curiosidad que despertaba su extraña conducta y su retraimiento, que todas las personas del hotel trataron de calmar sus dolores empleando medios caseros que no pudieron aliviarle. Cuando llegó el médico—que lo fué el doctor Sapuppo—encontró al enfermo retorciéndose en la cama, presa de terribles dolores. Este dispuso su inmediato traslado al hospital, por considerar gravísimo su estado. A la una de la madrugada del 30 de abril, en medio de la más profunda obscuridad de la noche, a causa de las medidas de seguridad impuestas por la guerra, fué conducido al hospital San Severio. La persona que lo acompañó en esta angustiosa *vía crucis*, asegura que fué indecible lo que el enfermo sufrió en el trayecto.

Antes de continuar este relato, quiero consignar aquí el nombre de la Princesa Bancina de Palermo que, conmovida y atraída piadosamente al lecho del escritor, a pesar de su aspecto desconcertante, colocó con sus manos una bolsa de agua caliente, con la esperanza de atenuar en él las horribles torturas del mal.

El médico de sala que en el San Severio lo examinara con detención, no pudo interrogarle. Declaró luego—sin afirmarlo—creía se trataba de un caso fatal, atacado de tifus abdominal y nefritis, puesto que ya había entrado en estado comatoso.

Desde su ingreso en el hospital, hasta su muerte, no tuyo un solo momento de lucidez.

El día 1.° de mayo del año 1917, a las diez de la mañana, falleció, finalmente, el sereno filósofo de la dulzura José Enrique Rodó, en el más triste de los anónimos, desconocido, lejos de su suelo de origen (que hoy conserva sus despojos mortales en el Panteón de los hombres que han merecido honor de la Patria), sin amigos que le ayudaran a bien morir, y sin más amor alrededor de su lecho de agonía, que la caridad helada que irradia la frialdad de una sala de hospicio!...

Carlos María de VALLEJO.

"Motivos de la urbe"

Por Eduardo María de Ocampo

Como una primicia, publicamos estos poemas inéditos, que pertenecen al próximo libro de Ocampo, titulado "Motivos de la Urbe". Refiriéndose al autor, ha dicho un crítico:

"Eduardo María de Ocampo, en "Las rutas de Simbad", es un alucinado que navega por mares azules, ebrio de aire de mar, tocado por las alas invisibles de los pájaros de la ilusión. Mañana este joven poeta arribará a una isla donde se alzan ciudades reales, donde habitan seres humanos enloquecidos de vida, abrumados de dolor. Entonces, la poesía de Ocampo cobrará el vigor de las cosas humanas, vibrará en la risa y en el llanto, estará impregnada de otra tristeza más honda, más amarga, que es la de la vida real.

"Con un perfecto dominio de la forma, con un sentido estético personalísimo, con una sensibilidad fácil a las más imperceptibles sensaciones, este poeta dará frutos más sabrosos, mejor madurados, más humanamente sentidos. Y así nacerán los "Motivos de la Urbe" que nos anuncia."

PROGRAMA

Trabajar sin descanso,
robar horas al sueño
palpitando el dolor de las arterias
urbanas, para luego
llevarlo a las cuartillas en la [illegible]
del verso...

Profundizar el alma de las calles;
esos ríos revueltos
de espumas blancas, de agitado oleaje,
y de extraviados restos
de naufragio...

Muy lejos
de la existencia plácida, muy cerca
del vivir turbulento
que enardece la sangre,
que conmueve el cerebro,
que nos lleva a soñar con imposibles
momentos
de placer, de dolor, de algo que vemos
muy cerca, y está lejos...

Velar el sueño de los boulevares;
el reposo, el silencio
encubridor de crímenes... De dulces
delitos cuando, al fin rasgado el velo
de las vírgenes, frente a los altares
de Amor flota el incienso...
Y, descifrando el alma de la urbe
dejar que se encanezcan los cabellos.

HISTORIA

Eran sus labios rojos como carbón de fragua,
era su carne fresca como de pan moreno;
era carne de fábrica,
carne de sufrimiento,
fundida en el espasmo doloroso
de cansados obreros....

Y su destino fué el de muchas otras...
El taller, el eterno
calvario de las tristes. Ya sus padres
eran viejos, más viejos
les hacía el agobio de los males
pretéritos

Y su destino fué el de muchas otras...
que oyeron
la voz arrolladora de la vida.
El, parecía bueno
y además era su patrón...
Y luego...

Hoy amamanta un niño, albo como la leche
que mana de su seno...

LLUVIA

Noche de lluvia en la Avenida.
Trazan ciszás sobre el asfalto
los automóviles que brillan
bajo las luces, patinando.

Donde la planta resbala [illegible]
pardos espejos las aceras
que reflejan los maniquíes
y los cristales de las tiendas.

Condensa en lo alto su penumbra
el velo húmedo que flota
sobre el reloj, que en la columna
con pereza marca las horas.

Y pienso yo:—mientras observo
desde una mesa del "Yokohama"
ante un tazón de café negro—
¡Cuándo vendrá el amor! ¿Mañana?...

CAFE

Tristeza, plúmbea tristeza
de escribir en una mesa
de café...
Tristeza que nunca muere. .
La niebla, en la calle, l[illegible]
yo no sé
si a los enfermos pulmones
o a los tiernos corazones
faltos de luz y de fe.

Tristeza, acaso recuerdes
que fueron los ojos verdes
del amor
tus divinos precursores...

Atmósfera gris... Dolores
neurálgicos... El ardor
de mi afiebrada cabeza
vive en la plúmbea tristeza
de escribir en una mesa
de café...

SIESTA EN BARRACAS

Borroso panorama.
Visión obscura de las chimeneas
que fingen un informe
grupo de bayonetas
clavadas en la carne del espacio...

Es hora de la siesta.
El sol derrama sobre el barrio obrero
su incandescente brea,
que ennegrece los rostros, y las almas
eleva
a utópicas comarcas...
¡Algún día
han de llegar las nuevas
doctrinas que cabalgan en las rojas
ideas!

Y sueñan los obreros, mientras braman
las máquinas eléctric[illegible]
¡Han de llegar los gritos
que rompen el dolor de las estep[illegible]s
de la Rusia... Los potros desbocados
que forjaron sus c[illegible]os en Siberia,
sus férreas herraduras
marcarán sobre todas las prebendas!

Y sueñan los obreros mientras mugen
las rápidas poleas;
y en las ruedas sin fin de los motores,
en el crisol de roja efervescencia,
les parece escuchar el resonante
galope de los potros de Siberia!

También sueña la muerte...
¡que ellos solos no sueñan!...

UNA BROMA, por Guy Peron

—Hace unos veinte años—nos decía Baudoche, el conocido millonario—estaba en situación económica muy precaria. Vivía en un hotel modestísimo, en una habitación que me costaba veinticinco francos al mes. Eran los buenos tiempos en que se comía por un franco veinticinco, con pan a discreción.

—¡Oh tiempos felices!

—Es verdad. Pero eso no impedía que tuviera grandes dificultades para pagar la cuenta de mi hotel. Por eso, cuando quise marcharme de vacaciones, el dueño, al que debía tres meses, se opuso a que sacase mi maleta, que contenía mi ropa, mis obras y mis ilusiones.

—La ley—me dijo—me concede el derecho de retención sobre los muebles de los huéspedes insolventes. Así es que no saldrá la maleta de mi casa hasta que me pague lo que me debe.

Aquella actitud era un obstáculo serio, y salí del hotel en busca de un prestamista.

Al llegar a la calle de Santiago, me encontré a mi amigo Carlos, un muchacho ingeniosísimo, al que, después de pintarle lo crítico de mi situación, le pedí prestados setenta y cinco francos.

—Si yo tuviera setenta y cinco francos—me contestó,—no estaría aquí, sino en Trouville.

—Es que el dueño de mi hotel no me deja sacar la maleta.

—¿Que no te deja sacar la maleta? ¿Y eso es todo? Déjame arreglar esto; yo te aseguro que no solamente te dejará sacar la maleta, sino que te la bajará él mismo a cuestas hasta la calle.

—¿Sin pagarle los tres meses?

—Sin darle un céntimo.

—¿Qué vas a hacer?

—Muy sencillo. ¿No hay un cuarto libre junto al tuyo?

—Sí. Ocupo el veintidós, y está libre el veintitrés.

—Perfectamente. Iré esta tarde a alquilarla para pasar la noche. Tú, como si no me conocieses. ¿Es grande tu maleta?

—No; pequeña.

—Perfectamente. Hasta luego.

Quedé intrigado pensando en lo que iría a hacer. A primera hora de la noche vi que Carlos ocupaba el cuarto número veintitrés, con una gran maleta, que subió el dueño del hotel.

Cuando bajó el dueño, Carlos me llamó a su cuarto, abrió su maleta, sacó de ella un adoquín envuelto en un periódico, y guiñando un ojo, me dijo:

—Esto se lo dejaremos al propietario.

Luego fué a buscar mi maleta pequeña, la metió en la suya y se despidió de mí:

—Hasta mañana. Que descanses.

A la mañana siguiente, después de haber pagado tres francos, importe del alojamiento de la noche pasada, Carlos rogó al dueño del hotel que le bajara la maleta hasta la calle, a lo que accedió aquél muy amablemente.

Yo bajé tras él para marcharme también del hotel, y le dije al dueño en la puerta:

—¿Me deja usted o no bajar mi maleta?

—¡[illegible]! —me [illegible].

—Entonces voy a suicidarme.

—Vaya usted adonde quiera.

Así me marché del hotel. Justo es que añada que cuando un año después gané el primer premio de la Exposición de Artes Decorativas me apresuré a enviar al propietario los setenta y cinco francos que le debía.

Desde aquel día, siempre que me encuentra, me saluda respetuosamente.

COSTUMBRES NUPCIALES

EXÓTICAS

Musmé se casa

Una semana antes de la boda se realiza el cambio de regalos. El novio ofrece una cintura de seda blanca, bordada maravillosamente: es el *obi*. La novia, por su parte, ofrece el vestido de seda multicolor, de forma especial, que llevará el novio el día de la ceremonia; esto es, el *kamishino*. Además de estos presentes, cuya suntuosidad depende de la posición social de las familias, será preciso no olvidar los presentes simbólicos, es decir, los obligados en todo acto que hace época en la vida del Japón. En este caso consisten en peces secos y en *saké* de marca, emblemas de fidelidad y de alegría conyugal en el Japón.

Ya no queda más que fijar la fecha de la boda, lo cual constituye un capítulo considerable de gastos. Dice un proverbio japonés: "Si un hombre tiene tres hijas, por muy rico que sea, no por eso dejará de ser pobre cuando haya casado a las tres". A fin de hacer estas cargas más ligeras, plantan cuando nacen sus hijas unos árboles preciosos llamados *kiris*, cuya venta, quince o diez y seis años más tarde, les ayudará a soportar todos estos gastos inevitables. Mediante cierto interés, hay sociedades que se encargan de la realización de estas operaciones agrícolas; rinden, pues, unos servicios parecidos a los de nuestras compañías de seguros.

Además de un capital en especies, la dote, en una parte muy superior a la de nuestras costumbres, consiste en telas, provisiones, conservas, utensilios de hogar y obras de arte; es decir, en todo lo que hace falta para amueblar una casa japonesa, desde la cama hasta los floreros fantásticos. No hay que decir que el *trousseau* personal debe ser suntuoso; la *musmé* es indispensable que tenga ropa blanca buena y en abundancia para el resto de su juventud.

Dispuestas ya todas estas maravillas, los padres las exponen en una o varias habitaciones, e invitan a amigos y conocidos a venir a admirarlas. En el Japón, como en España, esta ceremonia obliga a los parientes a gastarse en regalos mucho más de lo que pueden.

La víspera de la boda son embalados estos tesoros en bellísimos cofres de laca fina, y con gran pompa, precedidos y seguidos de linternas, unos criados los llevan al domicilio conyugal. Es un cortejo imponente, que a veces reúne hasta treinta personas.

Después de haberse maquillado y peinado minuciosamente, la *musmé* se viste las tres o cuatro túnicas de mangas colgantes, que es en lo que consiste su traje blanco de novia. Por fin, la hermosa cintura que le envió su futuro será anudada con artificio, y el nudo enorme, de alas desmesuradas, parecerá una mariposa de seda blanca detenida caprichosamente sobre el cuerpo de la novia.

La boda tiene lugar en casa del novio. El suelo de toda habitación japonesa consta de dos planos, uno más alto que otro, unidos entre sí por uno o varios escalones. En la parte alta, o sea en el *tokonoma*, se colocan los accesorios obligados: tres *kakémonos* de circunstancias, fuentes de peces secos, una mesita de madera coronada de un cedro enano y unos pajarillos embalsamados, emblemas de longevidad; dos muñecas representando japonesas vestidas según las modas de otro tiempo; en fin, floreros de bronce llenos de flores escogidas con exquisito cuidado y dispuestos según reglas del complicado arte floreal de los japoneses. Por ejemplo, los vasos o floreros no deben colgarse en ocasiones de bodas, porque recuerdan la movilidad de las cosas humanas. También están prohibidas las ramas colgantes, pues que pueden ser símbolo de la flaqueza humana. Tampoco se juzgarán apropiadas las flores de tono violáceo, pues su aspecto es contrario al sentimiento de la alegría. Contrariamente, como el blanco está reservado a las damas y el rojo a los caballeros, según que el padre de la familia haya pedido una esposa para su hijo o un marido para su hija, el blanco y el rojo dominarán en la disposición de las ramas y las flores.

Realizados todos estos preparativos, hacia el fin del día, el novio, después de haber encendido un pequeño fuego a la puerta de su casa, enviará a sus amigos a dar la bienvenida a la novia.

Esta se dirigirá a casa del novio subida en una silla de mano, escoltada por sus padres, parientes y amigos.

Llega el cortejo de la novia a la vista de la casa nupcial. Si se trata de una boda de lujo, la calle estará adornada con linternas de fantasía. Después de haber reparado el desorden de su *toilette* en una cámara especial, la *musmé*, cubierta la cabeza con un pañuelo de seda blanca, entra con pasos tímidos, arrastrando los pies; es decir, a la manera de toda japonesa bien educada, en la estancia en que la esperan sus suegros y su futuro. Este la contempla avanzar hacia él sentado en un cojín. A su lado la joven esposa toma asiento. Entonces en el salón vecino suena el canto nupcial, el *utai* legendario, cuyos solos y dúos permitirán durante el ritual del *san-san-ku-do*—literalmente, "del triple cambio de las tres copas",—que es, propiamente hablando, la verdadera ceremonia de la boda japonesa, pues que los sacerdotes no toman parte en ella, ya que la religión no ha creído deber suyo sancionar un acto social tan importante.

Y entremos, finalmente, en el *san-san-ku-do*. Un *musko* o una *musmé* de honor ha dispuesto sobre una minúscula mesa blanca tres copas de lacra dorada, de dimensiones diferentes, y dos frasquitos de aguardiente de arroz. En seguida es ofrecida a la novia la más pequeña de las tres copas, y la *musmé*, después de beber en ella un pequeño sorbo, la pasa al novio, que la consumirá de un solo trago. Y este gesto simbólico se repetirá tres veces, significando que los esposos en adelante compartirán todas sus alegrías y todos sus dolores.

Después, el *nakodo* salmodia un canto de circunstancias, un *sakasago*, es decir, una canción deseando a los jóvenes esposos una larga vida, y con ello se da por terminada la ceremonia del enlace.

A la boda japonesa no precede ni sigue ningún trámite civil. La joven esposa no tiene más que anunciar en la oficina municipal del distrito su cambio de nombre y de domicilio.

Si los preparativos fueron largos, la ejecución no puede ser más rápida.

A decir verdad, nosotros no nos creeríamos suficientemente casados por haber compartido con nuestra futura tres simples copas de aguardiente.

¿Verdad, lector?...

COSAS DE CINELANDIA

No la más bonita, pero sí la más fotogénica nariz femenina

El doctor norteamericano W. Balsinger, es, según la pintoresca terminología de las revistas cinematográficas estadounidenses, un notabilísimo "cirujano plástico y perito nasal".

Reside en Hollywood (California), sede, por todos conocida, de los principales estudios de *movie pictures*—fotografías móviles; esto es, cinematografía—del mundo entero. Es, pues, razonable que Hollywood sea llamada también, como lo es en efecto, "la capital de Cinelandia".

El doctor W. Balsinger ha hecho una gran fortuna con las narices. No con las suyas, que, por su desproporción, impiden al cirujano plástico "predicar con el ejemplo". Debe su fortuna al examen y corrección de narices ajenas.

Es frecuente que el director de un estudio le envíe un par de docenas de muchachas con una carta concebida y redactada a este tenor: "Mi querido Balsinger: Ahí te envío a esas chicas que desean tomar parte, como señoritas de conjunto, en la película que empezaremos a *filmar* la semana próxima. Te ruego seas implacable con sus narices. Me contento con que de las veinticuatro nenas me elijas cuatro o cinco. Ahora sí; éstas deben tener narices incontrastablemente fotogénicas. Mañana o pasado te remitiré otra remesa de chicas guapas".

Recientemente se ha celebrado en la capital de Cinelandia un concurso de narices. No habrá que decir que el presidente del jurado ha sido el perito nasal y distinguido profesor W. Balsinger.

No se trataba de premiar la nariz más bella, el más perfecto tipo de nariz, sino la más fotogénica, es decir, la de mejores cualidades para ser fotografiada.

Ha ganado el concurso la señorita A. London, cuya belleza han reproducido las revistas ilustradas, publicando numerosos retratos. A decir verdad, aunque por desgracia somos legos en la ciencia del ilustre nasólogo, si a la expresión sincera de nuestro pensamiento nos obligaran, tímidamente nos atreveríamos a sugerir—a sugerir, nada más—que la boca, los ojos, la línea del mentón, hasta el sedoso cabello nos gustan bastante más que la nariz.

Hablamos en un sentido artístico, plástico. Desde otro cualquier punto de vista, la nariz de la señorita London es verdaderamente un encanto... Un encanto de gracia desenfadada, de picardía, de insolencia. Nosotros nos limitaríamos a decir que es una nariz respingona. Un francés, a ella refiriéndose, emplearía la muy expresiva — terriblemente expresiva — frase: *Il pleut dedans*. O lo que es lo mismo, en romance bárbaro: "Es una nariz... de las que llueve dentro".

En disculpa del jurado y del ilustre nasólogo que lo presidiera, repitamos, finalmente, que el objeto del concurso no era premiar la nariz más bella, sino la más fotogénica.

¿Y cómo no ha de ser la de la señorita London la más fotogénica, si nos lo garantiza el doctor Balsinger, el inconmensurable "cirujano plástico"?

F. DE LA M.

"Este suceso lo hago yo"

Por Adolfo Carretero

Una tarde, en el café, le dije a mi compañero:

—No podemos seguir un día más de este modo. Hay que trabajar. El dinero ha terminado.

Mi compañero, y digo compañero porque realmente lo era y no por el oficio de escribir, me miró indiferente, como si no le importara gran cosa la noticia. El pobre llevaba una larga temporada arrinconado en su acobardamiento, igual que un aparte en el cauce de la vida. Hacía un año que en la batahola de una noche nos conocimos, y desde entonces juntamos nuestras suertes. Me interesó desde el principio. Tenía en los ojos un afán de no ver nada, de pasar por todo a saltos, que encadenó mi curiosidad.

—Este muchacho debe tener una tragedia—me dije.

Más tarde me contó su historia.

Una historia sencilla, como muchas historias reales; pero agrandada y dramatizada por su imaginación. Era un trágico imaginativo.

Estudió en Granada, se enamoró de una gitana en el Sacro Monte, vivió con ella después de una gran batalla con un gitano sarmentoso y obscuro, y, últimamente, huyendo de una muerte cierta, vino a Sevilla. Su madre entonces le escribió llamándole antes de morir. Cuando llegó a su casa toda su familia lloraba la pérdida de la madre buena, sacrificada por los sufrimientos que le diera su marido. El también lloró sinceramente, más que por la muerte de su madre por la ausencia de su padre, que ni aun en los momentos en que se perdona todo quiso venir al lado de los suyos para compartir el duelo irremediable.

Quedaron las hermanas en el pueblo, bajo la tutela de unos tíos, y él regresó a Sevilla con el dinero que le correspondió en la herencia.

En el reparto de alhajas preguntó por la esmeralda familiar que usó siempre su madre, y le contestaron que una vez su padre la recogió y ya no volvió a aparecer más.

Gastó el dinero en un año, y al final, cuando la ruina le hacía un remolino ante los pies, la vida nos unió cariñosamente para salvarnos o para hundirnos juntos.

Nos dimos ánimos; nos prometimos rectificar de una manera rotunda, y planeamos un programa de trabajo redentor. Yo escribiría novelas y él se dedicaría al periódico, para lo cual tenía serias aptitudes. Pero los días pasaban y la hora de empezar no venía.

Ultimamente nos quedamos sin un céntimo. Vivíamos de la protección de algunos amigos. El parecía no enterarse mucho de esto y todo le daba igual. Hasta que aquella tarde, en el café, le dije que no era posible vivir un minuto más de tal manera. Me contestó que llevaba razón, y empezó a preocuparse.

—Te prometo que antes de una semana esto ha cambiado.

Y, efectivamente, a los cinco días salimos para Madrid, colocados por un amigo mío en uno de los principales diarios.

El se dedicó a la información de sucesos, y en esto adquirió en poco tiempo cierto prestigio. Transformó su carácter, y le vi más decidido y más contento de sí mismo.

Yo me dediqué a hacer comentarios de política y de literatura, y también me conquisté una pequeña firma.

Un día me enseñó una carta de su hermana, en la que le decía cosas de su padre. En el pueblo sabían que estaba en Madrid, pero ignoraban qué género de vida hacía. Le invitaba a que se informase de todo y se lo dijera después.

Por aquella época llegó a Madrid una mujer de belleza extraordinaria, con un atavío de leyenda. Se la veía siempre sola en la Castellana, en los teatros ocupando una platea, en los grandes sitios de las exhibiciones exquisitas. Nunca estuvo acompañada de ningún hombre. Esto la circundó en seguida de un prestigio misterioso, y hacia ella, por su belleza y por su aire de heroína de novela anónima, fueron las miradas de todos los perseguidores de mujeres.

Mi compañero también se interesó por ella. La siguió una tarde, y vió que entraba en uno de los mejores hoteles.

—¡Qué atracción más rara siento hacia esta bella desconocida! Hay en ella una refracción de cosas inexplicables que me inquietan vivamente. Y no es amor; es otro sentimiento que me angustia y que me hace ver, a través de la claridad helénica de su rostro, como unas olas de sangre que quisieran absorberla.

—De buena gana hablaría con ella y la advertiría de este peligro que la amenaza.

A los pocos días volvió a decirme:

—¿No te lo dije yo? La bella desconocida ha sido asesinada en su cuarto del hotel. No hay rastro alguno. Ahora mismo voy. Es una información sensacional y he de sacarle un gran partido.

Yo también le acompañé.

En la puerta del hotel un grupo de personas miraban recelosas, con una curiosidad expectante.

Preguntamos por el dueño. Un señor alto, con bigotes grises y lentes de oro. Quiso excusarse finamente, procurando desvirtuar nuestro interés, como si allí no hubiera ocurrido nada.

El Juzgado de guardia llegó en aquel momento. Nos presentamos al juez. El juez, amable y severo, nos invitó a seguirle.

Y penetramos en el cuarto de la "bella desconocida".

Yacía en la cama, con los brazos en cruz y una leve contracción en el rostro. Las ropas, en desorden natural, pero sin indicios de lucha ni manchas de sangre.

El juez destapó el cuerpo de la asesinada, soberbia estatua del mejor escultor de Florencia. En el pecho y en el sitio del corazón tenía clavado un pequeño puñal—puñal de los Médicis,—que más bien parecía un capricho del Renacimiento.

Junto a la almohada y casi oculta por la cascada rubia de su pelo, una esmeralda lucía felinamente, profundamente fija, como una mirada sin órbita.

Mi amigo se puso intensamente pálido. Los ojos se le abrieron en un espanto de locura. Alargó el brazo, y vi en sus manos nerviosas, epilépticas, la gota verde de la esmeralda.

Sin saber por qué sentí un fuerte escalofrío. A él le temblaba en la boca una palabra, que se quedó muda para siempre.

Tuve necesidad de salir del cuarto y arrastré conmigo a mi compañero.

Ya en la calle, nos miramos profundamente, y sólo me atreví a decirle:

—Este suceso lo hago yo.

La dolorosa trágedia de aviación



[illegible] capitán Madariaga.



[illegible] único testigo del accidente [illegible] Page, que acudió [illegible] su lancha, al teniente [illegible] Bastieri y al señor Savall.



La chata C. M. 81 extrayendo del agua, en la confluencia de los ríos Bravo y Sauce, el Vickers R. 4, que piloteara el malogrado alférez de navío Nelson, T. Page, muerto en el [illegible].



El padre del alférez Page, capitán de navío Franklin N. Page, acompañado del teniente de navío Padula, capitán aviador Vicente Andrada y otros señores, recorriendo, en una lancha, el lugar del accidente, para encontrar el cadáver de su hijo.



El ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, y varios oficiales del ejército y la armada, trasladando los restos del infortunado capitán Joaquín Madariaga, desde la subprefectura de San Fernando al tren que le condujo a Buenos Aires.



El teniente aviador Pedro Castex Lainfor, uno de los tripulantes del avión que piloteaba el alférez Page, y que resultó seriamente herido en el accidente, es colocado en el vagón del ferrocarril que le transportó desde Campana a la estación Retiro.

EN EL CLUB DEL PROGRESO. — INAUGURACIÓN DE NUEVAS DEPENDENCIAS





Con motivo de la inauguración de las nuevas instalaciones del Club del Progreso construídas sobre la calle Rivadavia, realizóse una brillante fiesta social y deportiva [illegible] — A la izquierda: el presidente del club, señor Antonio S. Crouzel, rodeado de algunos miembros de la comisión directiva, leyendo su discurso. A la derecha: varios de los jugadores que intervinieron en los partidos de pelota, uno de los números que integraban el programa de fiestas

LOS PROBLEMAS DEL FAQUIRISMO





En los salones del Círculo de la Prensa, tuvo lugar la anunciada conferencia del doctor Tot sobre los problemas del faquirismo. — A la izquierda: un aspecto del local, mientras se desarrollaba la interesante disertación. A la derecha: el doctor Tot sometiéndose a los dolorosos experimentos con que ilustró su conferencia, por la cual fué muy felicitado y aplaudido

Una distinguida cantante argentina.



Señorita Sofía Emery Lagos, que después de cur[illegible] de Buenos Aires [illegible] se ha revelado como una notable cantante, obteniendo brillantes éxitos en numerosos conciertos.

San Juan. Aniversario de la Revista Médica de Cuyo



Doctoras Leticia Acosta de Roberti, Carolina L. Nastri y María Genoveva Acosta; doctores Julio P. Riege, presidente del Consejo de Sanidad de la provincia, Eduardo H. Albarracín, director del Dispensario Público Nacional Antituberculoso, Rogelio Driollet, director del Hospital San Roque, Y. Carmona Ríos, J. Matusevich, R. López Mansilla, E. Ocampo, H. H. Crescetino, y señores E. Jankewski, Perrotat y Maury, durante la celebración del segundo aniversario de la fundación de la "Revista Médica de Cuyo"

Fot. Colecchia



FIESTA DE NATACIÓN EN EL CLUB SPORTIVO BARRACAS

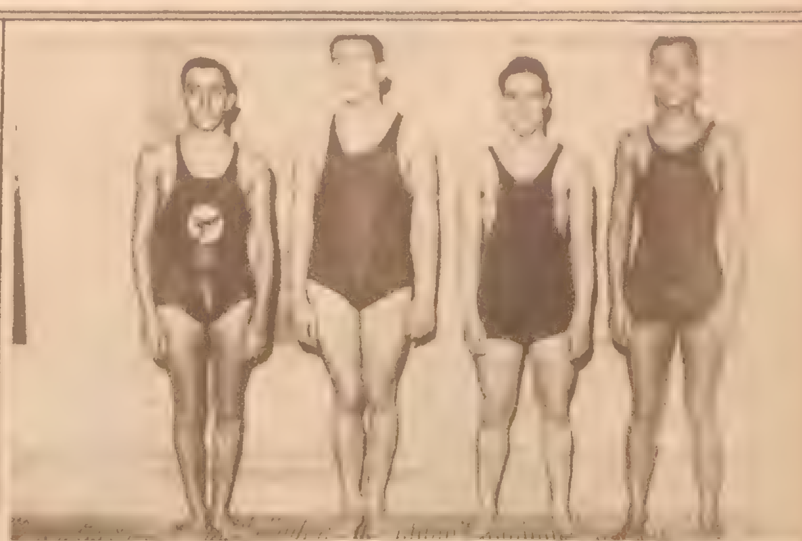




Organizada por el Club Sportivo Barracas, llevóse a efecto en el local de dicha institución, el primer concurso de natación para aficionados pertenecientes a los clubs a la Federación Argentina de Natación. — A la izquierda: vista parcial de la concurrencia que asistió a la fiesta. A la derecha: un grupo de deportistas de los que tomaron parte en las pruebas



Señoritas y niñas que intervinieron en las carreras de 25 metros, estilo pecho y 100 metros, estilo libre.



A. Elorza, C. Quirós, W. Smith y R. Membrives, del Club de Gimnasia y Esgrima, que triunfaron en la carrera de postas, en cuatro estilos.

VISITA DE LOS DUEÑOS DE ALMACENES Y CAFÉS A LA CERVECERÍA PALERMO





A invitación de la gerencia de la Cervecería Palermo, los dueños de almacenes y cafés de las zonas central y sud de la capital, realizaron una visita al mencionado establecimiento. — A la izquierda: los almaceneros del radio central, en su recorrida por las instalaciones. — A la derecha: el personal superior de la Cervecería Palermo, con algunos de los visitantes.



Los propietarios de los almacenes instalados en el radio sud de la capital, que también inspeccionaron las dependencias de la mencionada institución industrial.



Un detalle del lunch con que la gerencia de la Cervecería Palermo obsequió a los visitantes.

SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—La señorita Herminia Scaglione y el señor José Smurra, últimamente desposados.



Enlace de la señorita Nélida Pérez con el señor Enrique D. B. Marré. Los novios, después del acto religioso.



La señorita Lozelia Susana Hall y el señor Juan F. Conrard, cuyo matrimonio se verificó recientemente.



La señorita Ramona Vecino Martínez y el señor Alberto L. Byrne, después de su enlace.



ROSARIO.—Enlace de la señorita Antonia Bueno con el señor Luis Ferrari.



La señorita Zulema Turoldo y el señor José Rimoldi, después de sus desposorios.



Casamiento de la señorita Josefa D. Giménez con el señor Juan C. Ferriol.



La señorita Elvira de la Vega y el señor Angel Paladini, acompañados de sus padrinos, después de efectuada su boda.

MARPLATENSES



María Salomé Mancini Alcorta.



Señorita Amelia Costa.



Un caballero que pasea su importancia por la Rambla.



Señorita María Esther Lengoni y señor Miguel Pesce (hijo).



Un bello efecto de luz en las aguas marplatenses.



Alfredo Emparan y Jorge Fernández Pardo.



Las rocas de la Perla.



Los bañistas más viejos de Mar del Plata: Nicolás Botta, Espiro Monterissi y Nicolás Marquese.

Fots. Bonnin.



Una soprano de cualidades destacadas

ELENA SMIRNOWA

Durante una audición radiotelefónica, en uno de los broadcasting locales, nos fué dado escuchar, una tarde, una magnífica voz de soprano lírica. Límpida, clara, de timbre agradable constituía evidentemente un número musical de méritos positivos.

Averiguamos en seguida los datos necesarios para una nota periodística y bién pronto supimos que se trataba de Elena Smirnowa, cantante que en el extranjero ha obtenido señalados éxitos.

Poco después la entrevistábamos:

—He estudiado canto en Buenos Aires, en el Instituto Williams, y de esta capital pasé a Italia, donde proseguí perfeccionándome bajo la acertada dirección de la profesora señora Guibaudo y luego con otros maestros.

"Alentada por la palabra estimuladora de músicos avezados y de críticos de innegable autoridad, debuté en Berlín, cantando "Rigoletto" y más tarde "La flauta mágica", de Mozart.

"Tuve un éxito altamente halagüeño, y así lo hicieron saber las crónicas periodísticas, todas ellas muy elogiosas.

"Continué mi carrera artística dedicándome esta vez a dar varios conciertos, y con este motivo me presenté ante los públicos de París, Montecarlo, Londres, ciudades de Grecia y Barcelona.

"La crítica me fué siempre entusiastamente favorable y ello me determinó, como es natural, a continuar empeñosamente mi carrera. Si he de atenerme, pues, a los juicios que ha motivado mi actuación ante públicos tan diversos, debo declarar, con modestia y sin jactancias inadecuadas, que estoy satisfecha, pero...

"He aquí el infaltable "pero" de todas las cosas. Tengo una aspiración, que cuantas personas la conocen, me han dicho que es perfectamente lógica y explicable: presentarme ante el público de Buenos Aires, cuya capacidad para apreciar y juzgar todo lo relativo al arte es cosa sabida.

"Deseo actuar en esta gran capital y en ese sentido he iniciado gestiones que espero obtengan éxito.

"He recibido infinidad de cartas de oyentes de radio que, dentro y fuera de Buenos Aires, han tenido ocasión de escucharme y todas esas opiniones me son muy favorables, lo que me alienta más y me estimula a fin de lograr mis propósitos. Las cartas con juicios tan concluyentes me están demostrando que también agrado al público porteño. No es insensato, entonces, que me someta a su juicio desde un escenario de teatro lírico."

La breve entrevista terminó en seguida, porque, ante un requerimiento telefónico, la Smirnowa debía bisar frente al micrófono una de las romanzas que acababa de interpretar, según es habitual en ella, en forma altamente elogiosa.







"El fantasma de la Opera"

Por tratarse de una de las más importantes películas del año, reproducimos algunas de las escenas de esta superproducción, que el 18 del corriente estrenará la Universal. Actúan en la obra, como principales intérpretes, Lon Chaney, Mary Philbyn y Norman Kerry.













El veraneo en Cacheuta



Señor Gerardo Cores y su familia.



Familia del señor Juan Antonio Estal.



Señorita Elena Elizalde.



Señoritas Chongona Airolo Bonadeo, Graciela Olmos, Juana V. Arando y Fortini.



Señora Emilia F. de Agote, señor Pedro F. Agote y doctor O'Farrell.



Un paseo digestivo.



Programa de "footing" para la gente menuda.



El doctor Loustalet y el señor Bonelli



Despidiendo a un notable inventor de fábulas.



Señorita María Isabel Sales y el doctor A. Cabalito Diorti.



El señor Aldo Bertini y su señora Teresa Pessini, el día en que cumplieron sus bodas de plata.



Señora Gemma Raspadori y Guido

Fots. Bejarano

Balneario de Mar Chiquita



[illegible]



Señorita Carmela Juarez Beltran



Señora Marta R. de Starck.



Señora de Hidalgo



Señor Santiago Rebora y señora



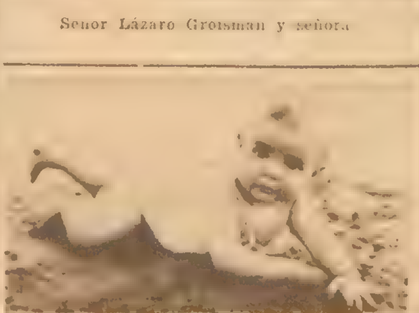
Señor Lázaro Groisman y señora



Señor Italo Batelli.



Doctor Quesada y señora



Nena Elle Batelli



Señorita M. Provenzal.



Señoritas Griselda López, Aida Romitti y María Angélica López.



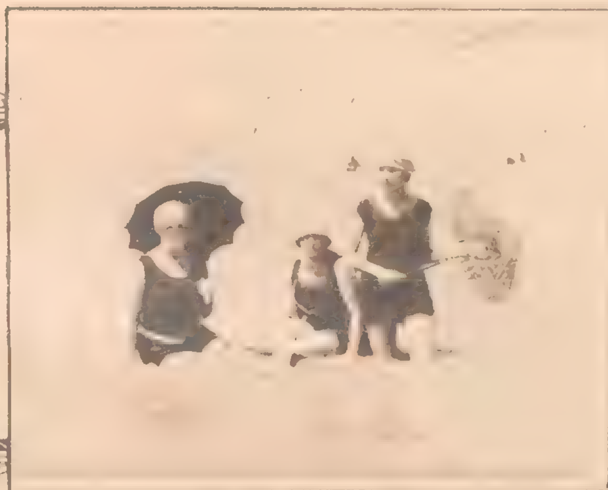


Señoritas de Balbín y Servat.

Fots. Jordán.

POR LAS PLAYAS URUGUAYAS


PIRIAPOLIS.—Un interesante grupo de bañistas recibiendo los beneficios del sol matutino.


Entre caricias de espuma.


Señoras de Charlone y Colombo, señorita de Ledesma y señores Atilio E. Colombo y Ortega.


CARRASCO. — Señores Emilio Vázquez y Manuel Blanco y familia.


POCITOS.—Señoras de Zunino y de Garjulo.


Señores Francisco Bazzi y Héctor Camponono.

DE ABRA PAMPA (F. C. C. N. A.)


Frente del edificio de la hilandería recientemente inaugurada.


Una hermosa plantación de habas y arvejas.

Fots. E. P. Pérez.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Reginal Denny y Marión Nixon, protagonistas de ''El libertino'', próximo estreno de la Universal,



Doris Kenyon y Percy Marmont en "¿Por qué me arrancaste el alma?'', cinedrama que estrenó el domingo la Corporación.



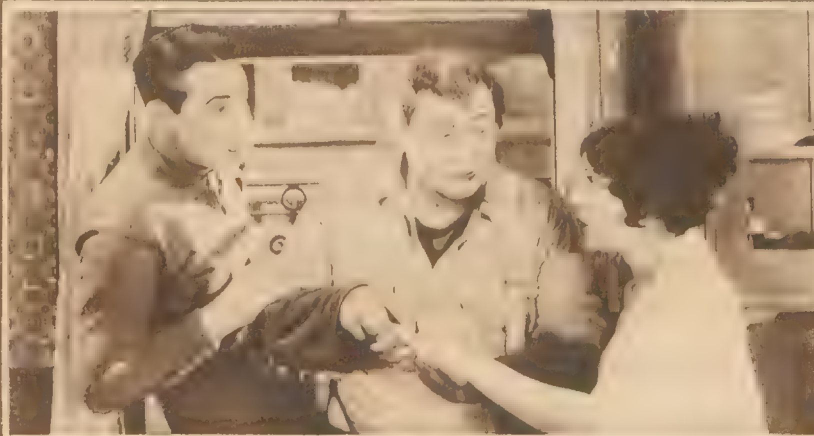
Escena de ''Un ladrón en el paraíso'', cinedrama interpretado por Doris Kenyon, Ronald Colman y Aileen Pringle, que Glücksmann estrenará el viernes próximo,



Ramón Novarro y Alice Terry, en el cinedrama ''El árabe'', superproducción que la General estrenará el viernes próximo.



Jay Hunt, protagonista de ''El remolón'', cinedrama donde actúan Madge Bellamy, Ethel Clayton, y que Fox estrenó el jueves último.



Escena de ''Callecita de mi barrio'', cinecomedia interpretada por Patsy Ruth Miller, Monte Blue, Louise Fazenda, Williard Lewis, Mary Carr, Ben Turpin, que el sábado estrenará la New York Film.



Escena de ''El kimono rojo'', cinedrama interpretado por Priscilla Bonner, Mary Carr, Mirs. Wallace Keid, Virginia Pearson, Tyrone Power, Sheldon Lewis, y que el domingo próximo estrenará la General.



FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE INDUSTRIAS, ARTES E HIGIENE. — El ministro de Italia, conde de Gloria, el cónsul de dicho país, el presidente de la Exposición, doctor Bartolomé Vasallo, y las autoridades en el acto inaugural del pabellón italiano.



Una vista parcial del pabellón destinado a la Industria Argentina.



Las instalaciones de la sección sanitaria, en el pabellón italiano.



Sección de maquinarias y aparatos de aviación de gran potencia, en el citado pabellón de Italia.



Los alumnos de los colegios ocupando el tren liliputiense, durante su visita a la Exposición.



Otro grupo de colegiales, recorriendo los pabellones en el diminuto ferrocarril.



Concurrentes al lunch ofrecido por la Cámara Italiana de Trabajo en honor de las autoridades locales, como retribución a las atenciones dispensadas al señor ministro de Italia en la Argentina.



Figuras descollantes de la compañía nacional José Franco, que ha iniciado la temporada teatral en el Olimpo, con un rotundo éxito, demostrativo de las grandes simpatías con que cuenta en el público rosarino.



Match interprovincial entre Newell's Old Boys y Boca Juniors.—El equipo de Newell's Old Boys, que obtuvo sobre su rival un sonado triunfo, por un score de 2 a 1 goals.



Team de Boca Juniors, vencido por los rosarinos.—En el centro del grupo aparece el "sportsmen" señor Domingo Brebbia, presidente del Newell's Old Boys.



Los ágiles del Boca llevan un recio ataque, que se estrella ante la eficaz defensa opuesta por los locales.

Fots. Flores Toledo.



El doctor Roca, ministro de Hacienda, y el señor Humberto Semino, distinguido "sportsmen", viejo puntal del Newell's, presencian, en compañía de sus familias, el emocionante encuentro.

GENTE MENUDA



Gladys Villalón Ruiz.



Antonio M. Quiroga Guevara



Jose Domingo y María Juana Ugarte



Osvaldo Mario Torrá.



Nélida Filosa.



Alberto Bernardo Adelsflüger.



Elena Costa Dollenz.



Miguel Oostoya.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



CACHEUTA. — La pintora argentina señorita M. de Larrosa inauguró, recientemente, una exposición de cuadros, de que es autora, sobre motivos cordilleranos, que mereció elogiosos conceptos de las personas entendidas en la materia. — "Mañana andina".



"Imagen del Cristo Redentor de los Andes".



"Valle del Río Blanco"

Fots. Bejarano.







HUMAHUACA. — A la izquierda: las señoritas Gracia Perrotti, Ofelia Giménez Rossi, Isabel Cámpora, Emma Ruiz Ovejero y Ana Gurini, y el señor Normando Baca, director de la escuela local, durante una excursión al lugar denominado "Ojo de la Peña", en cuya vertiente surge un manantial, del cual se tomará el agua potable para consumo de la población de Humahuaca. En el centro: probando el agua corriente que se suministrará al pueblo. A la derecha: sitio denominado "Ojo de la Peña", desde donde se conducirá el agua a Humahuaca, a cuyo efecto ya se ha dado principio a las obras

Fots. Edmundo P. Pérez.

PAGINA INFANTIL.—Aventurás de Pipirí



LEONINA

(Cuento de la vieja Saboya)

POR PEDRO DE RÉPIDE

I

Suntuosa y magnífica es la mansión de Ripalla que ocultan los álamos en la montaña. Tan alba es su opulenta iglesia, que más que templo de mármol, parece que la nieve, cubriendo las rocas bruidas, dibuja, sobre el lejano fondo obscuro de los abetos de las laderas, la morada de algún enviado del dios de los hielos, que tiene su asiento más allá en el Mont-Blanc. Medrosa es la abadía de Haute-Combe, sepultura de príncipes; en sus criptas cavadas en la peña repercute el estrépito con que en su base chocan si son agitadas por los vientos las aguas del lago. Aguas donde las aves rozan la superficie en su vuelo, y donde mojan sus pesadas ramas los árboles de la orilla, marcada a veces con un borde de espuma.

Amadeo V hubo de construir en las cercanías de Thonon, ese edificio que era el poético y magnífico retiro que los condes de Saboya tenían para descansar de sus fatigas del gobierno de su estado. El conde Verde, fastuoso en la corte de Chambery, pensando solitario en ella, había dado al viento su divisa de esperanza desde las siete torres del castillo de Ripalla. Un ribazo poblado de castaños terminaba en un oquedal a las márgenes del lago de Ginebra, y allí se extendían unas praderas de perenne verdor. Y aquella fortaleza, que fué ducal por gracia del emperador Segismundo, en la persona del sabio Amadeo VIII, y monasterio más tarde, donde el mismo congregó algunos religiosos del Orden de San Mauricio, salió un tiempo de su serena tranquilidad de siempre para albergar la supuesta beatitud del viejo príncipe, trocado en Pontífice Félix V.

Lanzaba anatemas y reunía su corte. Pero a veces, casi a escondidas y acompañado solamente de un paje doncel, descendía lentamente por una senda de lirios todo el ribazo poblado de castaños que terminaba en un oquedal a las márgenes del lago, y en las praderas, siempre verdes, se detenía, orando acaso bajo unos árboles, por cuyos troncos se entrelazaban los jazmines que suspendían luego sus flores desde las ramas. Era la tarde cuando volvía al monasterio, y la inmensa mole semejábale un arca donde estaban cerrados sus recuerdos. Anciano y combatido, agobiado por preocupaciones infinitas, dejaba algunos momentos el presente para pensar en el pasado. Buscaba el aire de la noche en las columnitas de piedra que miraban al valle y envidiaban los espíritus, tranquilos como aquellas aguas, que a lo lejos veía brillar como si recogieran todo el tibio resplandor sideral, que a falta de la luna daba hermosura y claridad a la serena noche.

II

Lágrimas de rocío lloraron los saboyanos valles para lamentar con el universal dolor la muerte del noble, magnánimo, y más gallardo de los príncipes, el conde Rojo. Rugió con mayor violencia el viento, como si a los gemidos de los humanos uniéranse quejumbrosos los de la naturaleza, cuando el séptimo de los Amadeos bajó desde el esplendor de su vida a la cripta socavada de la roca. Súbitamente finaba una existencia preciosa y venerada, y fueron pocos a llorarla como merecían sus prendas, todas las buenas almas que vivían y amaban desde las orillas del Ródano hasta más allá de los Alpes, que se extienden a la entrada de Italia como un titán dormido a la puerta del paraíso.

III

Feliz y grato día aquel en que se supo que tornaba de luchar contra las armas del rey de la Inglaterra, la valerosa y magnífica persona de Amadeo VII. Fué el mismo en que antes de la misa había Rosa Leona, joven castellana en Thonon, acudido a decir bajo el confesionario sigilo, sus secretos al buen Triptemio, abad de Haute-Combe. Sólo la presencia, y aún menos sólo el oir que se hablaba, y sobre todo si era con loor, de Bonna de Berry, esposa del conde soberano, era bastante para que Rosa Leona sintiese estremecer su cuerpo un frío que la helaba el alma. Ella sabía que acaso no mediaba un verdadero amor entre aquellos más unidos por razones de sus estados que por cordial impulso. Pero sufría, sin embargo, al pensar que Bonna era para todos la compañera de Amadeo, y esas insensatas querellas de su pobre alma atenaceada, eran las que acudía a referir al monje para obtener perdones, ya que no consuelos.

Desahogó su pecho, aunque no pudo alejar quimeras de su mente. Asistió al santo sacrificio en aquella morada de los muertos, y como saliese ya de la iglesia, vió a una joven y gentilísima doncella que llegaba trayendo manojos de flores entre sus brazos. Era ésta Leonina, la hija que Triptemio tuvo en el mundo antes de pensar en cubrirse con un sayal y vivir santa y monásticamente cerca de donde las águilas anidan. Celebrábase fiesta y había subido a visitarle. Besó el anciano abad aquella frente pura, y Rosa Leona siguió camino del valle abajo, entre las rocas musgosas, por cuyas junturas crecía la hiedra y se multiplicaba.

IV

El apuesto conde, tan rubio que debía su sobrenombre de Rojo al color de su cabello, era de una gallardísima presencia. Más amado que temido, consiguió vivir, aunque él no supiera que envidiado y vendido moriría. Lujosa era su corte, pero no regocijada ni brillante, porque la quitaban alegría las desavenencias continuas entre Bonna de Berry, condesa reinante, y Bonna de Borbón, la viuda. No obstante, hubo aquel día de festejar la ciudad de Chambery el feliz y victorioso regreso del conde soberano. Y Rosa Leona, que dos días antes había contado sus males al abad, tornó los ojos a otro lado por no mirar de frente al príncipe que pasaba cabalgando un blanco bridón que arrastraba unas largas gualdrapas bordadas de cruces blancas y de flores de lis.

Sobre las gradas de una iglesia, absorta y asombrada del esplendor de la cabalgata, veía Leonina, entre un grupo de almas, el paso de la brillante comitiva. Y Leonina, como si la ambición, emparejada con el pecado de la envidia, rafaguease sobre sus palabras, encomió el poderío de las esposas de los príncipes.

—¡Qué hermoso es ser soberana!

Y una matrona que a su lado había, y ponía en su rostro y su mirada altiveces de Juno, añadió a su decir:

—Aún puedes serlo.

—¿Y cómo podrá ser?

—Un hijo tiene el conde. Niño es, pero moza eres tú.

Y hubo una suave y breve algazara de risas y donaires.

Bien sabía Leonina que no siendo con alguna princesa que le igualara en estirpe, no era común que el conde de Saboya casara con cualquiera dama. Pero aquella idea que sólo en burlas se atrevería a expresar, alegraba tanto, interiormente, que gustaba de recrearse con su pensamiento tan bello y tan audaz.

Poco después, los condes marcharon a Ripalla. Y allí fueron también, Rosa Leona a adorar sufriendo, y Leonina a sufrir deseando.

V

Adversarios tenía el conde Rojo, y aun los suficientes para que no bastara a deshacerlos su valentía y su bondad. Con íntima curiosidad acudían al castillo y supieron que el conde soberano yacía doliente en su aposento.

Bonna de Berry no se encontraba en Ripalla. La condesa, desde luego poco afecta a su marido, y por otra parte inocente de la enfermedad del conde, había vuelto a Chambery, donde hacía su vida acostumbrada. Al mismo tiempo, en el castillo quedaba libre, no sólo para los médicos, sino para cualquiera de la corte, el acceso a la cámara del enfermo. Por pasajero teníase su mal. No dejaban los pajes de entonar sus cántigas en los patios, y un niño alegre y rubio jugaba y reía como siempre en una plataforma de la muralla.

Por la noche, cuando la fiebre abrasaba la frente del enfermo, Rosa Leona hubiera dado su vida por calmar aquel dolor con sus cuidados o llevar en un beso la calentura a sus labios. Había, en cambio, un aposento retirado y sombrío donde un viejo hebreo, que era médico en el palacio, y una dama de sedeño brial y toca carmesí, hablaban en baja voz con Leonina.

—Mira—decía la dama del brial,—decidido está y ha de llevarse a fin. Si no eres tú, otra será.

Y aquí se atropellaban sus palabras.

—Sí—proseguía,—serás soberana. Reinarás. ¿Recuerdas aquel día en que volvía el conde de la guerra? Yo te lo dije. ¿Ves esa puerta? A la muralla da. Aquí juega un niño todos los días. Ocho años tiene, pero se hará mayor y habrá que casarle. El es el heredero. De ti depende que mañana mismo sea conde. Ya sabes que hay altos y poderosos que estarán de tu parte. El señor rey de Francia está interesado en perder a este vecino peligroso.

—Tú serás el brazo, Leonina—decía el viejo.—Tú llegarás con estas drogas de parte mía. Nadie sospechará maldad.

La noche avanzaba, era tranquila, y la luna, mostrando la mitad de su disco sobre unas nubes, parecía como un aire dormido entre los juncales de la ribera. Un aire tibio penetraba por los corredores de la fortaleza. Bajo una columnata pasó un blanco fantasma, como una estatua que anduviese bajo aquellos arcos de piedra.

VI

Allá a lo lejos se veía, desde una de las torres del castillo, la ciudad de Sa

Juan de Maurienne, donde Carlos el Calvo murió envenenado por su médico Ledecias. De esa torre salía en aquel instante Leonina, para encerrarse en su aposento, huyendo de los conjurados mismos, como si quisiera ocultar la infamia de su cometido crimen, a la vista de Dios y a su propia conciencia.

Era un sereno amanecer. Lento el crepúsculo, traía el día arrastrado por unas nubes de violeta y tornasoles de oro. Aun era sombría, como en la muerte de la tarde, la mancha enorme de las arboledas que vestían las laderas de la montaña; suave y amortiguado se divisaba apenas el verdor de las praderas de la llanura. Las flores de la noche que crecían en naturales arraites a lo largo de la muralla, cerrábanse ofendidas por la luz que las sorprendía mirando al cielo, y las piedras brillaban ante el llegar de la mañana que hacía rutilar los cristalinos de la escarcha. Una franja de bruma flotaba allá abajo sobre el lago y se desvanecía poco a poco al sereno conjuro de los rayos del sol.

Rosa Leona, que creía que aquellas horas tenían minutos seculares, rogaba, sufría por no ser médico, paje, consejero, algo en fin, que la permitiera estar de continuo al lado de Amadeo. Así, cuando vió que la aurora despuntaba, quiso ser la primera en llegar a saber de aquel doliente egregio. Y fuese hasta la puerta de la estancia.

—¿Qué es de él?—preguntó.

—Ahora duerme—le repusieron.

Y dormía o parecía dormir. Rosa Leona hubiese querido derribar guardianes, llegar hasta el lecho de su señor, y arrodillarse ante él.

VII

Corrió presurosa la voz por el castillo como un murmullo primero, después como un clamor. Hubo en el estupor de aquellos momentos uno en que la cámara del conde quedó sola con el frío cuerpo sobre el lecho.

—¡Muerto! ¡Muerto es el conde nuestro señor!—decíase por todos los ámbitos castellanos.

Rosa Leona tuvo un instante audaz. Entró en el trágico aposento, vióse sola, miró aquella frente tan serena y tan blanca que la recordaba aquel amor callado, y se inclinó para tocarla con sus labios.

Pronto vió entrar a las gentes sorprendidas por la nueva. Comenzóse el doblar de las campanas. Unos pajes cubrieron con una tela de brocado el cuerpo yerto del soberano. Alguien corrió el tapiz que tapaba la ventana, y la primera luz del día que nacía besó el sudario de aquel que había muerto en el esplendor de su vida sin haber abandonado todavía la juventud.

Rosa Leona fué la primera en salir buscando su aposento donde permanecer sola, y hacia él marchó con incierto paso por las galerías. La húmeda niebla de la mañana había desaparecido, y, sereno el cielo, daba alegría con sus luces a un día esplendoroso. Rosa Leona sintió que no fuese obscuro, triste como ella. Luego quiso mirar hacia la umbría del collado y no vió más que una inmensa mancha verdosa que se extendía por la pradera. Más allá brillaban las aguas que copiaban el firmamento, y ya no las vió.

VIII

Dice un vetusto manuscrito del año 1391, que apenas se depositaron en la huesa cavada en la roca de Haute-Combe los despojos de Amadeo VII, Bonna de Berry abandonó aquellos lugares, a los que nunca fué grande aficionada, y Amadeo VIII, de ocho años entonces, fué proclamado conde soberano de Saboya, y elegida como tutora su abuela Bonna de Borbón.

Pero no dice que en aquella corte, dos mujeres muy jóvenes todavía, de la misma edad las dos, padecían con hondos tormentos de su espíritu. Una, Leonina, diez años mayor que el nuevo soberano, habiendo sido con su criminal ambición el instrumento de todos, esperaba que transcurriese el tiempo necesario para que los que la llevaron al crimen escondido efectuaran sus promesas. Otra, Rosa Leona, que había visto sepultar a quien tanto amara, como sepultado estaba también en su alma el secreto de su amor. Y cuando veía llegar a sus ventanas la primera luz sin que dejara de agitarla el insomnio, subía la áspera pendiente que a la abadía de Haute-Combe conduce, y allí, donde la hija del abad no confesó el pecado de su crimen, allí acudía ella en penitencia por el delito de amar.

IX

Y allá arriba también, Triptemio, ajeno a las luchas de abajo, a las maldades de su hija y a las pasiones de todos, dejando el manuscrito de las oraciones, abandonó su celda, y por el claustro llegó a la puerta que daba sobre el atrio. Un águila cerníase cerca de la gran roca, como una mancha negra en el azul del cielo.

—Dios libre a su presa—exclamó al verla, y oyó que alguien decía:

—Oh, a ésa se la ve que va a herir. Más miedo me da aunque no hiera un buho escondido que chilla.

Miró y vió a Rosa Leona que como él seguía los giros del águila en su vuelo.

—Al fin es envidiable—siguió el abad,—ella puede rozar las nubes con sus alas y permanecer muy lejos de la tierra.

X

—Moriré recordándolo. Salí de la cripta donde me había arrodillado ante la tumba que tanto tiempo he esperado ver, pasé la iglesia, y allá en el atrio vi una mujer que con el abad hablaba. Ella me ha acogido, y parece que ha sacado de la suya alegría para mi alma, a mí, al bastardo que tiene que ocultarse para llamar hermano a un hombre misterioso, el extranjero para todos, porque tiene que callar su nombre para no ser un estorbo o un peligro, y no tener que temer por su vida.

Y el joven que así hablaba seguía diciendo:

—Era yo niño, y pasaba por estos mismos lugares. Vi el castillo a lo lejos, y pregunté a mi madre: "¿Quién vive allí?" No me contestó nada. Sólo la oí decir, como si aquellas palabras saliesen sin querer de sus labios: "¡Oh, quizá ya no vive!", y seguimos. Yo he tenido dos madres, una la que me dejó nacer, Roma la otra, ya he perdido las dos. Allá donde jugué de pequeño y he sufrido de mozo, allí mi madre me habló de Francia, donde la guerra era terrible, de un príncipe de otro país que luchaba contra los ejércitos de Inglaterra. Luego me habló de mí. Volvió a hablarme del príncipe, que era conde de Saboya; me dijo que era rubio, que era delgado y alto. Y a veces, a cualquier gesto mío, exclamaba: "¡Lo mismo que él!", y me besaba. Me dijo también que supo luego su matrimonio y no quiso turbarle con inútiles perturbaciones. "¡Que sea dichoso!", decía siempre.

Y aquí no hubo de ver que la dama con quien hablaba miró a la montaña primero, y después al cielo. El continuaba:

—Y aquella que me detenía en la gran ciudad, murió con el día una tarde helada y obscura. Antes me había hablado de Saboya, de que aquí estaba cuanto yo debía amar; después no habló más. Y vine a la adorada Saboya, y me alegraron con su vista, sus montes y sus valles; subí a la abadía, confesé con el abad, me permitió bajar a la cripta, y recé allí. Ya sabes lo que encontré a la salida; después fuí llevado al hijo de mi mismo padre y me admitió sinceramente a su lado, pero por la tranquilidad de todos me he obligado a callar. ¡Que nadie sepa que Amadeo VIII tiene un hermano! Y no lo saben más que el abad, el soberano y tú; tú, Rosa Leona, mi ángel. Muchos días hay en la tierra tristes y fríos, pero entre ellos están los días radiantes, llenos de sol y alegría, y esos en mi vida me los has de dar tú; tú me harás ver que hay mucho de adorable en la tierra, a mí, el huérfano, el desheredado, que debe recatarse para hablar de los que son sus mayores. Yo vivo aquí triste y sin un afecto en el pecho. El abad de Haute-Combe tal vez me enseñe a respetar. Mi hermano quizá me enseñe a querer. Y tú, Rosa Leona, me enseñarás a amar.

XI

Cuando en el año 1401, el joven Amadeo VIII reinaba plenamente en el saboyano estado, era independiente de toda tutela, y aun desprovisto de lazos familiares. Su madre había casado nuevamente con el condestable de Francia, y llamábase la condesa de Armañac; y lejos ella de aquel país que olvidaba, si pensaba el soberano en los de su sangre, recordaba sólo a los que guardaban en eterna noche los huecos de la gran roca de Haute-Combe.

Un día, Juliano recibió a un joven que había llegado al país, y le escuchó en confesión. Luego, aquel extranjero vió a Rosa Leona, y ella supo quién era; juntos fueron después más de una vez a la abadía, y más de una vez se hallaron en las cercanías de Ripalla. Sólo allí una persona conoció su origen: el conde de Saboya; y Rosa Leona, que diez años hacía que desde que a los diez y ocho lo enterró en su alma, sufría con un secreto, y su recuerdo, sintió, al ver aquel joven, reconstituirse un pasado y renacer sentimientos vivificados, animados e inmensos como nunca, como un ave esculpida en granito, que tuviese de repente espíritu y vida, fuerza en su vuelo, color en su plumaje y armonía en sus trinos.

En el hijo recordaba al padre. Pensando en aquel conde Rojo, no había fijado su atención en nada ni de la corte, ni de fuera de ella; pero indiferente a la ostentación y al poderío, al ver aquel joven bastardo, ajeno también a las ambiciones, caballeroso como su padre, como su padre apuesto, notó que algo había en su pecho que renacía, palacio abandonado que reconstruían las hadas. El, si no con recelo, con indiferencia al menos, vivía en aquellos lugares, y solamente en Rosa Leona encontraba quien escuchase con interés sus pensamientos y sus quimeras.

Ella, que le vió llegar anhelando un cariño, solía detenerse buscando rasgos que no había olvidado; sintió también que le quería, pero no con un amor nuevo, sino con un amor ya existente que continuaba, se recreaba pronunciando su nombre, y le repetía diciendo:

—Guido, sabrás amar.

XII

Creció en edad Amadeo VIII, y creció en ambición Leonina. Ella tenía momentos de terror cuando se veía obligada a pasar cerca de la estancia donde el conde Rojo había muerto, pero variaba luego su sensación si veía las armas de los soberanos de Saboya grabadas en el muro.

El nuevo conde se había ya fijado en aquélla que miraba siempre vestida de rojo, como si resaltasen en sangre sus manos, su cabeza y su cuello. No sin interés la había seguido con la vista cuando ella se internaba en la espesa arboleda que rodeaba el castillo, y una noche que, después de comer con sus cortesanos, quedó dormido en su lecho de ébano, con cortinas azules, donde se marcaba la blanca cruz, el pensamiento de Leonina se representó con su imagen entre el sueño; después muchas noches se repitió la visión. Buscó su presencia, y su más constante conversación luego; pero Leonina no quería allí amor, ni calor para el alma, sino sólo encontraba a Amadeo un instrumento de poder.

Dominio, potestad, en esto pensaba cuando recordaba la promesa de los nobles, cuyo cumplimiento consideraba cercano. Pero un día vió pasar por unas galerías a un gallardo joven caballero, desconocido en Ripalla; vióle después distintas veces y sintió algo nuevo en su espíritu, que nuevo era sentir afición de bondad en aquel alma que parecía de piedra, de esas piedras obscuras que hay a lo último de los abismos.

Hermosa por fuera, como las flores que envenenan, había dulcemente pensado en ella Amadeo VIII, y ella había entretanto inquirido el nombre del joven extranjero que todos los días, al caer de la tarde, subía al castillo desde el valle. Supo lo que de él se sabía, que venía de la gran ciudad donde un pontífice tenía el quehacer de llamar falso a otro, residente lejos, y que a su vez se lo llamaba a él; supo que todas las mañanas marchaba a la abadía, quiso saber más, y le dijeron que Guido Romano era su nombre.

Le vió con Rosa Leona, y hubiese querido destruirla. Leonina entonces sintió, después del sentimiento codicioso de poderío que la llenaba, otro como de cariño y de deseo. Cariño, sin duda, menos noble que el que Rosa Leona sabía tener.

XIII

Al llegar la noche, la mansión de Ripalla, resplandeciente y animada, resaltaba en la obscuridad de las montañas; sólo desde ella se veía a lo lejos un punto luminoso en la roca de Haute-Combe, luz que a estar más abajo pare-

Caminos de la sierra...

Caminos de la sierra, álamo fresco,
voy dejando mi pena en cada espina.
Si un árbol mustio fuí, ya reverdezco
y me abro al sol con emoción pristina.

Sorbí agrios jugos de la tierra y crezco.
De mi propia alma, fluye cristalina
esta ansiedad de amor, con que me ofrezco
al surco, al viento, en comunión divina.

Está el aire dorado, azul el cielo.
Sobre los montes flota el glauco velo
de la neblina que a la luz se irisa.

Y entre la paz que en un sopor me envuelve
un eco del recuerdo que a mí vuelve
rojea, como brasa entre ceniza.

María Alicia DOMINGUEZ.

ciera hoguera de pastores, y a estar más arriba una estrella en el cielo.

En la abadía, Juliano había pensado en aquella unión de las alma de Guido Romano y Rosa Leona. Recordó que en pasado tiempo esta mujer había escondido un amor que el deber no aprobaba, y veía seguir noble y grande aquel mismo amor sin que valladar alguno le separara del bien. En confesión a veces, y a veces en simple ruego de consejos, sabía lo que en aquellas almas pasaba y lo había ya bendito con su pensamiento.

Era Haute-Combe, en las sombras nocturnas, como fantasma negro que surgía del lago, y miraba a la comarca con ojos de fuego al brillar alguna luz en las ventanas del monasterio.

Guido Romano había subido como de costumbre a la abadía, y allí Rosa Leona había pasado la tarde en profundo recogimiento. Solitario aquel monumento, morada de paz, nadie sospecharía que su iglesia, aquella noche, guardase entre sus muros misterios de más puro de los amores. Allá abajo, en la cripta cerrada con piedra, yacían vestigios de cuerpos que un día rodeó la púrpura; allá arriba, al lado de los desiertos claustros, dormían los que repartían su vida entre Dios y la Naturaleza.

La luna, que comenzaba su menguante, aparecía majestuosa y lenta tras los montes lejanos; se elevó por el cielo un globo de luz, y palideciendo cuanto más subía, dejaba llegar sus fulgores hasta la roca, iluminando claramente aquel coloso de granito. Dentro de él, mientras la mayor parte de sus habitantes dormían, algo luminoso también avanzó hacia la iglesia; un acólito, que llevaba en su mano un hacha encendida, se detuvo en el umbral y esperó la llegada de algunas sombras que le siguieran. Fué la hora de la medianoche, y penetraron en el templo; el acólito aparejó algunas luces y llegaron hasta el altar mayor, Juliano, Guido y Rosa Leona. Entonces entró un monje, luego otro.

Rosa Leona creyó al entrar que escuchaba lamentos bajo el enlosado, que oía que alguien andaba a grandes pasos, abajo, en la cripta de los muertos. Miró a Guido Romano, y creyó escuchar un salmo funerario que entonaban labios invisibles; después la pareció que a un tiempo la bendecían los brazos desesperados de unos esqueletos.

Juliano, que había marchado por una puertecilla practicada en el muro, volvió a entrar seguido del acólito, que llevaba con grandes esfuerzos abierto, sujeto con sus manos y apoyado en su pecho, un gran libro, cada una de cuyas hojas suponía la piel de un cordero.

Guido Romano y Rosa Leona unieron sus manos, y los dos monjes que habían quedado detrás se arrodillaron. Se escucharon algunas ceremoniales palabras, y no ya el brazo seco de un esqueleto, sino el palpitante de Juliano, el abad de Haute-Combe, bendijo, si no para el mundo, para Dios y para ellos, el que él veía santo enlace de sus dos espíritus.

Excepto aquellos cuatro monjes, nadie podía saber la secreta unión de Rosa Leona y Guido Romano. Se extinguieron las luces, y después el rumor de sus pasos por las galerías del monasterio. El recuerdo de aquel acto siguió como en la noche cuando las últimas tinieblas desvanecía el alba. En los aleros que rodeaban el claustro callaron las cornejas, y comenzaron las palomas su arrullo; abajo seguían los príncipes que fueron el sueño más tranquilo bajo sus imágenes de piedra.

XIV

Se sabe que cuando el conde Amadeo VIII conoció que se trataba su matrimonio, pensó con ligera complacencia en Leonina. Y ésta, aunque ajena a ciertas cábalas y proyectos de los que la prometieron sentarla en el sitial del palacio de Chambery, seguía mirando con ansia las condales armas, y a igual tiempo también a Guido Romano.

Una mañana en que Amadeo a Leonina recordaba, Guido Romano en la arboleda esperaba que Rosa Leona saliese del castillo. Por aquel lugar cruzó una mujer que saliendo de la espesura rozaba sus vestiduras rojas con el ramaje de los mirtos. Dirigióle al verle su mirada y su saludo, y siguió; pero aquella mirada, donde ella puso la fuerza de su espíritu insano, si fué indiferente para el que la recibió, no lo fué para la esperada, que aparecía entonces bajo los pórticos de mármol.

Rosa Leona hubiera querido ser el viento para ser ella sola la que constantemente se hallara en torno de Guido besando sus ojos, sus mejillas, su brazo, su ser, y niebla para esconderlo a la vista de todos. Aquella Leonina, roja como un pensamiento vergonzoso, se presentaba ante su mente como el más odioso de los infernales espíritus; la veía por las galerías de la fortaleza, y la imaginaba un espectro venido a confundirla; después la inspiró aversión, más tarde terror.

XV

Tenía la cripta de Haute-Combe una bajada que daba al claustro, y al lado de ella una cámara funeraria, caverna que abrió Dios en la roca sin esfuerzo ni trabajo. Allí sólo se penetra cuando algún monje quiere singularizar su penitencia ayunando y rezando en el subterráneo cerca de los príncipes muertos, y llégase hasta el fondo por una rampa cuya entrada puede cerrarse por una losa al nivel del suelo de los claustros. Un cenobita en la abadía había murmurado de un señor de la comarca que vivía cerca de Aix, y había envidiado sus riquezas; al día siguiente, él mismo anunció que por lo que había pensado y dicho se imponía el permanecer algunos días en la caverna; hacía poco que había salido, y la entrada por el comienzo de la rampa parecía en aquel obscuro orificio el camino hacia una región de otro mundo.



Juliano, el buen abad, recibió aquel día la visita de su hija. Rosa Leona había subido también, avanzó por los claustros y divisó la figura de Leonina en la balaustrada que miraba al lago. Se vieron y algo hablaron; la hija del abad decía: ¿Vienes sola? ¡Oh, quizá ese es tu destino!", y habló más, y Rosa Leona, que se estremecía, escondió su rostro entre las manos y lloró.

Luego se irguió poco a poco y pensó en aquella imagen tan querida, que era para ella más que aquellos valles siempre verdes, aquellas montañas gigantescas, y más que su propia alma; vió que Leonina marchaba y volvía su cabeza con un ligero gesto de risa; avanzó, el claustro estaba solitario y las dos llegaban junto a la entrada de la caverna abierta como boca de un monstruo. Rosa había asido a Leonina y la arrastraba hacia la rampa, que se internaba entre las tinieblas, la hacía bajar y pensaba en poder mover la losa para cubrir luego la entrada; la hija del abad forcejeó y luchó, y al mismo tiempo hablaban. Leonina, que había levantado los sentimientos de Rosa Leona, en aquel trance no dudó ya en apelar sino a la amenaza, al ruego, y escuchaba que la decía: "Tú has pronunciado su nombre. ¡Y para qué le has pronunciado!", y veía que se hundía en la obscuridad y que le cerraban la salida; luego vió que la piedra podía caer, sepultándola en vida, y comenzó las súplicas: "Sí, he pronunciado su nombre no sé por qué; ahora consiénteme que lo pronuncie otra vez; es para pedir que me dejes, quiero la luz, la libertad, ¿ves?, si te lo voy a pedir por Guido Romano, ¿entiendes? Por Guido." Y seguían hablando; Leonina veía por momentos bambolearse aquella piedra, y proseguían la zozobra y las palabras.

—No le volverás a recordar—exclamó Rosa Leona,—no quiero el mal de nadie, ten la luz, la libertad. ¡Lo has pedido por él!

Y la hija del abad salió con inseguro paso, y sin mirarla apenas. Por un lado fué ella muy despacio y apoyándose en las paredes; por el otro, Rosa Leona; llegó ésta al atrio y vió que la iglesia estaba abierta, recordó su escena de violencia, y penetró a rezar. Pensó en el bastardo que había llegado a aquel mismo templo queriendo saber lo que era amar, y volvieron a sus ojos unas lágrimas que no eran de tristeza; terminó su oración, y al dirigirse al aire libre vió desde la iglesia la alegría de la Naturaleza serena, sintió ensancharse su alma, y en la grandeza de aquel crepúsculo pensó mejor en Dios. Cuando salió, vió a Guido Romano que subía por la montaña.

XVI

Los dos ignorados esposos hallaban un encanto en el misterio mismo de su unión, y creían en su dicha que es como ser dichosos. Amadeo, cuyo matrimonio se formalizaba, seguía pensando en Leonina, pero ya como un capricho fútil; ella creía, en tanto, muy próximo el momento de colocar sobre su cuerpo aquel manto que había visto llevar a Bonna de Berry, todo bordado de oro, recamado de amatistas y guarnecido de las pieles más raras. Subió a una torre de las siete que tiene el castillo, y dilatándose sus ojos pensó, contemplando el país: "Lo dominaré, todo eso será mío. Entonces..." Tal vez al decir esto se acordó de lo ocurrido con Rosa Leona. Lo que no recordó es que en aquella torre había penetrado diez años antes como nuncio de muerte.

En el corazón de la fortaleza había una estancia solitaria, de donde partía un pasadizo que terminaba en el bosque, y en ella hablaban en voz baja unos nobles.

—Su alma es de piedra—decían,—sería una tirana. Es cruel y es infame; y si conociera la decisión, sería capaz de infinitas maldades.

—Ya se sabía—continuaban otros—que, aunque ese ofrecimiento se le haya hecho, era imposible cumplir. Además, ya está sabido con quién deberá casar el soberano.

Y en su conversación, que seguía, se escuchaba: "Lo que sí se ha de cumplir, y pronto, es el otro proyecto. Porque si Leonina no muere y ve que es otra que no ella la soberana, arriesgará hasta su misma vida, y descubrirá lo pasado." Y continuaron su conciliábulo.

XVII

Canción de amores, diálogo de las almas continuado, prolongado, infinito, esa era la existencia de Guido Romano y Rosa Leona, que no temían ni aún la interrupción de la muerte, porque presentían eternizada su unión en la grandeza de la vida inmortal.

Ellos, dichosos, no hacían aprecio del gran movimiento que en la corte había; era que las bodas del conde de Saboya estaban próximas y todos se preparaban a celebrarlas. Aquella alegría no dejó que se fijara mientes en que alguien había muerto en el castillo.

Una tarde en que las campanas de la comarca cantaban con sus voces de hierro un coro del universal contento, por una puerta de la fortaleza se vió salir un hombre de armas y detrás cuatro pajes, que llevaban sobre sus hombros un cuerpo envuelto en un sudario negro; apenas si unas damas lo presenciaron desde la muralla; el breve cortejo bajó por la montaña, y los que le componían, en un solitario lugar, bajo unos álamos, abrieron un hoyo y dieron a la fiera tierra su pasto de carne.

Cuando Juliano tuvo noticia de la muerte de su hija, sólo pudo acudir a su tumba. Rosa Leona lo supo, y la indicaron que no se sabía qué enfermedad había arrebatado a Leonina. "Alguna vida—dijo—se perdió así también, y valía más que la suya." Sin embargo, tuvo un pío pensamiento de bondad para la muerta, y con él despidió su recuerdo para el olvido.

XVIII

Era en el año 1450, y Amadeo VIII, que había dejado de ser duque de Saboya, abdicando y retirándose a Ripalla, que no era ya la mansión cortesana y animada de otro tiempo, había salido de allí para ser pontífice brevemente. Restablecida la iglesia en su paz en aquel castillo trocado en monasterio, siguió morada del antiguo soberano, que quedó siendo el cardenal de Santa Gabina.

Entonces era cuando a veces bajaba lentamente por la montaña hacia el valle, pensando, en su vejez, en lo que fué y pasó. Tiempo hacía que no estaban entre los vivos ninguno de los que recordaba. Miró a Haute-Combe, y pensó en Juliano, que al lado del altar mayor de la iglesia dormía el sueño del que no se despierta jamás. Cuando volvió el rostro encontró un pajecillo a su lado, era el hijo del que le acompañaba en el tiempo aquel.

Seguía mirándose en el lago la abadía, el palacio de los muertos, chillando en sus aleros durante la noche las cornejas, y arrullando las palomas durante el día. A veces producían una melodía, jamás oída, las aguas al rozar dulcemente la roca, y las hojas que movía el viento, tal vez en la noche era el murmullo de los espíritus que hablaban. En la noche también sonaba el aire al pasar por los claustros desiertos, en un rumor que parecía repetir unas palabras allí dichas más de una vez:

—Guido, ¿sabes ya qué es amar?

De cómo el sol alumbró el primer hogar

POR J. CARMONA VICTORIO

Era en la época cuaternaria del periodo paleolítico inferior o edad de la piedra antigua, cuando las tribus nómadas de la raza de Neanderthal, de rudimentario cerebro, acampaban en las selvas vírgenes del norte de Europa.

Cerca de la oquedad de acceso a una caverna abierta en la roca viva, Colmillo Blanco, el viejo jefe del "clan", sentado sobre el carcomido tronco de un árbol derribado, trituraba granos de trigo entre dos gruesas piedras, que hacían funciones de mortero. De cuando en cuando, el hombre—que acusaba recia complexión y fuertes músculos, de rostro encajado en agudo ángulo facial erizado de hirsuta pelambre, y que por toda vestidura ceñía a la cintura tosca piel de oso—se detenía en la tarea de machacar el trigo para dirigir sus miradas hacia varios grupos de muchachos que, alegremente, correteaban de un lado a otro.

De repente, resonaron en el bosque rumores de confusa algarabía, en la que se mezclaban agudos chillidos y gritos de triunfo.

Por el claro del bosque y como furiosa manada de gorilas, aparecieron, en carrera desenfrenada, numerosos hombres, portando en sus velludos brazos mujeres y niños. Todos eran enjutos de carnes; pero fuertes y fibrosos. Sus cuerpos, cruzados por pieles, aparecían tostados y curtidos por el sol, el viento y la lluvia, evocando con sus vigorosas figuras las plásticas encarnaciones de los héroes mitológicos.

Al llegar ante el viejo, prorrumpieron en clamoroso gesto de saludo, semejante a un aullido. El jefe del "clan", con imperiosa modulación de voz, impuso silencio y habló así:

—Ya el padre Sol, hundido varias veces, desde que partierais a lejanas selvas, alumbra vuestra llegada. ¡Bienvenidos seáis al "clan"! Ahora, dime, Garra de Oso, el resultado de la correría.

Avanzó el aludido y depositó a los pies del jefe, como preciada ofrenda, el cuerpo de bellísima adolescente, mientras que los demás hombres, siguiendo el ejemplo, abandonaban en tierra las mujeres y niños de que eran portadores, formando a su alrededor apretado círculo.

—Colmillo Blanco—dijo Garra de Oso,—te traemos el más preciado tesoro para el "clan"; hembras que perpetuarán tu especie a través del tiempo y jóvenes oseznos que en el transcurso de las lunas crecerán y tendrán garras y dientes para defendernos. Tras de furiosa lucha con la tribu del Glaciar Blanco, logramos arrancar las mujeres y los niños de los brazos de sus padres y hermanos, que cayeron vencidos bajo el filo de nuestras hachas. Ahora tú, Colmillo Blanco, puedes hacer el reparto de las mujeres que tienes a tus pies.

—¿Quién luchó a tu lado, [illegible] luchador?

—Alud, ante cuyo empuje temblaba la tribu enemiga—contestó Garra de Oso.

—Entonces—sentenció el jefe—para ti y para Alud serán las dos hembras más fuertes y esbeltas de las robadas. Celebrad la victoria y, cuando el sol alumbre nuevamente, se hará el reparto de las demás mujeres. Y Alud, ¿dónde quedó Alud?

—Se desvió de nosotros, persiguiendo un oso; pero no tardará en acudir a tu presencia.

La decisión del jefe fué acogida con grandes demostraciones de júbilo. Los hombres comenzaron a exteriorizar su alegría dando saltos alrededor del grupo formado por las mujeres, en frenética danza acompañada de ululantes gritos, que no cesaron hasta que el disco rojo del sol se hundió por Occidente.

La pálida claridad de la luna en plenilunio caía sobre la selva, que yacía en reposo.

Los hombres del "clan", después de celebrar su victoria, habíanse refugiado en las cavernas, en busca del reposo.

Al pie del baobad y sentado junto a una adolescente que dormía, se hallaba Alud, el guerrero más joven y audaz de la tribu, quien acompañando a los suyos arrebatara en lejana tierra aquella mujer que ahora constituía el recreo de sus ojos y de sus sentidos.

Contemplando a la mujer, sentíase Alud poseído por extraños sentimientos de ternura, ante aquel ser confiado a su custodia y destinado a obedecer los designios de su voluntad. Placíale recrearse mirando las gráciles líneas del femenino cuerpo, que a su rudimentaria imaginación se le ofrecía aun más bello y armonioso que el de las gacelas que correteaban por la selva.

De pronto, una sensación de sobresalto hizo despertar a la joven, que fijó sus espantados ojos en Alud. Luego, como dándose cuenta exacta de su situación, ocultó el rostro entre los brazos y comenzó a sollozar.

—No gimas—dijo Alud, procurando dar suavidad a su voz;—junto a mí nada tienes que temer. Tendrás el refugio más seguro contra las acometidas de las fieras, que antes de hacerte daño caerán heridas por el filo de mi hacha. Y para tu regalo serán los frutos sazonados del baobad. Pero dime..., ¿por qué lloras?

—¿Me lo preguntas tú, que cruelmente me arrancaste de los brazos de mis padres?

—El "clan" necesitaba de hembras para la prolongación de la especie. Es nuestra ley eliminar las mujeres de la tribu, porque con su debilidad son incapaces de hacer frente a las luchas que ofrece la selva. Por eso mis hermanos y yo os arrancamos de vuestras cavernas, para haceros cumplir el designio de nuestra ley.

—¿Qué será de mí y de mis hermanas?

—Cuando ofrezcáis nuestros hijos al "clan" os dejaremos libres en la selva, para que corráis vuestra suerte.

Con los ojos extraviados por el terror, la joven exclamó con desgarrado acento:

—¡Me dejarás tú en la selva, y los feroces tigres, con sus agudas garras, destrozarán mi cuerpo!... ¡No..., no quiero morir!...—y al decir esto se aferraba convulsa al cuerpo de Alud, como buscando refugio y protección.

Alud se sintió conmovido en lo más interno de su ser, y estrechando contra su pecho a la joven, la animó diciendo:

—No morirás, porque yo te defenderé contra todos los peligros y todos los designios, aun de los que dimanen de mis hermanos

—Creo en ti; aunque eres mi enemigo, no sé qué irresistible impulso me lleva hacia ti... Dime, ¿cómo te llamas?

—Alud me llaman mis hermanos, porque jamás mi voluntad halló obstáculo que pudiera contenerla. Y tu nombre, ¿cuál es?

—Brisa.

—Brisa... ¡Sí, ese es tu nombre; que es tu voz como viento suave que hace estremecer las hojas y aplaca el furor de las bestias salvajes!...

—Alud, Alud; ¿cuándo te vi y dónde escuché tu voz, que escucho con la misma confianza que si escuchara la de mis padres y mis hermanos? ¿Acaso alguna vez dormida te vieron mis ojos como un punto luminoso en medio de las tinieblas? ¡No sé! Mas te he visto, te he visto, Alud, y te digo que junto a ti no siento miedo, y sólo ansío vivir para mirarte.

—Yo también, Brisa, desde que mis ojos se reflejaron en los tuyos, sentí cómo una sensación desconocida recorría mi cuerpo. Y viéndote siento ahora mayor alegría que cuando mi boca sedienta se calmaba con el agua cristalina que brota de las peñas.

Y Alud y Brisa siguieron embriagándose en un dulce arrullo de palabras, sin acertar apenas a comprender los extraños sentimientos que en sus rudimentarias almas despertara el Amor.

El rosicler de la aurora sorprendió a los enamorados dormidos al pie del baobad. Simultáneamente, Alud y Brisa abrieron los ojos, y mientras que sus cuerpos se fundían en un abrazo, sus semblantes se iluminaban con dulce sonrisa.

—¡Quiero huir de aquí—susurró quedamente Brisa;—tengo miedo de que tus hermanos cumplan la ley conmigo!... ¡Déjame marchar, Alud, déjame!

—Te irás, Brisa; pero Alud te seguirá mientras el sol no se detenga en su carrera... Alud será tu guía y tu defensa.

Y mientras así hablaba, Alud, puesto en pie, elevó entre sus fuertes brazos el cuerpo de Brisa, disponiéndose a emprender la marcha.

Súbitamente, y de entre la espesura de bambúes, surgió la figura de Garra de Oso, quien, cerrando el paso a los fugitivos, gritó:

—¡Atrás, Alud! Conozco tus propósitos, y en nombre del "clan" te pido renuncies a ir contra la ley. Esa mujer es tuya; pero también pertenece a la tribu, que la reclama.

—Y ¿quién es capaz de oponerse a mi voluntad, que es libre como la luz y el viento?

—A tu voluntad se opondrán las fuerzas de mis brazos, ahogadores de fieras.

Y al decir estas palabras, Garra de Oso avanzó con salvaje ímpetu hacia Alud, que rápidamente abandonó en tierra a Brisa, que temblaba de espanto, y se aprestó a la defensa.

La lucha entre los dos hombres fué horrible, titánica. Varias veces sus nervudos brazos se aferraron a los cuerpos buscando el punto débil del adversario, y otras tantas, después de rodar jadeantes por el suelo, lograban zafarse de las crispadas manos para reanudar la pelea. En un instante en que Alud cedía al cansancio, su rival, en supremo esfuerzo, logró derribarle. Una vez en tierra, le puso una rodilla sobre el pecho y sus dedos como tenazas se aferraron al cuello de Alud, cuyo rostro comenzó a enrojecer.

Obedeciendo a irrefrenable instinto, Brisa se apoderó de un hacha, y, rápida como el pensamiento, asestó varios golpes sobre Garra de Oso, quien, vencido por el dolor de las heridas, aflojó sus crispadas manos y se desplomó de espaldas.

Y mientras Alud y Brisa, sobre el hueco tronco de un árbol que servía de piragua, se dejaban deslizar por el río en busca de la soñada libertad, el cuerpo de Garra de Oso se debatía en las últimas convulsiones.

Las lluvias otoñales fecundaron la selva en sucesivas floraciones de vida, y tras los inclementes días invernales, llegaron los suaves y venturosos tiempos en que los hombres abandonaran las lóbregas oquedades de las rocas para atender a las necesidades de su vida.

Alud y Brisa han envejecido; mas en la serenidad que ilumina sus rostros se refleja la felicidad. En lo más intrincado de la selva, Alud ha construído, con ramas y barro, espaciosa choza, en la que perennemente arde el fuego y en la que nunca faltan las morenas tortas de mijo y de trigo, rudimentariamente amasadas por Brisa, mientras que su amado compañero adiestra al hijo preferido en la lucha contra los enemigos que les ofrece la Naturaleza...

Y he aquí trazado, en este sobrio diseño prehistórico del origen del hombre, cómo el sol alumbró el primer hogar.

La previsión del tiempo por la medida de la irradiación solar

A un hombre de ciencia norteamericano, encargado de realizar estudios sobre el calor del sol, le dijo un campesino.

—Yo no creo que el sol caliente, porque cuanto más alto sube uno por una montaña, o en un globo, se siente más frío.

¿Qué replicar a eso?

Se trata de fenómeno análogo al de un cristal que esté muy frío y a través del cual pasen los rayos del sol. Quien lo tome dentro de la habitación, no tardará en sentir calor, mientras aquel cristal permanece frío.

Y es que, en realidad, no son calientes los rayos del sol. Su energía consiste en la radiación. Es un movimiento de onda como el de la radio; pero muchísimo más corto, porque mientras la longitud de onda de muchas emisiones radiotelefónicas es de 200 a 500 metros, la de los rayos del sol, visibles, es de 0,0000004 a 0,0000006 metros, o sea unos cinco millones de veces más corta. A través del aire puro y del cristal transparente pasan los rayos del sol sin que apenas haya absorción de energía; pero la ropa y los zapatos negros, y sobre todo el negro de humo absorben esos rayos, cuya energía latente produce entonces la irregular vibración de moléculas que denominamos calor.

Las capas superiores del aire son de tal transparencia que permanecen frías porque casi no absorben energía solar de radiación, y aunque una persona o un objeto obscuro absorban más radiación solar cuanto más se eleven, como están rodeados por aire sumamente frío, la temperatura del cuerpo permanece baja, por la misma razón que un abanico enfría el radiador de un automóvil.

Sin embargo, además de proporcionarnos los bellos espectáculos del arco iris, del crepúsculo y del cielo azul, los rayos solares calientan la tierra lo suficiente para hacerla habitable. Gracias a ellos, se desarrollan los inimitables procesos químicos que hacen crecer las plantas; llevan a las nubes el agua que riega luego el suelo en forma de lluvia y cuando la humanidad haya adelantado más, le suministrarán la energía representada por un trillón de caballos de vapor para aplicarlos a la mecánica, a la electricidad o a la producción de calor, si tan extraordinaria cantidad de fuerza resultara precisa para el género humano. Por eso ha habido alguien que se ha expresado así:

"Poco me importan las estrellas, que a tan enorme distancia se hallan de nosotros. Si desaparecieran esta misma noche no habrían de echarlas de menos nuestros nietos; en cambio, el sol ofrece un interés vital para nosotros, y es necesario investigar cuanto se pueda de ese astro."

De acuerdo con esa teoría, la Sociedad Nacional de Geografía de los Estados Unidos no ha escatimado esfuerzo en lo que se refiere a aquella investigación, y he aquí algo de lo que uno de sus miembros dice acerca del sol:

"Se trata de una estrella variable, y está demostrado que los cambios de inmensidad de los rayos del sol motivan alteraciones barométricas y de temperatura y ocasionan lluvias. En una palabra, que el estado del tiempo depende exclusivamente de las variaciones del sol, por lo que mediante la observación de sus radiaciones, pueden predecirse con exactitud los cambios atmosféricos hasta para el espacio de un mes."

La mencionada Sociedad norteamericana se propone establecer al sudeste de Africa varias estaciones para la medición de las radiaciones solares, para lo cual se utiliza un aparato de la máxima sensibilidad, constituído por dos hebras de platino de unos dos centímetros de longitud, unidas cada una a una espiral de alambre, y el todo en conexión con una batería eléctrica y un galvaniómetro, también muy sensible. Entre varios millares de medidas, efectuadas unas desde el nivel del mar, otras desde las cimas de montañas y otras desde globos elevados a gran altura se obtiene la media de la constante solar.

La variación solar varía entre estos límites: 1,85 y 2,03 calorías. Aumenta esa radiación en razón directa del número de las manchas solares, así como del de las fáculas. Al menos, así permiten afirmarlo todas las observaciones realizadas hasta ahora por la mencionada Sociedad Geográfica.

Reliquias de la civilización Kmer

Templos en el bosque

En los bosques de Siam se alzan maravillosos templos en ruina, restos de la civilización kmer. El gobierno de Siam, siguiendo el ejemplo de la Indochina francesa, se preocupa actualmente por la salvaguardia de sus tesoros arqueológicos.

El rey Rama VI, muerto no hace mucho tiempo, deseoso siempre de mejorar la organización de su país y de favorecer su desarrollo intelectual, fundó en enero de 1924 la "Junta de Investigación Arqueológica de Siam". Dirige la Junta el príncipe Damrong, eminente estadista e ilustre historiador, a quien asesora y ayudará en su tarea el sabio arqueólogo francés monsieur George Coèdes, ex miembro de la Escuela Francesa de Estudios Orientales y actual director de la Biblioteca Nacional de Bangkok.

La flamante sociedad empezó sus trabajos inmediatamente, pese a la modestia de sus fondos. Su primera tarea fué excavar las ruinas de Lopburi, ciudad en que florecieron hace siete siglos el régimen y el arte religioso de los kmers.

Es un arte—en arquitectura y especialmente en escultura—de un tipo especial abundoso, recargado, pero bellísimo, y en el que, hacia los últimos tiempos, colaboraron artistas de los vencidos—kmers—y artistas de los vencedores—siameses.—Fué durante aquella época—finales del siglo XIII— en que la brillante decadencia de los kmers enriqueciόse con la aportación del arte siamés.

Ya ha sido completamente descubierto el templo principal—el Nat Mahathat, en lengua de siameses.—Durante las excavaciones se han encontrado trozos de esculturas no menos bellos que los descubiertos en Angkor.

Ahora, la Junta de Arqueología se propone excavar en otros lugares. Desde luego, las ruinas de Sokotai, Kampengpeth y Ayuthia, las principales ciudades de Siam, en el período de tiempo que va desde el siglo XIII al XVIII, son las más interesantes.

En Sokotai y Kampengpeth, muy lejos aún de las líneas ferroviarias, la mayor parte de los monumentos se hallan en medio de los bosques. Existe en él una antigua torre kmer, de piedra arenisca, mostrando su silueta angular entre los árboles como centinela avanzado—aún en su puesto—de un viejo imperio desaparecido. Aquí, un templo de ladrillos y estuco no ha podido resistir la tenacidad destructora de las ramas y las raíces de los árboles. Allí, desesperadamente adheridas al fondo pétreo, hacen extrañas muecas tres rostros, único resto de un bellísimo bajorrelieve.

Ved hacia aquel lado una amplia "stupa" coronada por un árbol y despojada de sus tesoros: efigies del Buda... Efigies de oro, de plata, de bronce.

No a excesiva distancia de la "stupa", admirad este otro templo, mejor conservado, erigiéndose aún, sostenido simplemente por una pomposa fila de elefantes de piedra.

Por todas partes, en las ruinas y en los espacios entre ellas, hallaréis restos de figuras de bronce, mutiladas esculturas, brahamánicas y budistas, torsos, brazos, manos.

El mundo arqueológico considera estas excavaciones una de las más importantes de los últimos tiempos.

¿Quién inventó la goma de borrar?

El empleo del caucho como goma de borrar se remonta a la mitad del siglo XVIII. La huella de su origen se encuentra en la historia de la Academia de Ciencias de París, del año 1752.

"Todos los que se sirven del lápiz de mina de plomo para dibujos de arquitectura, fortificación, etc., emplean la miga de pan para borrar los trazos de este lápiz. Monsieur Magalhaens, correspondiente de la Academia, digno y último heredero del célebre navegante descubridor del Estrecho del Océano en el mar del Sur, ha propuesto un medio más eficaz, que se puede llevar siempre sobre sí mismo: es un pedazo de caucho o goma elástica de Cayena; el frotamiento de esta goma borra, mucho mejor que la miga de pan, los rasgos de lápiz y cualesquiera suciedades que se hallen sobre el papel."

Este curioso documento establece, pues, que debemos el primitivo uso de la goma de borrar al descendiente del famoso navegante Fernando de Magallanes, que descubrió, en 1520, el estrecho de su nombre, y fué muerto en Filipinas el año siguiente.

Los trucos de la industria peletera

Nutrias, armiños y... conejos

No hay más remedio. Los cazadores del Canadá y de Siberia han casi exterminado los armiños, las martas cebellinas y hasta los monos de piel industrializable. Hay que buscarles substitutos. En el mundo de la moda y de la coquetería femenina las pieles constituyen un artículo de primera necesidad.

Los peleteros han tenido una idea genial. El conejo es una bestia asombrosamente prolífica. Su piel, bien "condimentada", puede resolver el problema. Y, al parecer, lo ha resuelto.

Verdaderamente curioso es el proceso de transformación de las pieles de conejo en pieles de... el animal más codiciado. El trapero, que las recoge una a una, las hace secar retorciéndolas. Luego las vende por centenas de millares a cualquier negociante, quien, a su vez, la cederá al aparejador.

Una vez elegidas, se echan en agua salada para que se ablanden. De día en día se les pasa de un baño a otro, menos concentrado cada vez. Después de cepillarlas con un poco de agua de jabón, se estiran en un aparato compuesto de varios cilindros acanalados.

Sigue la operación de meter las pieles en "confite", como dicen los peleteros. La especie de fermentación que sufren en un baño de salvado agrio tiene por objeto la dilatación de sus poros. Pasan a otro baño, ahora de alumbre, y de allí a los "toneles giratorios".

Esto se ha hecho con las pieles grandes y buenas, previamente elegidas. En cuanto a las pequeñas, primero se las despoja de las porciones de carne que pueda haber adheridas a la epidermis, operación que se hace con un gran cuchillo fijado verticalmente sobre un banco. Después se cosen de dos en dos y se engrasa la parte de piel carnosa con grasa de puerco o con aceite de olivas. Al coserlas se les ha dado una forma parecida a la de un saco. Cuando la grasa las ha penetrado bien, se descosen y se ponen a secar. Para hacerlas flexibles se golpean con una varilla. Se desengrasan después, introduciéndolas en los "toneles giratorios", parecidos a los empleados para las pieles grandes. Por último, se golpean de nuevo, se peinan y se cepillan.

Ya tenemos las pieles grandes y pequeñas, dispuestas para la lustración. Lustrar una piel es someterla a una serie de manipulaciones que tiene por objeto ocultar sus defectos, hacer el pelo brillante y modificar el color. En esta nueva fase, lo primero que interviene es la máquina de pelar, mejor dicho, de recortar el pelo, a fin de imitar la piel de nutria y la de otros animales de pelo recortado. El brillo, que tanto en las pieles caras nos deslumbra, se obtiene en las pieles baratas frotándolas con glicerina, yema de huevo y aceite de algodón.

Luego se repasan en máquinas especiales de engranajes complicados. Para imitar las pieles con manchas blancas, se recurre, simplemente, a un pincel impregnado de hidrosulfito de sodio. No queda más que cortar las pieles sobre los patrones y, en seguida, coser las mangas, las corbatas, los cuellos, etc., por medio de máquinas especiales.

El truco de convertir una piel de conejo en una piel de calidad puede considerarse ya realizado. Nos encontramos con un surtido inmenso de gabanes, cuellos, "jaquettes", estolas, etc., a precios capaces de desafiar toda posible competencia.

La explotación industrial del Mar Muerto

El gobierno de Palestina acaba de conceder autorización para que sean explotadas las riquezas minerales del Mar Muerto. Como consecuencia de ello, el interés mundial proyéctase en estos días hacia este extraño y poco conocido mar y su territorio. Alrededor del inmenso lago existen manantiales de agua caliente, salinas, oasis de lujuriosa vegetación y lugares de una innegable importancia histórica y arquitectónica.

Las actividades de los numerosos europeos establecidos en Palestina ha dado ocasión a importantes descubrimientos.

Una expedición arqueológica ha descubierto recientemente un mausoleo que data de hace tres mil quinientos años. Los expedicionarios, entre los que se cuentan distinguidos profesores arqueólogos ingleses y alemanes, esperan un resultado fructífero de su actividad científica.

De otra parte, el análisis de las aguas ha demostrado que el Mar Muerto es muy rico en sal común, cloruro de magnesio, potasa y sal de bromo.

Instantáneamente, al conocer estos datos, especializamos nuestro interés en la consideración de la enorme riqueza que puede representar la explotación de la potasa, dadas sus numerosas aplicaciones industriales y medicinales.

Los cálculos hechos hasta ahora permiten aceptar como muy razonable una cifra alrededor de 100.000 toneladas anuales para la explotación de la potasa. Además, se está considerando la probable explotación de otras fuentes de riquezas de aquel territorio, como son carbón, betún, petróleo, azúcar y cobre.

Así, pues, una vez concedido el permiso, el Mar Muerto—que se extiende a 400 metros bajo el nivel del Mediterráneo—se convertirá muy pronto en un centro de enorme actividad económica.

En sus orillas se encuentran las ruinas de lo que fué estación balnearia en tiempos de Herodes y el lugar donde fué decapitado San Juan Bautista.

LOS HÉROES DE LA FANTASÍA

MOWGLI

Mowgli (la Ranita), es un personaje poco conocido en España; es el niño-lobo de quien Rudyard Kipling ha hecho el héroe de los más lindos cuentos de su "Libro de la Selva". Una mujer de una aldea de la India Inglesa, hallándose en el campo, ve a su hijo arrebatado por un tigre. El niño, con la inconsciencia propia de su corta edad, procura librarse de la fiera y va a ocultarse en el cubil de una familia de lobos, que por odio al tigre lo adopta y defiende.

Los lobos ponen al niño el nombre de Mowgli, Ranita, porque es flaco y no tiene pelo, y lo presentan como hijo a todos los animales de la selva. Estos pretenden rechazarlo, y a instancias de Shere Jan, el tigre que lo arrebató, se disponen a matarlo, cuando Bagheera, la pantera negra, que nació en una jaula del palacio del rajá de Udeypur, compra su sangre con la de un toro negro que acaba de matar, y el pequeño indio pasa a ser una de tantas alimañas como en el bosque viven. Criado junto a los lobatos, sus hermanos de adopción, y educado por los lobos viejos, por Baloo el oso y por Bagheera la pantera, Mowgli aprende todos los secretos de la selva, "hasta que cada rumor bajo la hierba, cada soplo del tibio aire de la noche, cada nota que el buho lanzaba sobre su cabeza, cada ruido producido por el murciélago al agarrarse con sus uñitas al tronco de un árbol, significa para él tanto como para un hombre de negocios los trabajos de su oficina... Y creció, creció tan fuerte como necesariamente ha de crecer un muchacho que no se preocupa de estudiar lecciones, sino que aprende de un modo natural, y para quien no hay más cuidado que el de buscar de comer."

Mowgli, sin embargo, no era enteramente feliz; su enemigo, el tigre Shere Jan, supo concitar contra él todo el odio de la selva, y el muchacho, aun después de mostrar a los animales su poder, con ayuda del fuego, hubo de buscar la sociedad de los demás hombres. Mowgli llega, pues, a la aldea donde nació, y es reconocido por su madre; pero a los ojos de los demás habitantes pasa por hechicero; su fuerza, su destreza, su amistad con las bestias del bosque lo hacen sospechoso de brujería, y es arrojado del pueblo a pedradas, y sus padres condenados al tormento. El niño-lobo, hecho ya un bello adolescente, huye de nuevo a la selva, no sin antes haber dado muerte a Shere Jan, con el auxilio de un rebaño de búfalos. Por la noche llégase muy quedo a la aldea y ayuda a sus padres a escaparse, y luego va a mostrar la piel del tigre a las demás fieras, que a la vista de este trofeo le proclaman rey de la selva. Después, Mowgli da principio a su obra de venganza. Ha visto a su madre atada de pies y manos, ha olido la sangre que en sus delicados brazos hicieron las ligaduras; Mowgli se vengará. La selva entera le ayuda a ello; los elefantes destruyen la aldea, los ciervos y los jabalíes devastan los campos; es, en fin, una invasión de la naturaleza toda, que obliga a los hombres, a la manada humana, como el mismo Mowgli los llama, a emprender la fuga, y que borra hasta el último rastro de la aldea.

Desde aquel día, Mowgli vive feliz en medio de la naturaleza salvaje en que se crió. Los lobos son sus aliados, los elefantes sus amigos, el oso y la pantera sus protectores. En la selva, dice el mismo Mowgli, está cuanto puede desearse...

Así, por lo menos, lo cree él. Pero el niño-lobo se hace hombre, y un día, cuando llega la primavera, la "época del lenguaje nuevo", cuando todos los animales del bosque olvidan sus diarias costumbres para entonar sus cantos al amor, Mowgli vuelve, preocupado, pero a la vez orgulloso, coronado de blancos jazmines, a la "manada humana". Una joven vestida de blanco se cruza en su camino, y el cachorro de hombre, el dueño de la selva, se queda mirándola hasta que la pierde de vista... El hombre vuelve al hombre, y la selva entera, el oso y la pantera, los lobos y las serpientes, lloran al separarse de su dueño, de su rey, a quien Amor lleva a hacer su cubil entre los de su propia sangre.

Normas de senectud

1.º Evitar toda especie de excesos, especialmente en el comer y beber demasiado.

2.º No vivir para comer, sino comer para vivir. Tómese el alimento más adaptable para la nutrición.

3.º Considerar el aire puro como el mejor amigo. Aspirar todo el oxígeno posible durante el día, y de noche tener la ventana abierta, alta, de unos diez centímetros por lo menos. Síguese esta regla aun en pleno invierno, porque este es secreto de longevidad.

4.º Ser siempre limpios de espíritu y de cuerpo: la limpieza es la mitad de la salud. Ese es un preservativo contra la enfermedad.

5.º No tener propensión a la tristeza; hay personas fáciles de afligirse por todo con un esfuerzo de su voluntad. La aflicción mata.

6.º Aprender a amar el trabajo y odiar la indolencia. El hombre ocioso no llega a centenario.

7.º Tener un buen caballo, si se puede; un hombre con su caballo no muere más que por enfermedad senil, porque tiene siempre en qué ocupar el cuerpo y el espíritu, y conservarlos fuertes y vigorosos.

8.º Hacer ejercicio al aire libre sin exceso de fatiga.

9.º Acostarse temprano y dormir lo suficiente.

10. Guardarse de la cólera y recordar que todo exceso de ira acorta la vida y puede matar.

11. Tener un objetivo en la vida: un hombre sin afectos ni ideales no vive largo tiempo.

12. Casarse no muy pronto, pero buscar una compañera de la vida.

A esta norma añade el célebre Hufeland, los siguientes consejos:

I. Procurar, sobre todo, domar nuestras pasiones. Un hombre que esté siempre agitado por ellas, en estado normal y exaltado, no podrá conseguir las condiciones físicas necesarias a su salud. La consunción vital interna irá continuamente aumentando y pronto le destruirá.

II. Ninguno debe considerar la vida como un fin, sino como un medio de hacer el bien.

III. Procurar tener siempre el ánimo satisfecho y la conciencia tranquila.

IV. No precipitarse jamás ni obrar sin seria reflexión.

V. Tener en lo posible confianza en las personas que nos aman y vivir con tranquilidad de espíritu.

VI. Buscar un objeto para que sirva de base a los esfuerzos que se multiplicaron con la esperanza de alcanzarlo.

BIENES HABUS

El Habús, según los jurisconsultos musulmanes, consiste en la donación del usufructo de una casa por el tiempo de duración de la misma, quedando la nuda propiedad a favor del donante. Equivale a inmovilizar una cosa, y responde al deseo de favorecer a una persona física o moral y de que las cosas a las cuales profesó gran afecto el propietario se perpetúen.

Los elementos necesarios del Habús son tres: donante, bien u objeto Habús y persona a cuyo favor se constituye la donación.

No puede nadie que no posea en legítima propiedad una cosa instituirla en bien Habús; además, tiene que ser púber, libre, capaz y no haber renunciado a la ley musulmana. Toda donación hecha con ánimo de burlar a los acreedores se puede anular por el cadí, y desde que una persona expresa formalmente su decisión de constituir en Habús todo o parte de sus bienes, pierde la nuda propiedad aunque puede distribuir el Habús según su voluntad y hacer entonces la designación de personas o entidades favorecidas y siempre mediante la condición de no infringir los preceptos morales ni religiosos musulmanes.

Todos los bienes pueden ser objeto del Habús, excepto las cosas comestibles, pues aun cuando hay jurisconsultos que excluyen también los muebles y semovientes, no se ha decidido de un modo claro esta cuestión.

La cosa objeto del Habús suele ser un mezquita, un cementerio, y existen casos en que puede ser hasta un árbol. Un administrador nombrado por el constituyente se encarga de la custodia y conservación, y en este caso, si el beneficiario es heredero del donante, el Habús sigue las reglas de sucesión.

El Habús ha hecho multitud de beneficios a la sociedad musulmana, pues, merced a él, se ha multiplicado la construcción de edificios religiosos y benéficos, que han quedado a cargo de la asistencia asidua del público.

Los cosacos

En ciertas regiones de Rusia, como la del Don, Volga, Oremburgo, Astracán, Arnur y siete u ocho más, habita un pueblo eminentemente guerrero, conocido con el nombre de cosacos, palabra turco-tártara que significa bandolero, o, más suavemente, guerrero libre y jinete.

En el siglo XVI, Iván el Terrible organizó algunas de estas agrupaciones y pasaron a formar parte del ejército imperial. Estos primeros cosacos organizados, los del Don, se extendieron por varias partes de Rusia, formando los de Ural, de la Siberia, los de Breben, etcétera; pero todos ellos eran soldados insubordinados, hasta que Pedro el Grande consiguió establecer sólidamente su soberanía sobre ellos.

El gobierno ruso los empleó en guardar las fronteras, y estos guardias formaron, con sus familias, el grupo de cosacos del Volga, del Cáucaso y otros grupos menos importantes. Al mismo tiempo, se fueron disminuyendo las libertades de los pueblos cosacos, y éstos aceptaron cargos al servicio de los gobiernos rusos. Los cosacos saporogueses, que habían cometido numerosas faltas, fueron aniquilados por las tropas rusas, pero se volvieron a constituir posteriormente.

A principios del siglo XIX, las fuerzas de combate de los cosacos alcanzaban ya un número elevadísimo, hasta el punto de que en 1812 se componían de unos 90.000 jinetes. En 1835, una orden imperial dada para los cosacos del Don, pero que sirvió de base para la organización de todos los demás, estableció para los cosacos un régimen militar, del que no podían separarse. Desde Alejandro II se procuró, conservando en lo posible el carácter de raza guerrera, equipararlos cada vez más al resto del pueblo ruso. Al efecto, se modificaron las leyes a ellos referentes y se les permitió dejar de ser cosacos para adoptar el estado civil ordinario. La introducción del servicio militar obligatorio, el año 1874, vino a disminuir aun más las diferencias que de los demás rusos les separaban.

Antes de la gran guerra, los cosacos reunían, en tiempo de paz, 60.000 hombres, casi todos montados, cifra que se elevaba en tiempo de guerra, a unos 200.000, entre infantes y jinetes. Entre esos soldados se encontraban los que pertenecían a la guardia imperial. Entraban al servicio militar a la edad de diez y ocho años, y permanecían tres años en la categoría de *preparación*, doce en la de *frente* y cinco en la de *reserva*. Durante el primer año de la categoría de preparación, estaba libre, pero tenía que equiparse; en el segundo y tercero realizaba ejercicios militares en las aldeas y en los campamentos [illegible] frente tenía cuatro [illegible] de servicio, otro período de licencia, durante el cual estaba obligado a tener siempre dispuestos el uniforme, el equipo y el caballo, y otro período, en el que no estaba obligado a tener caballo. Los gastos corrían a cargo del cosaco, el cual recibía sueldo, manutención y forraje para el caballo.

El armamento de los cosacos era un sable, carabina sin bayoneta, la lanza, los cosacos de las estepas, y el puñal los del Cáucaso. Montaban sin espuelas y no ponían bocado al caballo, sino filete. La instrucción fundamental de los cosacos era la misma que se daba a los demás militares, si bien difería en los detalles. Su forma peculiar de ataque era la *laura*, que era una especie de carga en línea abierta apoyada por otras tropas. En tiempos del zar Nicolás II se atendió a dar a los cosacos una instrucción más detenida, y estableció una escuela de cadetes cosacos.

Con todos los defectos inherentes a la falta de ejercicios militares, las exigencias, cada vez más complicadas, del servicio de paz; la pobreza a que estaban reducidos, por no poder aplicar íntegramente sus brazos a la agricultura, y el no tener el entusiasmo guerrero de otras épocas, los cosacos han constituido en estos últimos tiempos un importante complemento del ejército regular.

La historia de los Tutti-Frutti

Todos conocéis a los Tutti-Frutti. Sí; los habéis visto en el Olimpia o en Medrano. Son esos dos gentleman de smoking que hacen asombrosos ejercicios de fuerza y destreza.

Salen a escena acompañados de una dama elegantemente vestida, con traje de soirée; una opulenta rubia, de líneas acentuadas, que contempla con aire plácido los ejercicios de sus dos acompañantes. De cuando en cuando les da un pañuelo de seda.

Son unos ejercicios que entusiasman al público por su técnica y su precisión. Se ve que los dos atletas no llegan a este dominio de su arte sino a fuerza de largos y penosos ensayos, en los que uno se pregunta:

—Si llegase a faltar un Tutti-Frutti, ¿qué haría el otro?

En cuanto a la señora, es otra cuestión. Es hermosa y sonríe.

¿De quién es mujer la señora Tutti-Frutti?

¿De Tutti o de Frutti?

El verdadero nombre de Tutti es Pablo Dupont, y Frutti se llama Durand.

Ya conocéis a los Tutti-Frutti en su intimidad.

□

Tutti, mejor dicho, Pablo Dupont, estaba en su cuarto fumando un cigarro. Esperaba a Frutti, mejor dicho, a Luis Durand, que se retrasaba, cuando la señora Tutti, mejor dicho, la señora de Pablo Dupont, entró en el cuarto de su marido.

—¿Cómo no estás vestida todavía?

—Pablo, tengo que hablarte.

—Habla.

—¡Frutti es un cochino!

—¿Qué?...

—¡Que Frutti es un cochino!

—¿Qué dices de mi amigo y camarada Luis Durand?

—Verás. Estaba vistiéndome en mi cuarto y ha entrado y me ha dicho que me quiere y que está loco por mí.

—¿Cómo?

—Y ha llegado a abrazarme.

—¡Oh!

—¡Comprenderás que le he boxeado!

—¡Bravo!

—Y aquí me tienes.

—¡Querida mía!

—¡No podemos seguir viviendo juntos los tres!

—Tienes razón. No podemos seguir viviendo juntos los tres.

Y la señora Tutti salió.

□

Tutti quedó pensativo.

La puerta se abrió y entró Frutti con un ojo amoratado. Tutti se levantó.

—¡Sal de aquí, granuja! ¡Atreverte a hacer el amor a mi mujer! ¡Merecías que te rompiese la cara; pero márchate y que yo no vuelva a verte!

—¡Me voy, tienes razón!

—Eso es lo mejor.

—Sí, porque si siguiera con vosotros, es tanto lo que quiero a tu mujer que echaría a perder el número.

—¡Fuera, he dicho!

Frutti salió.

De pronto, Tutti se puso a pensar. ¿Qué haría sin Frutti? Solo no podía trabajar. Enseñar a otro como Frutti era labor de varios años. No iba a poder ganarse la vida. Perdería su reputación. No; aquello no podía ser.

Abrió la puerta de su cuarto.

—¡Frutti!

Frutti volvió a entrar.

—Vístete; vamos a hacer nuestro número.

—¿Y tu mujer?

—No te ocupes de ella.

□

Ayudados por la impasible señora Tutti, espléndida en su traje malva, los Tutti-Frutti han alcanzado su acostumbrado triunfo.

Los artistas entran en su cuarto.

—Bien—dice la señora Tutti.—No podemos seguir viviendo los tres juntos. ¿Qué resolución has tomado?

—¿Mi resolución?—dice Tutti.—¡Que ahora mismo vas a recoger tu ropa y tus bártulos, y largo de aquí! ¡Que no vuelva yo a verte en la vida!

—¡Pero!...

—Encontrar otro Frutti es imposible, y una mujer como tú, que nos esté mirando mientras trabajamos, las tengo a montones. Conque... ¡fuera!

Georges DOLLEY.

Por qué en España se llama "chato" a ciertos vasos de vino

Como los llamados chatos son vasitos más bien alargados que anchos, nos parece que no habrán recibido el nombre por lo achatado de su forma, por lo que suponemos que el origen de llamarlos así obedece a otra causa. Sin afirmarlo rotundamente bien pudiera ser que fuese una corrupción del latín "cyathus" del vaso llamado ciato que los italianos pronuncian "chiato", y que probablemente se pronunció así en España y suprimiendo la i llegó a escribirse chato en el bajo latín.

El ciato era entre los antiguos romanos un vaso que servía para sacar vino de las cráteras y escanciarlo en las copas de los convidados en los banquetes.

Cuando algún comensal quería beber pedía otro ciato al esclavo que hacía de escanciador.

Antes y después del festín los convidados bebían en el ciato pronunciando el nombre del dios y de la persona por quien se brindaba.

Horacio aconsejaba a los sabios que sólo consumiesen tres ciatos y a los bebedores que no pasasen de nueve, pero tanto los sabios como los bebedores sabían decir:

—¡Venga otro ciato!

Los primeros ferrocarriles en Europa

Inglaterra: Stockton a Darlington (28 km.), septiembre 1825.

Bélgica: Malinas a Bruselas (20 kilómetros), mayo 1835.

Baviera: Nuremberg a Furth (7 kilómetros), septiembre 1835.

Francia: París a San Germán (19 kilómetros), agosto 1837.

Rusia: San Petersburgo a Tsarkoé-Selo (27 km.), abril 1838.

Prusia: Berlín a Dresde (26 km.), octubre 1838.

Sajonia: Leipzig a Dresde (117 kilómetros), agosto 1839.

Holanda: Amsterdam a Harlem (17 kilómetros), septiembre 1839.

Austria: Viena a Brunn (133 kilómetros), mayo 1840.

Lombardía: Milán a Monza (14 kilómetros), agosto 1840.

Toscana: Liorna a Pisa (20 kilómetros), febrero 1844.

Hanover: Hanover a Brunswick (60 kilómetros), mayo 1844.

Polonia: Varsovia a Grodziska (25 kilómetros), junio 1845.

Suiza: Basilea a San Luis (4 kilómetros), diciembre 1845.

España: Barcelona a Mataró, octubre 1848.

La rueda

Entre las invenciones que ha realizado el genio del hombre, una de las más admirables, de las de más trascendencia y de las más misteriosas—porque misterioso es su origen—es la invención de la "rueda".

¿Quién fué el inventor prodigioso? ¿En qué siglo de la época prehistórica se aplicó por primera vez este instrumento, esta máquina universal y eterna?

A los [illegible] se les atribuye en forma simbólica el mérito de otras grandes invenciones: el fuego, el cultivo del trigo, el arado: pero ¿y la rueda, ese instrumento que nace en su forma final y definitiva, redonda y redonda siempre, de madera, de hierro, de bronce, de piedra, pero inalterable en su redondez, como el Sol de oro, como la Luna de plata, como la pupila negra o azul?

José ECHEGARAY.

COLABORACION ESPONTANEA

Expiación

Para "Fray Mocho".

Vencido voy, por un dolor amargo;
atormentado por el pensamiento,
llevando la miseria como aliento
en las jornadas del camino largo.

Pero a pesar de todo, sin embargo,
aun canto altivo el ardor que siento
ahogando en la garganta algún lamento
que quiere despertar de su letargo.

Y sobre toda la miseria humana
mi canción siempre altiva y soberana
con heroísmo en el ardor levanto,

mi vocación de una época lejana
que alentó un algo la quimera vana
para azotarme con el propio llanto.



"Motu proprio"

He de ser para el mundo un Tal cualquiera,
entre la multitud, uno de tantos,
pero en el ritmo suave de mis cantos
soy ya rey; gran señor de la quimera.

Si mi alma sólo fué una aventurera;
alma perdida en misas de quebrantos,
en cambio ella me dió sus propios llantos
para hilvanar el verso en la carrera.

Yo he de seguir cantando penas viejas
sobre el reproche de todas las quejas
que vocifere contra mí este mundo...

Hasta que calle, como un eco lerdo,
el dolor que me alienta en el recuerdo,
y quede impresentido en lo profundo!

José N. MURGA.



El soldado español

A Don Mariano Martínez.

A Bernardo tuviste en Roncesvalles
y en Covadonga el genio de Pelayo
con Palafox, más pétrea que el Moncayo
fué Zaragoza en sus revueltas calles.

El gran Gonzalo, como tú, bizarro,
en Ceriñola enarboló el pavés
que condujo al Pacífico Pizarro
y en Otumba fué orgullo de Cortés.

Pero Rocroi y Ayacucho, al fin,
de espinas coronáronte la sien
y hubiste de plegar el pabellón.

Sólo existió un Topete y un Juan Prim.
Por eso es que renuevas tu Bailén
y al mundo asaltas con tu corazón...

Rafael RUIZ CRUCES.

A una maestrita

Cuando se encuentra el ánimo cansado,
grave se hace, en ciertas ocasiones,
escuchar más y más explicaciones
y retener, después, lo así explicado.

Mas si eres tú quien habla, con agrado,
la más pesada realidad expones
y complacido, oye tus razones
hasta el alumno más despreocupado.

Y es que en tu voz, al revelar la ciencia,
hay más que una lección, una ternura.
Más que una obligación, una indulgencia;

y en tus ojos—reflejos de candor—
descubren los muchachos la cordura
que educándolos va, para el amor.

S. P. SCHERINI.

ANDROMEDA

Era hija del rey de Etiopía, Cefeo, y de Casiopea. Andrómeda era hermosa, pero de carácter tan pretencioso, que se creía única; y esto le llevó a disputar el premio de la belleza a las Nereidas. Esta pretensión irritó de tal modo al dios de los mares, Neptuno, que hizo desvastar la Etiopía por un monstruo marino. Entonces se consultó al oráculo de Amman, el cual reveló que todo el mal procedía de Andrómeda; pero que era suficiente entregar a ésta al monstruo para que aquél cesase en sus males.

Las Nereidas fueron las encargadas de la ejecución de este oráculo, y, con una alegría inmensa, ataron a Andrómeda a una roca. Ya iba a lanzarse sobre ella el monstruo marino, cuando, dichosamente, apareció el héroe Perseo, cabalgando en su caballo alado Pegaso, nacido de la sangre de la Gorgona Medusa. Perseo se arrojó sobre el monstruo marino, al cual mató. Rompió las cadenas que sujetaban a la joven y como era tan bella, se casó con ella.



Versos de otoño

Para "Fray Mocho".

Ha llegado el otoño con toda su poesía
melancólica. Ha llegado, lánguido, sereno,
poniendo en el paisaje su vaga fantasía.
Ha llegado hasta mí como un dolor ajeno...

Ha llegado ya con su atrevida pincelada
sobre el raso esmeraldino de las hojas suaves;
ha llegado pleno de poesía delicada
y de canciones líricas de amorosas aves.

Ha llegado deshojando jazmines y rosas,
envolviendo con sus gasas un mármol desnudo,
decorando mi jardín con tintas luminosas...
¡Ah, tú estás callado, gran Verlaine, tú estás mudo!...

Canta el otoño una dulce elegía en la fuente,
coloca en mis labios una sonrisa amarga,
una arruga sutil sobre el palor de la frente
y en los abiertos ojos una nostalgia larga...

Carlos María PODESTA.



Flor en el barro

¡No, vecina!, no puedo; ¡es imposible!...
bien me lo dice tu mirar cansino
y esa cara de anémica que el vino
dióle una mueca de atracción terrible...

Si hoy te emborrachas de placer y hastío
sobre el ocaso de tu vida triste,
es porque de algo la ilusión se viste...
¡y tu ilusión rodó por el vacío!...

Testigo fuí de tu pesar ya inerte;
eras merecedora de otra suerte
y, sin embargo, nadie se acordó

de que una vez caída entre el pantano
serías para ¡todos! un gusano
pero, para mí, ¡no!...

Galo Arg. ZARAGOZA.



Dísticos

A Jorge Elizagaray, con mi afecto.

Mi vida era un cántico de buenaventura
y eran dulces las horas y era fácil la ruta.

Mas torció mi destino un amor desgraciado
que por los laberintos me llevó de la mano.

Pasaron, a medida que fué pasando el tiempo,
muchos otros amores, muchos otros afectos...

Y hoy ante el recuerdo del pasado brumoso
me digo en la vana conclusión de todo:

—"Probé muchos cariños, ausculté muchas almas,
pues he dado al Amor mis mejores mañanas..."

José María ABALLONE.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

La procedencia de las perlas

Las perlas han apasionado siempre al público, pero los que las contemplan entre el lujo de los escaparates de las grandes joyerías no pueden imaginar las energías gastadas ni los sufrimientos pasados por los que las buscan, qué representa conseguir cada una de esas perlas. Vamos, pues, a indicar de dónde vienen estas perlas tan deseadas y cómo se practica su pesca, que constituye una de las industrias más admirables del mundo.

Las perlas más bellas las producen unos moluscos impropiamente llamados "ostras perlíferas", ya que son más próximos a la almeja comestible que a la otra. Se pescan las ostras perlíferas en las islas oceánicas de Tahiti, Nueva Zelandia, posesiones holandesas del Océano Indico y en el Mar Rojo; pero las pesquerías más prósperas son las de Australia, las de la costa meridional de la India, y, sobre todo, las del Golfo Pérsico, concentradas en las islas de Bahrein.

En las estaciones de Bahrein, como en las del Mar Rojo, los pescadores emplean grandes barcos de vela, cuyos movimientos son lentos y, a veces, difíciles. Estos navíos, aprovisionados solamente para algunas semanas y tripulados por diez, quince y hasta veinte hombres, marchan en el mes de mayo hacia los lugares que se reconoce están habitados por los admirables moluscos. Continúan su campaña hasta el mes de septiembre, época en la cual la baja temperatura del fondo del agua hace difícil la pesca y obliga a los buzos a limitarse a explorar las aguas poco profundas

Llegado al sitio propicio el navío pescador, arroja el áncora o, más exactamente, se fija por medio de una enorme piedra arrojada al fondo. Esta forma de anclar deja a la embarcación una cierta latitud para moverse, y permite explorar los bancos o modificar el campo de su investigación. El buscador de perlas desciende al fondo del agua conducido por una pesada piedra; lleva los dedos protegidos por unos, dediles de cuero endurecido, tapadas convenientemente las narices y los oídos con tapones de cera, y el cuerpo, para evitar el efecto del agua de mar sobre la piel, frotado con aceite.

Al pescador no le queda otra comunicación con el navío que la cuerda que lleva atada a la cintura; desde que llega al fondo, procura recoger lo más pronto posible las conchas que encuentrá. Cuando no puede soportar por más tiempo la falta de aire, sacude la cuerda y sube a la superficie. El pescador debe poder y vivir sin respirar durante un lapso de tiempo que, según sea la constitución de los individuos, varía de uno a dos minutos. Ejercicio tan arriesgado va casi siempre acompañado de accidentes, y los desgraciados pescadores suben magullados, otras veces congestionados y no es raro que la adquisición de una perla cueste la vida. Se ha empleado también la escafandra, sistema menos penoso y más productivo, pero costosísimo, pues el casco, vestido, bombas de aire y otros accesorios, cuesta de diez a quince mil francos. Los pescadores con escafandra descienden a profundidades variables, que raramente pasan de 40 metros; trabajan cerca de las costas, y cuando el mar está en calma, pueden estar en el agua durante dos o tres horas.

Cuando la pesca ha terminado, los navíos vuelven a la costa, y la carga de conchas se va arrojando sobre un depósito construído en el suelo. Allí se abandona a los moluscos a la acción del aire y del calor, no tardando aquéllos en abrirse, y cuando la descomposición está muy avanzada, se extraen las perlas que pueden contener.

Las perlas no son, precisamente, una producción particular de la ostra perlera; se conocen multitud de conchas revestidas de nácar que pueden dar perlas, aunque de una clase inferior; por eso, aun cuando la mayoría de los moluscos nacarados vivan en las profundidades marinas, se encuentran en el Mar Rojo y en Australia, encuéntranse también en las arenas del Mediterráneo, en los fondos rocosos del Canal de la Mancha y en las desembocaduras de ciertos ríos, moluscos que pueden ser portadores de perlas.

Existen también perlas proporcionadas por las almejas de los ríos Misisipí Blanco y Negro en los Estados Unidos, las cuales se buscan, principalmente, por la brillantez de sus colores, la gran variedad y delicadeza de sus matices. La pesca de estas almejas constituye una industria muy floreciente; en los Estados de Arkansas, Wisconsin e Illinois, se han reunido el año último perlas por valor de 15 millones de dólares. Sobre todo en Illinois la industria se ha desarrollado de un modo sorprendente; en ella se ocupan 6.000 pescadores que se sirven, a veces, de la escafandra, y frecuentemente, de un aparato primitivo, pero muy eficaz.

Este aparato consiste en un tubo de metal de doce pies de largo, que lleva unos garfios de hilo metálico al final; una chalana remolca al tubo, y éste desciende al fondo arenoso y los garfios penetran en las conchas abiertas, de tal modo, que cuando el molusco cierra sus conchas el garfio queda sujeto fuertemente; cuando los pescadores juzgan que el tubo está suficientemente cargado, lo suben al navío, lanzan otro, y así prosigue la pesca. Cualquiera que sea el método de pesca que se emplee, las almejas, al desembarazarlas, se las abre para buscar las perlas, y después se las arroja al agua hirviendo para aprovechar la carne. Las conchas se venden a los fabricantes de botones, y las perlas que en ellas se encuentran se las frota con polvo de nácar impalpable; después se las clasifica, según su grosor, haciéndolas pasar, al efecto, por una serie de cribas de diferentes dimensiones.

El valor de una perla depende de su grosor y de su forma, que son muy variables. Generalmente son esféricas, y son las de más valor; también pueden ser ovaladas; las primeras son las llamadas vírgenes; las segundas se conocen con el nombre de barruecas. Las perlas coloreadas se utilizan para fabricar broches, botones, artículos decorativos, incrustaciones, etc., etc.

Y ya que hablamos de perlas, no debemos terminar este trabajo sin hablar de las perlas artificiales que los chinos ofrecen incansablemente por todas partes. Las perlas artificiales empezaron a producirse en 1890 los japoneses las perfeccionaron de tal modo que, recientemente, han logrado obtener unas perlas completas, tan perfectamente imitadas y de una forma esférica exacta que exteriormente no difieren de las verdaderas perlas, y es dificilísimo diferenciar ambas entre sí.

Un mono contra siete bandidos, salva a una familia

Según relatan los periódicos de Pawtucket (Estados Unidos), ha ocurrido en dicha población un extraño suceso, en el que fué héroe un mono de gran tamaño que poseen unos conocidos comerciantes.

Hallándose en su establecimiento entretenida en hacer punto de aguja la señora Julia Assis, vió entrar a siete hombres desconocidos que, apuntándole con revólveres, la intimaron que no gritase y les entregara cuanto dinero guardase en el cajón del mostrador y en el interior de la tienda. La señora Julia Assis se negó a acceder a la demanda, y entonces uno de los ladrones se aproximó con objeto de apoderarse de los fondos. La dueña de la tienda se defendió asestando con la aguja un fuerte pinchazo al atrevido.

Al ver esto los compañeros se arrojaron sobre la señora, y a golpes la derribaron al suelo en el momento preciso en que entraba del interior el marido con un mono llamado "Rosie".

Mas antes de que el señor Assis pudiera aprestarse a la defensa de su esposa, otro bandido le aprisionó fuertemente, impidiéndole todo movimiento. Al observar el mono la indefensión de su amo se apoderó de una escoba, y con el mango empezó a repartir golpes sobre todos los intrusos, logrando de esta manera libertar al señor Assis.

Uno de los ladrones consiguió poner el pie sobre la cola del mono para sujetarlo. El enfurecido animal dióle un fuerte mordisco y logró distanciarse para seguir acometiendo a todos, unas veces con el palo y otras mordiéndoles en las manos, en la cara y en las piernas, mientras el amo, con otro garrote, atacaba valerosamente a los facinerosos.

Viéndose perdidos, los ladrones pretendieron penetrar en la trastienda de donde partían los gritos de un niño para vengar en él las lesiones que recibían.

—¡Defiende al niño! —gritó al mono el señor Assis al notar los propósitos de los criminales.

El animal provisto siempre del palo de la escoba, corrió presuroso hacia la cuna donde se hallaba la criatura, y, puesto en actitud airada ante ella, preparóse a vender cara la vida propia y la de la criatura confiada a su custodia.

El ruido provocado por la batalla atrajo, por fin, la atención de varios vecinos, que irrumpieron en el establecimiento y ahuyentaron a los siete bandidos, todos los cuales iban desangrándose por las heridas que recibieran en la contienda.

Cómo se hace una media de seda

Ya sea de seda natural o vegetal, ya se haya dado la tintura antes de la forma o después, la fabricación de una media de seda comprende las diversas operaciones siguientes:

Primeramente, el devanado. Se hace por aparatos llamados devanadores, como las bobinas de madera o de cartón, sobre los cuales se envuelve el hilo de seda.

Después, estas bobinas se llevan a una serie de útiles que tejen el tamaño a lo largo; para ello emplean un hilo que se fija sobre sí mismo, según el principio del tejido. Una ingeniosa disposición de lo que se llama disminución, hace que vaya disminuyendo el tejido para que la forma de la pierna se tenga presente y a ella se amolde el tejido.

Cuando los largos se terminan, se la transporta en medio de punzones que tejen el alojamiento del pie o media. Estas son las operaciones llamadas de formación del pie, y la operación de transporte es la de levantar a contra pelo. Los útiles que construyen la suela tienen también una disminución que da el perfil del pie.

Las operaciones finales son la reunión mecánica de los bordes de la superficie del tejido; el ajuste o repaso de las mallas; el examen de la forma que repasa la media y le da su brillantez: el apareado o colocación por pares de las medias, y el embalaje que las pone en condiciones de llegar a los mercados.

Las emboscadas del aire

Electricidad atmosférica

Recientemente, el sabio Simpson ha emitido una teoría de las tormentas y sobre algunas de sus consecuencias, teoría estrechamente relacionada con la electricidad atmosférica.

Según el sabio de referencia, se puede considerar la superficie de la Tierra cubierta por una capa de electricidad negativa, mientras la atmósfera tiene, por el contrario, una carga positiva, y a medida que aumenta la distancia del suelo, acrece también la diferencia de potencial entre el punto que se considera y la Tierra. Ese aumento, que es de unos 150 voltios por metro a escasa altura, no pasa de dos voltios a la altura de nueve kilómetros. Así, pues, se admite que la capa atmosférica de diez kilómetros de espesor que rodea la Tierra contiene una cantidad de electricidad rigurosamente igual, pero de signo contrario a la electricidad que se extiende sobre la superficie de nuestro globo. Semejante sistema podría estar en equilibrio (siendo la presión igual y contraria a la resistencia) y persistir indefinidamente ese equilibrio, si la atmósfera constituyese un perfecto aislador. Pero no es así, ya que todos los gases, incluso el aire, son buenos conductores de la electricidad, aunque evidentemente esa propiedad es harto débil si se la compara con la que posee un cuerpo metálico. Se ha calculado que una columna de aire del diámetro de un lapicero y de un centímetro de altura ofrece al paso de la corriente la misma resistencia que un cable de cobre de ese mismo grueso y de quince trillones de kilómetros de longitud.

¿De qué proviene la conductibilidad atmosférica? Durante mucho tiempo se ha atribuído erróneamente la descarga eléctrica de los cuerpos aislados (como la Tierra en la atmósfera) a la humedad y al polvo en suspensión en el aire; pero hoy se sabe con certeza que esas descargas son producidas por la presencia en la atmósfera de partículas cargadas de electricidad: los iones. Las causas de la "ionización" son muy diversas: radiaciones ultravioletas del Sol, rayos Röntgen o de los cuerpos radioactivos, llamaradas, etc. La electricidad negativa acumulada en la superficie del suelo se disipa en la atmósfera "ionizada" y desaparecería en el espacio de muy pocos minutos, si la Tierra no quedase "recargada" a cada instante ya por los electrones que se producen en el momento de la ionización del aire, ya por la lluvia, que es un excelente vehículo de electricidad.

Es decir, que en todo punto de la atmósfera existe una especie de corriente de electrones que se dirigen al suelo, para regenerar la carga de éste, y una segunda corriente que, en sentido inverso, conduce la electricidad del suelo a la atmósfera.

Todos los fenómenos meteorológicos, tales como la formación de las nubes, el viento, las tormentas, el relámpago, el trueno y la lluvia están íntimamente relacionados con el estado de equilibrio eléctrico que acabamos de describir.

La tormenta va precedida de vientos violentos, columnas de aire que se elevan con velocidad vertiginosa, aire muy húmedo que se entra durante su ascensión y llega a una elevación donde la temperatura es tal que empiezan a formarse gotas de agua.

Estas gotas de agua aumentan de volumen y caen hasta donde la corriente de aire tiene una velocidad suficiente para pulverizarlas. Se comprueba entonces que las gotitas pulverizadas quedan cargadas positivamente, mientras que el aire lo está negativamente. Esas gotitas vuelven a ser arrastradas de abajo arriba, de nuevo aumentan de volumen, caen otra vez, y así sucesivamente, mientras sopla el viento. La carga positiva de esas diminutas gotas aumenta de un modo progresivo, en tanto el aire ascendente se hace cada vez más negativo. Mediante ese proceso, y como el aire se eleva con mayor velocidad que el agua, la parte superior de las nubes se carga excesivamente de electricidad negativa, a la vez que la inferior, constituída por las gotitas, se carga de electricidad positiva, hasta que llega un momento en que salta una chispa entre esas dos capas, chispa que es el relámpago, efecto indirecto del viento.

Durante la tempestad, las tolvaneras pueden transportar gotitas a una altura en que la velocidad ascendente del viento no baste a romperlas, y, en este caso, se forma la lluvia, fenómeno completado, cuando reina calma, por el agua acumulada en forma de nubes que entoldan el horizonte.

Semejante teoría explica los fenómenos electrostáticos observados con frecuencia por aeronautas y aviadores. Según la altura, los globos esféricos, los dirigibles y los aeroplanos quedan cargados positiva o negativamente por la acción de corrientes de aire húmedo. Y los relámpagos pueden producirse entre dos aparatos, caso, desde luego, rarísimo, o entre un aparato y una nube cargada de electricidad contraria.

¿A qué altura deberán volar aviones y dirigibles en el curso de una tempestad? ¿Cómo deberán maniobrar para alejarse de los puntos peligrosos? ¿Qué indicios podrán servirles para comprobar que siguen la conveniente ruta?

Esperamos que tales problemas queden pronto resueltos por quienes se dedican al estudio de la electricidad de la atmósfera.

EL TRUCO, por WHIP

Una "panne" me obligó a detenerme a mitad del camino. Mientras mi "chauffeur" remediaba el desastre, me apeé para estirar las piernas.

El accidente había ocurrido a pocos metros de una verja oxidada, que formaba puerta en un muro en pésimo estado. Por entre los hierros pude ver un paseo de árboles todo abandonado. Un anciano se acercó, y cuando yo me disponía a alejarme, después de haberlo saludado con un gesto cortés, me dijo sonriendo:

—¿Avería grave?

—Nada; un neumático.

—¿Quiere usted entrar en mi casa mientras termine el "chauffeur"?

Abrió la verja y seguí al amable anciano, que me precedía indicándome el camino.

Era un sujeto muy mal vestido. Todo en él revelaba un estado de gran miseria.

Al término del paseo se alzaba el castillo. Pequeño, de hermoso aspecto, pero en ruinas. Entré, un poco triste ante aquel espectáculo de vejez y decadencia.

El anciano me hizo sentar y me sirvió un vaso de agua. Por su exquisita corrección parecía un noble venido a menos.

—Perdone—me dijo—lo poco que le ofrezco. Soy el conde de Malpertius. Está usted en mi casa. Este castillo es mío, aunque está gravado con todas las hipotecas posibles. Soy un noble arruinado, completamente arruinado, pero filósofo.

No sabía qué decir.

—Granjas, bosques de caza, alhajas, muebles, todo lo he ido vendiendo poco a poco. Sólo me queda mi cama, mi hornillo de cocina, esta mesa y estas dos sillas. ¡Bah! Ya es bastante para lo que me queda de vida.

No le escuchaba. Miraba en la pared un admirable pastel del siglo XVIII. Una cabeza de mujer hermosa, sonriendo bajo su cabello empolvado.

—¿Mira usted ese retrato?—suspiró el anciano.—Es mi bisabuela, Hortensia Malpertius, por La Tour. ¿Linda cosa, verdad? Una obra maestra.

Extasiado, empecé a mostrar mi admiración.

—Es usted inteligente —me contestó el anciano.— Me gusta haber tropezado con usted. Esa maravilla ofende mi pobreza. ¿Quiere usted llevársela?

Me resistí a aceptar aquel regalo, aunque mi corazón saltaba de gozo ante la posibilidad de llegar a ser dueño de aquella joya.

El anciano insistió, y acabé por llevarme el pastel, después de lograr, a fuerza de delicada diplomacia, que el conde aceptase cuatro billetes de mil francos... Una miseria.

El noble anciano me dió las gracias con lágrimas en los ojos.

Poco después fuí a visitar a un amigo, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme un La Tour exactamente igual al mío.

—¿Miras ese pastel? Un La Tour, querido. Es una historia... Figúrate que un día, yendo en "auto"... Una avería en un neumático me obligó a detenerme en el camino, a pocos pasos de una verja... Un anciano...

La continuación, exactamente igual a mi original aventura.

Volví a casa del conde Malpertius y no tardé en saber la verdad. El falso conde, excelente pintor y pastelista, fabricaba La Tour, Corot, etcétera, con una habilidad sorprendente, y para colocar sus mistificaciones había acudido al procedimiento de provocar roturas de neumáticos en la carretera sembrando ésta de clavos. Esto obligaba a los dueños a detenerse cerca de la verja. Entonces salía él y representaba la escena de su miseria.

Vivía muy bien; no en aquel castillo en ruinas, sino a un kilómetro de distancia en un magnífico hotel, provisto de toda clase de comodidades.

Había ido a verle dispuesto a insultarlo y a obligarle a que me devolviese los cuatro mil francos, pero no cumplí mi propósito. El truco era admirable. Preferí asociarme con él. Y ganamos lo que queremos.

El ántrax

Hasta hace unos cuantos años, apenas el ántrax, esa aglomeración de forúnculos, se declaraba, sólo había un remedio para él. Se le practicaba la incisión. Hoy día, el bisturí alarga su obra, y no se contenta con abrir el hogar purulento, sino que lo extirpa, como si se tratase de un tumor.

Actualmente, y aunque la cirugía continúa teniendo todo su valor, ha encontrado en la vacunoterapia un auxiliar poderosísimo.

La vacunoterapia actúa en el curso de tres períodos del ántrax. Se puede y se debe intentar, primeramente, hacer abortar la infección. Para esto se inyecta debajo de la piel una vacuna antiestafilocócica, ya que el estafilococo es el microbio ordinario del ántrax. Si se tiene la suerte de alcanzar el principio del ántrax, el bisturí no será necesario.

En el segundo período, después de la operación, no sólo se debe utilizar la vacuna subcutánea, sino también curar con compresas. En el último período, o sea el de cicatrización, la vacuna presta un servicio admirable, al evitar la recaída.

Aparte de esto y como medida principal, todo el que padezca de ántrax debe juntar a la intervención quirúrgica los cuidados médicos. Como se sabe, el ántrax es una enfermedad de los diabéticos, y es de primera necesidad, una vez descubierta el azúcar en el orín, hacer bajar la tasa de aquélla, que favorece el cultivo microbiano en los tejidos atacados. El régimen alimenticio debe tenerse en cuenta para una curación completa.

Gracias a los progresos de la vacunoterapia, el ántrax hace cada vez menos víctimas.

Los atletas de hoy y los de la antigua Grecia

Los juegos olímpicos de hoy tienen su origen en los juegos de la antigua Grecia, si bien no se han conservado en toda su exactitud, ni mucho menos. Mientras los griegos, en sus ejercicios, tenían una sola preocupación: la belleza, los atletas de hoy sólo se preocupan de los "récords": el "récord" de la velocidad, el de la resistencia... Lo demás no les importa. Con esta teoría, han superado nuestros atletas todas las hazañas que se conocen de los griegos; pero no supieron imitarlos en la forma, ni en el estilo, ni en la armonía del movimiento, a cuyo resultado lo sacrificaban todo en Grecia, pues para ello, lo importante era no romper la gracia establecida por reglas inmutables.

Los corredores griegos, por ejemplo, juntaban los pies antes de emprender la marcha, posición que parecería absurda a los atletas de hoy. Sin embargo, ese era el estilo establecido por los jueces, hasta el punto que en las pistas de carreras hallábase señalado por medio de dos líneas, casi pegadas, el lugar donde debían poner los pies los corredores.

Los griegos tenían cuatro pruebas de gran importancia: las carreras a pie, el salto horizontal, el disco y la jabalina. Todas ellas estaban sometidas a reglas especiales. El culto a la forma se revelaba con singular vigor en el salto horizontal. Un saltador moderno puede tocar el suelo con los pies en la posición que le plazca; un saltador griego tenía que llegar a tierra con los pies juntos; de lo contrario, quedaba anulado el salto. Tampoco podía correr un buen trecho antes de saltar, según ocurre hoy.

En donde se pone de relieve la diferencia que existía entre los griegos y los atletas actuales, es en el lanzamiento del disco. Los griegos no daban una vuelta completa a fin de dar mayor fuerza propulsora al brazo. Sólo se les permitía dar dos pasos adelante y arrojarlo sin girar lo más mínimo. Se aplicaba la regla con todo rigor. El famoso "Discobolo" de Myson representa el esfuerzo que había de realizar un atleta griego para someterse a las leyes de la belleza. Los tiradores de la jabalina, no sólo habían de procurar arrojarla más lejos, sino hasta de clavarla en un blanco bastante reducido.



CONOCIMIENTOS UTILES

PARA PINTAR DE ROJO EL MARFIL Y LAS BOLAS DE BILLAR

Se toma "orchilla" seca en pedazos del grueso de una avellana y se disuelve en un medio litro de agua, sirviéndose de una cápsula de porcelana, donde se coloca la bola, de modo que esté sumergida del todo. Se añaden después unas dos gotas de ácido sulfúrico, y se va dando vueltas a la bola para que se tiña por igual. Cuando el baño se entibia se retira del fuego y se deja todavía el objeto unos tres cuartos de hora en el baño. Se saca después, se lava bien, se seca y se frota con un paño de lana, con lo cual adquiere la brillantez necesaria.

¿PADECEIS DE ECZEMAS?

Es porque queréis. Con estas dos recetas desaparecerán pronto:

Tratamiento local:

Borato de cal	5 gramos
Glicerina	5 „
Lanolina	20 „
Bálsamo del Perú	1 „

Pomada:

Unguento dioquilón Hebra	10 gramos
Pomada de ácido bórico	10 „
Lanolina	10 „
Diadermina	10 „

FORMULA DEL BARNIZ DE TINGRY

Algunos encuadernadores prefieren este barniz, que está destinado a los mismos usos que el de Maret. Se prepara con:

Mastic en grano	84 gramos
Sandaraca	92 „
Alcohol	1 kilogr.

Se pulveriza la resina y se mezclan con 122 gramos de cristal molido. Se introduce en un matraz de capacidad para tres litros, y se añade el alcohol. Se tapa el matraz con un pergamino agujereado con un alfiler, y por medio de un calor lento y meneándolo de tiempo en tiempo, se verifica la disolución. Se destapa después el matraz y se echa la trementina, ya liquida. Pasada una media libra se retira del fuego, se deja enfriar y al día siguiente se saca y se filtra con algodón y se conserva en una vasija bien tapada.

PASTA PARA LIMPIAR LOS GUANTES

Se compone de los materiales siguientes:

Jabón blanco en polvo	200 gramos
Amoníaco líquido	8 „
Agua de Javelle	135 „
Agua	150 „

Se impregna un trapo o franela blanca de esta pasta y se frota el guante hasta que resulte perfectamente limpio.

PROPIEDADES DEL ALCANFOR

Las propiedades medicinales que tiene el alcanfor como remedio preventivo en una porción de enfermedades, parece que también se ejercen sobre las plantas enfermas y débiles, las cuales, regadas con agua alcanforada, adquieren en poco tiempo su primitivo vigor y lozanía. Asimismo bañando en esta disolución las semillas antes de plantarse, se facilita, no sólo la pronta germinación, sino que también se desarrollan las plantas con más fuerza, siendo este procedimiento muy ventajoso cuando se empleen semillas que sean un poco añejas, porque se las aumenta la facultad germinadora.

También las flores cortadas se conservan lozanas mucho más tiempo sumergidas en agua alcanforada que en agua natural.

DESTRUCCION DEL MUERDAGO

Para la destrucción de algunas plantas parásitos que como el muérdago, se adhieren alrededor de los troncos del arbolado y les produce daños, da buen resultado cortar la parásita a raíz del tronco, sobre que viven, y pasar sobre la sección un pincel empapado en una disolución de ácido fénico, con cuya operación se consigue que desaparezca en poco tiempo, sin que se reproduzca dicha planta parásita.

MODO DE LIMPIAR EL MARMOL

Cuando el mármol bruñido, como el de las chimeneas y otros muebles, o el no bruñido, como el de las estatuas, se pone sucio y amarillento, no debe limpiarse con arena fina, porque rayaría la superficie, debiendo emplearse el siguiente procedimiento. Se disuelven 60 gramos de cloruro de cal en un litro de agua, se moja un trapo en esta disolución y se pasa muchas veces por la superficie del objeto que se quiere limpiar, dos horas después, se lava de nuevo el mármol con agua clara. Si el mármol está muy sucio, se le restrega con esparto o con una brocha fuerte.

El mismo procedimiento se aplica para limpiar los muros de piedra ennegrecidos por el tiempo; pero antes de lavarlos en agua clorurada debe quitarse cuidadosamente el polvo, frotándolos fuertemente con una escoba o brocha fuerte.

COMO SE PUEDE HACER QUE LAS TELAS NO SE INFLAMEN

Con la ayuda de sales minerales, las telas ligeras, tales como la muselina, la percalina, gasa, tul, etc., se hacen ininflamables y se consumen sin formar la menor llama, si el fuego se declara en ella. Para conseguir este resultado, es necesario emplear la siguiente fórmula, que indica "L'Agriculture Nouvelle":

Preparad una solución compuesta de cloruro de cinc, o fosfato de amoníaco, o cloruro de calcio, disuelto en agua; sumergid la tela y dejadla así durante unos instantes. Después se saca, se seca y se le da una preparación gomosa.

Es preferible añadir a continuación del baño, gelatina antes de darle la preparación y de este modo las dos operaciones se verifican en una sola, y ya no hay sino repasar la tela y mandarla a la costurera.

Si al preparar la solución no existen los elementos que indicábamos anteriormente, se pueden reemplazar por una solución de potasa.

Una solución de 30 gramos de sulfuro de amoníaco en 250 gramos de agua, produce el mismo efecto, y dispensa el engomado o la gelatina.

Es necesario que se repase la tela estando todavía húmeda.

PROCEDIMIENTO PARA AFILAR LAS LIMAS

Parece que da buenos resultados el siguiente procedimiento para afilar las limas. Consiste en lavar cuidadosamente la herramienta en una disolución concentrada de sosa cáustica en agua caliente, y luego sumergirla en un baño de cuatro partes de ácido sulfúrico por cien de agua; se une la lima al polo positivo de una pila de doce elementos de Bunsen, arrollándose el electrodo negativo, de cobre, alrededor de ella, pero sin que esté en contacto, bastando generalmente sujetarla durante unos diez minutos a la acción de la corriente para que (después de lavada) hayan quedado limpias las estrías y en disposición de poder ser empleada de nuevo.

SOLDADURA DE BISMUTO

La fusibilidad de las soldaduras se aumenta con bismuto. Se puede hacer con facilidad la que se compone de cuatro partes de plomo, cuatro de estaño y una de bismuto, pudiéndose soldar, a su vez, este compuesto con otra aleación de dos partes de plomo, dos de bismuto y una de estaño. Añadiendo mercurio se aumenta mucho más la fusibilidad. Con partes iguales de plomo, bismuto y mercurio y dos de cinc se hace una soldadura cuya mezcla tiene lugar a los 122 grados F. Basta el agua en ebullición para mezcla de estaño.

PAPEL TRANSPARENTE

El papel opaco ordinario puede hacerse transparente por medio de un barniz compuesto de bálsamo del Canadá disuelto en esencia de trementina. Se extiende sobre el papel una capa delgada de este barniz, y cuando está embebido del todo, se recubren las dos caras con una capa más espesa. Para que la transparencia sea igual, se puede aplicar una tercera y hasta una cuarta capa después de que se haya secado bien la precedente a un fuego moderado. El papel así preparado adquiere un alto grado de perfección.

BRONCEADO DEL HIERRO

En algunas ocasiones conviene broncear objetos de hierro de uso doméstico, lo cual se consigue fácilmente por el siguiente medio: se prepara una mezcla de partes iguales de manteca antimonial y aceite de olivas, y se extiende con un pincel sobre la superficie de hierro que quiere broncearse, la cual previamente debe pulimentarse y bruñirse con esmeril y una gamuza. Durante algunas horas se deja que obre la preparación sobre el hierro y luego se frota con cera y se barniza con copal.

DUPONT Y LOS AUTOBUSES

—¿Cómo te va?—me preguntó Dupont, abrazándome.

Dupont es un muchacho más recomendable por su carácter alegre que por su estricta probidad. Porque en cuestión de delicadeza... Dupont no suele quedar casi nunca en muy buen lugar. Este hábito de no preocuparse por lo que pueda ocurrir, seguro de salir siempre adelante sea como sea, le ha hecho adquirir un aplomo singular.

Para Dupont no existen deberes, y no hay que decir que la hacienda pública no existe para él. Cada dos o tres meses cambia de domicilio, y todavía no ha habido agente del fisco que haya podido echarle mano.

—¿Qué te cuentas?—me dijo.

—Nada, que voy a tomar el "Metro".

Dupont me miró desdeñosamente.

—¡Desgraciado! ¡Empleas el medio de locomoción más antipático y antihigiénico! ¡Te compadezco!

—¡Hijo, no todo el mundo puede tomar un "taxi"!

—¿Y los autobuses? ¿Qué haces de ellos?

—Los autobuses..., claro; pero desde que han subido las tarifas resultan demasiado caros.

—¡Imbécil!

En el tono que dijo esta palabra comprendí que Dupont había descubierto un nuevo truco para pagar por la tarifa antigua.

—Explícate—le dije.

—Yo—me contestó— no viajo más que en autobuses, por la sencilla razón de que no me cuesta un céntimo.

—¿Eres empleado municipal, policía?...

—No, hijo; yo no pierdo mi independencia. El autobús no basta tomarlo, hay que saberlo tomar. Suponte que está en la plaza de la Opera y que quieres ir al bulevard de la Magdalena. ¿Qué haces?

—Irme a pie, porque para un trayecto de 700 metros no voy a pagar 40 céntimos.

—¿Pero no te digo que no hay que pagar ni un céntimo? Tú no tienes más que tomar el autobús de la línea E.

—¡Como todo el mundo!

—Sí; pero cuando se acerca el cobrador y va a darte el billete tú le das la dirección contraria. Le dices: "Uno a la Bastilla". Ya está el truco. El cobrador se ríe de tu candidez y te dice: "Se ha equivocado usted de línea, caballero. Tiene que tomar un coche de la letra H." Te apeas, no has pagado un céntimo y has recorrido gratis 300 metros. Esperas al próximo coche y repites el golpe. Y así sucesivamente, hasta que llegas gratis a la Magdalena. ¡Comprenderás que ya puede subir las tarifas la Compañía!

Guy des ROCHES.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

AL REAPARECER EN EL ARGENTINO, PARRAVICINI DEMOSTRÓ QUE ES SIEMPRE EL MISMO Y ES SIEMPRE DIFERENTE

La intensa expectativa despertada por la reaparición de nuestro máximo artista festivo, don Florencio Parravicini, quedó en evidencia la noche del debut, en que se agotaron las localidades del Argentino. Un año de ausencia de las tablas era motivo más que suficiente para ello, debiendo añadirse la curiosidad suscitada por conocer la nueva producción del celebrado bufo, "De Mar del Plata a Sevilla, metido en una barquilla", con que se anunciaba la inauguración de la temporada.

Cuando se presentó Parravicini en el escenario, el público le saludó con una prolongada salva de aplausos, que interrumpieron por un buen rato la representación y apenas empezó a actuar en su nueva pieza, pudo advertirse el fácil juego del admirado comediante, a quien el año de alejamiento y descanso ha favorecido sensiblemente. El cómico nos pareció más ágil, más desenvuelto, poseedor de mayores energías, renovadas en el reposo y de espíritu más travieso. Se diría que el artista reaparecía renovado, dispuesto a mostrar su innagotable vis cómica, una vez más.

"De Mar del Plata a Sevilla, metido en una barquilla" no puede ser juzgada sino como la obra de un bufo escrita para sí mismo. Nunca más exacto aquello de que el estilo es el hombre. Parravicini, al escribirla, no hace más que prolongar con la pluma su trabajo de la escena. Un actor de sus características, que no puede sujetarse a disciplina, que está divorciado de la lógica y que continuamente se ve solicitado por lo absurdo, no podía realizar una comedia orgánica, ponderada en sus procedimientos y equilibrada en su desarrollo. Debía hacer, forzosamente, una pieza arbitraria, dislocada, que rozara los límites del disparate. Por eso, "De Mar del Plata a Sevilla" debe considerarse desde el punto de vista que corresponde y juzgarse por la única finalidad que tuvo su autor: hacer reír. Y hacer reír con los procedimientos que empleó siempre Parravicini para lograr sus mayores éxitos de hilaridad. En este sentido, hay que reconocer que la pieza que nos ocupa logró plenamente su objeto, provocando continuas carcajadas en el público y pudiendo descontarse que está destinada a largo cartel.

UN ÉXITO EN CASA Y OTRO EN PUERTA

La compañía "Sarmiento" que, como anunciábamos había decidido buscar por nuevos rumbos el favor del público en vista de que no lo conseguía con la desviación dada a su programa de trabajo, repuso con excelente éxito la comedia dramática de Belisario Roldán, "El rosal de las ruinas", en el que obtuvieron los aplausos sin tasa del auditorio la mayor parte de los elementos de la compañía, que demostraron poseer condiciones para desempeñarse con toda propiedad en el género serio. Complace registrar el hecho y felicitar a la compañía por el buen cauce en que parece deslizará en lo sucesivo el curso de sus representaciones.

Después de este éxito, ocupará dicha sala una pieza del doctor David Peña inspirada en la difundida novela de Carlos Reyles, titulada "El embrujo de Sevilla". A juzgar por el detenimiento y cariño con que se ensayaba, es de esperar que se trate también de otro paso favorable en el camino emprendido. El estreno de esta pieza se anunciaba para estos días.

"ESPECIALIDAD EN CASADAS". DE JORGE DOWTON, EN EL APOLO

Tuvo buena acogida en el Apolo, la pieza del epígrafe, en la que su autor nos presenta un asunto interesante, siquiera resulte un tanto arbitraria y extraña la psicología del protagonista. Bien pintado el ambiente de intriga y desocupación de un balneario de moda, el argumento se va desarrollando con habilidad, mediante escenas que entretienen discretamente la atención del auditorio.

Falta seguramente en esta obra un poco de naturalidad y de humanidad en los personajes, para quitarles su aspecto de factores de una ecuación planteada "ab initio" por el autor, pero a pesar de ello y gracias a la soltura y vivacidad de los diálogos, se tiene una impresión de realidad que contribuye al buen logro del propósito perseguido.

Fué bien interpretada la comedia por Arata en el papel de protagonista y Corsini, Emma Bernal, Berta Gangloff y Aurora Darsoy en los suyos.

DEBUTÓ LA QUIROGA

Inauguró el sábado su temporada en el Ateneo, la compañía que encabeza la distinguida actriz nacional, señora Camila Quiroga.

El debut coincidió con el estreno de la nueva obra del aplaudido dramaturgo doctor Vicente Martínez Cuitiño, titulada "La noche en el alma".

De obra y compañía haremos el respectivo comentario en el próximo número.

RENOVÓ EL CARTEL LA COMPAÑÍA DE CASAUX

No parece que la compañía que dirige el popular actor don Roberto Casaux, haya tenido la suerte de escoger obras de éxito.

Lo contrario del año pasado, que obtuvo un éxito prolongado con la obra de la inauguración, "Trifón y Sisebuta", este año se ha visto en el caso de apurar los estrenos. A "Los tesoros de Golconda" siguió "Un sujeto extraordinario" y a éste "Tripoli nostra", pieza cómica de los señores Malfatti y Mertens, que se estrenó el sábado.

Aludiremos a esta nueva producción en otra edición.

LA DANZA DEL LICEO

La pieza del debut de Bianca se mantiene en el cartel. Los efectos teatrales de que abunda "La danza del fuego", provocan en el público fuertes efectos nerviosos y como no falta gente que sienta la voluptuosidad de los retorcijones, la sala del Liceo se ve noche a noche poblada de público dispuesto a vibrar con los dolores de la protagonista de la danza del señor Acasuso.

Siempre las danzas sirvieron para divertirse; ahora, por lo visto, se emplean para sufrir...

FALTA DE OBRAS

La temporada se inició bien, empresarios y cómicos se sintieron optimistas y todo parecía que iría como sobre rieles. Las obras del debut gustaron en la mayoría de las salas y tras numerosas representaciones se trata de estrenar otras. He aquí que no se encuentran piezas, a pesar de que las secretarías, como siempre, guardan muchas. Las compañías se están viendo en figurillas para cubrir los carteles.

LA TEMPORADA DEL SMART

En pleno apogeo las piezas del debuto, "Por mi Dios y por mi dama" y "Qué noche de bodas", la compañía de los Ratti ya ha iniciado sin apuros los ensayos de la producción que habrá de reemplazar en el cartel de dicho teatro a la primera de ellas que afloje en el interés del público. La substituta no tiene aún nombre, pero así y todo, va sin cabeza a la cabeza de los próximos estrenos. Ella no la tiene, pero le sirve de cabeza a las demás. Los autores de este caso de acefalía teatral son Alberti y Gutiérrez, de quienes esperamos que oportunamente le coloquen a la pieza el importante miembro que le falta, para evitar que si por un accidente la obra perdiera pie, pudiera decirse de ellos que escriben cosas sin éstos y sin aquéllo.

NOVEDADES EN LA COMEDIA

Ha debido estrenarse recientemente en la Comedia una pieza lírica de Botta y De Bassi, titulada "El rumbiador", en la que parece que no tienen intervención los elementos coreográficos que toman parte en las revistas. Para coadyuvar al buen éxito de éstas, ha sido contratada por la empresa la bailarina Ruth Miller, que debutará en breve. "El rumbiador" reemplazará en el cartel a "Morriña... Morriña mía", continuándose así el programa alternado de revistas y piezas de otro carácter, como se había propuesto la empresa.

UN TANGUITO EN EL IDEAL

Teníamos la impresión de que la actual temporada del Ideal iba a ser un conjunto de cosas raras, como no podían verse en ningún otro teatro. Con esta idea, que resultó falsa como todos los prejuicios, hemos sido sorprendidos por el estreno de una pieza de Samuel Eichelbaum, titulada "Nadie la conoció nunca". Es verdad que el título es cosa rara, pero el autor se ha dejado arrastrar por la eficacia del tango en la escena y se ha creído en el caso de aportar también su granito de arena en la labor de fomento del tango teatral. El de esta pieza lleva el nombre de "Nadie la conoció", y lo canta en el primer cuadro la actriz Sara Agüero. Aunque todavía no nos hemos decidido a ver esa pieza, nos abstenemos de hacer pronósticos porque tendrían que ser "de buena Agüero".

ARTISTAS NACIONALES



Elías Alippi, por Lily Bortini.

LA NUEVA REVISTA DEL MAIPO

En la casa no lo hacen por menos de 250. Es costumbre allí no estrenar una nueva revista mientras la más pobre de las anteriores no haya alcanzado esa bonita cifra. Cumplido el propósito, debe de haber subido a escena la nueva obra de los autores Cairo Cayol y De Bassi, denominada "Lo que gusta a las mujeres".

Como "crak" de la fiesta se esperaba el debuto de la pareja de bailarines Gamsakourdia-Demidoff, que han hecho furor en París con la danza "La bacanal", la que será interpretada en la nueva producción.

Tratándose de una bacanal que ha hecho furor en París, no es necesaria vista de lince para pronosticar el éxito que habrá de alcanzar entre nosotros.

NO HAY NOVEDAD EN EL SAN MARTÍN

La compañía de revistas del San Martín continúa su temporada con las revistas "Saltó la bola" y "Pero hay una melena...", que agradan mucho al público, hasta el extremo de que noche a noche hace bisar la mayor parte de los números. La labor de Alippi, la Bozán, la Maizani, la Ramírez, la Roca y los demás elementos que integran el conjunto, obtienen la más favorable acogida, viendo retribuída su actuación con muchos aplausos. A fin de que no decaiga el interés de la gente, se están preparando novedades para reforzar el cartel.

Oportunamente las iremos dando a conocer.

EL CARTEL DEL NACIONAL

No ofrece variante alguna el cartel de Carcavallo. Las obras del debut, "El rancho del hermano", de Martínez Payva, bello trabajo dramático, continúa representándose hasta tres veces al día y siempre con mucho público que sigue atentamente el proceso escénico de la pieza, admirablemente rematada en su escena final. "El rancho del hermano" sostiene con ambos brazos el sainete de Vacarezza, "Donde cantan los zorzales", fenómeno digno de mencionarse, pues generalmente ha sucedido lo contrario: las piezas del sainetero sostenían otras obras de índole distinta.

JUAREZ, EN EL AVENIDA

El veterano don Rogelio repitió con "El verdugo de Sevilla", el éxito de su presentación en el Mayo con "El Rayo". En las dos piezas de Muñoz Seca, el viejo comediante español ha demostrado que los años no han pasado por su espíritu, siempre juvenil y retozón.

Julio Sanjuán, por su parte, también acredita en esas piezas sus reconocidas aptitudes de actor cómico.

CHEZ MUIÑO

En el Buenos Aires, Muiño renovó en parte su cartel, estrenando una nueva pieza del aplaudido autor don Claudio Martínez Payva, "En una chacra", que así se titula, fué bien recibida por el público, esperando nosotros aludir a esta obra en el próximo número, ya que su estreno se llevó a cabo a punto de cerrarse esta edición.

SE PREPARAN OPERETAS

En el Avenida se prepara la temporada de operetas de la compañía que encabezará la tiple argentina Inés Berutti, recientemente arribada de España. El primer espectáculo ha de efectuarse en la semana próxima, salvo una inesperada postergación.

CASINO

En este "musical-hall" se desarrolla con éxito la temporada. El contingente de artistas recientemente incorporado ha tenido buena aceptación y es aplaudido por el público, que celebra así su agradable desempeño.

Okito, Felito, los Samber's y Henry Rosen se destacan del cartel.

FLORIDA

Pinta bien la nueva temporada en la bombonera del pasaje Güemes. El jilguero criollo Ada Falcón y el ventrílocuo Agudiez se reparten los aplausos del público, siendo también de citarse a la Goletera, artista española muy celebrada.

GRAND SPLENDID

Se inauguró la temporada oficial de 1926 con el mejor de los éxitos. Un público selecto concurrió el sábado y ayer a las funciones que se efectuaron en esta regia sala, favorita de las familias distinguidas de nuestra sociedad. Llamó la atención las nuevas orquestas contratadas por la empresa, que ejecutan obras interesantes y que están constituídas por conocidos elementos.

Desde el sábado, pues, las funciones de este cine han cobrado la fisonomía características de las reuniones sociales, en que la mujer porteña pone su nota de belleza y elegancia en el salón. La película "Un escándalo de sociedad", por Gloria Swanson, lujosa cinta que acaba de estrenarse, gustó mucho.

CAPITOL

La bonita sala de la calle Santa Fe viene atrayendo mucho público selecto a sus funciones, que se caracterizan por la bondad de las películas que se proyectan en la pantalla. Anuncia para esta semana la empresa, notables trabajos cinematográficos que han de llamar fuertemente la atención, tanto por su argumento como por el trabajo que en ellas desarrollan grandes artistas del teatro del silencio.



DE LA TEMPORADA EN CARHUE



Señores Alberto y Eugenio Ciolfi y familias.



Un diablillo negro.



Señoritas Joaquina y Pepita Guiraut, Angelita Soliva y Victorina Brum.



La concurrencia femenina a la hora del aperitivo, animan las mesas de la rambla.



Señor Imaz y familia.



Señoritas de Rossi, Maregnani y Perroni.



Señoritas de Malvicino, cuatro distinguidas ondinas, saliendo del baño.



Señoritas de Jainovich, Miller y Schader.



Señora Angela S. de Mancuso y su hija Rosa.



Señor Héctor Copello y familia.

Fots. Carretero y Quiroga.

Talleres Gráficos Cía. Gral. de Fósforos - Buenos Aires
INDUSTRIA ARGENTINA